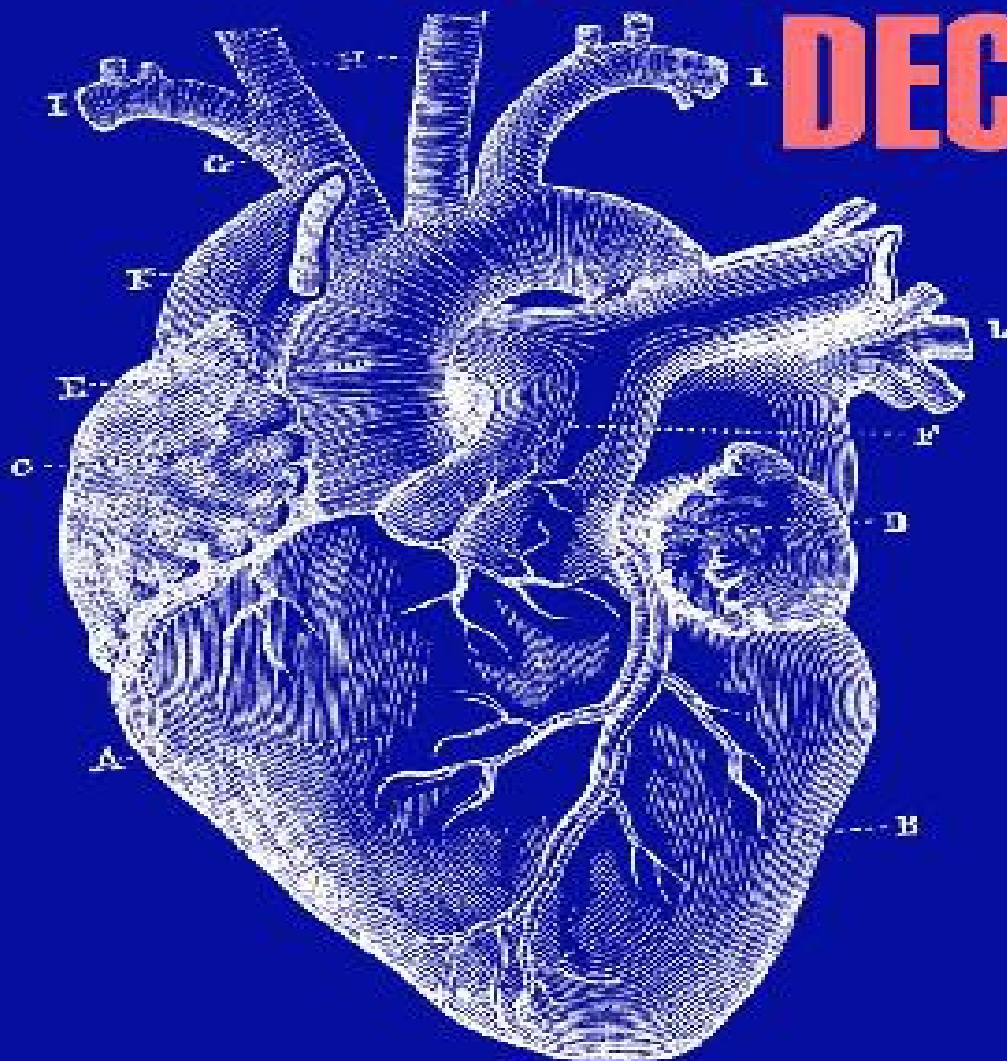


EMILIE PINE **TOD**O LO QUE NO PUEDO DECIR



Todo lo que no puedo decir

EMILIE PINE

Traducción de
Cruz Rodríguez Juárez



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse



@LitRandomHouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Ronan

NOTAS SOBRE LA EMBRIAGUEZ

Cuando lo encontramos, hacía horas que estaba sobre un pequeño charco de sus propias heces.

El Hospital General de Corfú es desconcertante. El vestíbulo está atestado de pacientes fumando y no hay ningún indicador de una ventanilla de información o de ingresos. Le envío un mensaje de texto preguntándole dónde está, pero no obtengo respuesta. De algún modo, como sabuesos, seguimos su rastro hasta la quinta planta. Está postrado en la cama. Es casi de noche y dice que no ha visto a una enfermera ni a un médico desde mediodía. Dice que necesita una cuña. Mi hermana y yo hemos viajado más de veinticuatro horas y no hemos dormido nada. «Avisa a la enfermera», le digo. Él dice que ya lo ha intentado, pero no ha pasado nada. «Bueno, pues insiste.» Coge el timbre y presiona varias veces. Al rato aparece una enfermera con aire estresado, gritándole, gritándonos. Me siento culpable por no saber griego. Mediante gestos inútiles señalo al hombre de la cama, intento transmitir que necesita una cuña, que lo limpien y que le cambien las sábanas. Nada parece causar impresión. La enfermera añade algo más, levanta las manos y se va. Él nos mira con desesperación. Le pido a mi hermana que se quede con él y salgo al pasillo. Solo veo a más pacientes y sus familias. Me dirijo al mostrador de enfermería, pero no hay nadie. Mientras me alejo, sin saber qué hacer, una mujer habla conmigo. Como no le respondo, me pregunta en inglés si me encuentro bien y aprovecho y le pregunto si sabe dónde están las enfermeras. «No hay enfermeras», me responde. Un hombre mayor apunta: «Aquí, sin la familia, estás muerto».

La frase se convertirá para nosotras en un mantra durante el tiempo que permanecemos en Grecia tratando de devolver la vida a nuestro padre. Enseguida nos damos cuenta de la escasez de personal del hospital. No hay médicos a partir de las dos de la tarde, y desde las cinco solo queda una enfermera por pabellón. En este pasillo cuento seis habitaciones, cada una con un máximo de seis pacientes. La enfermera apenas alcanza a cubrir las necesidades médicas básicas de toda esa gente y no tiene tiempo para atender a incontinentes. También descubrimos que a esta planta – oficialmente para pacientes de «medicina interna» la llaman «la sala de moribundos».

La lugareña que habla inglés me dice que tengo que cuidar de mi padre. Me explica con delicadeza dónde comprar pañales y toallitas húmedas y de papel para la incontinencia. Apenas lo asimilo, pero vuelvo a la habitación individual que le han dado a mi padre por su estado crítico y le expongo a mi hermana la situación. Me mira incrédula. Está de pie junto al cabezal de la cama de papá, recolocándole las almohadas. Caigo en la cuenta de que apenas he hablado con mi padre, aunque he cruzado Europa para verle. «Al menos estás vivo», digo. Asiente con la cabeza. Se le

ve muy pequeño en la cama, pequeño y perdido. Decido que no puede ser, que tiene que haber algún responsable en algún lugar del hospital. Vuelvo al pasillo y le pregunto a la amable mujer si me ayudaría a buscar a un médico. Habla rápidamente con su familia y luego echa a andar por el pasillo, conmigo detrás. Subimos en ascensor a otra planta, pero allí no hay médicos. Regresamos al ascensor y volvemos a intentarlo. Lo hacemos una y otra vez, bajamos y bajamos, hasta que llegamos al sótano y recorremos pasillos. Al final encontramos la unidad de donación de sangre con su médico responsable. Mi nueva amiga me acompaña adentro y luego se despide.

Al fondo de la sala hay un hombre tumbado en un sofá con la camisa arremangada y el brazo conectado a una intravenosa. Está donando sangre y, por lo visto, el médico cree que yo también he ido a donar. Al ver mi sorpresa, me explica que en Grecia escasea la sangre y, por ley, los familiares de los pacientes deben donar. Pienso que mi hermana, cinco plantas más arriba, estará preguntándose por mi paradero. Niego con la cabeza, pero no me salen las palabras. No consigo explicar en ningún idioma que las dos somos anémicas y no podemos donar sangre. Le cojo de la mano y le pido que vaya a ver a mi padre. Le digo que no entiendo nada, que mi padre está solo en una habitación y no hay médicos en ninguna parte. Le digo que solo necesitamos que alguien nos explique la situación, aunque en realidad lo que quiero es que me digan lo que tengo que hacer. El subidón de adrenalina que me ha propulsado hasta aquí de pronto ha desaparecido y me siento vacía. Me quedo allí parada, pidiéndole al médico que vaya a ver a mi padre. Muy a regañadientes le dice algo a la mujer del mostrador y abandona la unidad. Cogemos el ascensor para subir a la planta quinta, y volvemos a pasar junto a las compungidas visitas antes de entrar en la habitación.

«Es médico», digo, con más esperanza que certeza. El médico coge el informe de papá, lo revisa, asintiendo y luego dice: «Su padre ha perdido mucha sangre. Necesitará transfusiones. Tienen que donar sangre». Me parece más sencillo estar de acuerdo, aunque confiaba en un examen más exhaustivo. Durante las semanas siguientes esta será la rutina que seguiremos: horas de espera, seguidas por una batalla por atraer la atención oficial, solo para que se nos diga lo que ya sabemos. Tras años enseñando obras de Beckett, al fin vivo en una.

Una vez pronunciado el dictamen, el médico vuelve a asentir y se va. A su marcha, miro a mi padre pidiendo consejo, pero él se limita a sostenerme la mirada en busca de una tranquilidad que no puedo ofrecerle. Intento sonreír. Ya llevamos aquí más de una hora y, aunque le ha aliviado vernos y mi hermana le acaricia la mano y hace que se sienta menos solo, sigue tendido sobre sábanas sucias. Puesto que nadie va a ayudarnos, le pido a mi hermana que me acompañe. «Volvemos enseguida.» Abajo localizamos la tienda del hospital, que vende una práctica combinación de bebidas y tentempiés calientes y los productos necesarios para cuidar del paciente. Compramos toallitas y pañales y, pensándolo mejor, mi hermana compra también un paquete de guantes quirúrgicos. Demostrarán ser de un valor inestimable.

Cuando le explicamos a mi padre lo que vamos a hacer, se angustia y se violenta. Pero el olor de la habitación es espantoso y nos anima a ser todo lo eficientes y profesionales que podamos. Lo limpiamos. Una vez amontonadas las sábanas sucias, las llevo a lo que me parece un cuarto de la limpieza y las dejo allí sintiéndome culpable. Cojo sábanas limpias de la cama de un ala que me parece abandonada y mantas de otra, pienso que las oportunidades hay que cazarlas al vuelo. Cuando vuelvo a la habitación, mi hermana se las ha apañado para hacer reír a mi padre. Mientras ajustamos las sábanas limpias alrededor de su cuerpo se hace evidente hasta qué punto nuestra humanidad depende de estas cosas básicas. En realidad no ha cambiado nada y no entiendo mejor la situación médica de mi padre, pero tenemos la impresión de haber alcanzado un gran logro.

Se hace tarde. Acordamos que yo pase la noche en el hospital y mi hermana en un hotel de la ciudad. Quiero irme con ella, pero en adelante nos turnaremos para estar con papá. Mi hermana sale del pabellón justo a tiempo: cierran las puertas a las once de la noche. Se acepta la presencia de familiares, pero la puerta impide idas y venidas. Después de despedirla con un abrazo, regreso a la habitación. No envidio el viaje solitario de mi hermana en busca de alojamiento, pero tampoco tengo la menor idea de cómo abordar la noche que me espera en el hospital. Mi padre está inconsciente. Le escucho respirar, apoyo la mano en su pecho para notarle el corazón, que late a ritmo constante, aunque muy débil. La bolsa de sangre que cuelga junto a su cabeza está casi vacía. La observo con cautela, pensando en que no me quedan fuerzas para decidir qué hacer cuando se acabe. Marco el número de la aseguradora de mi padre, pero salta un mensaje automático. Cuando me doy cuenta de que me he dejado el cargador en el bolso de mi hermana, renuncio a la idea de telefonar a nadie más.

Apago la luz y miro por la ventana las montañas que hay al norte del hospital y escucho mientras la calma nocturna se extiende por el pabellón. Hace tanto frío que amontoño mantas encima de mi padre. Permanezco sentada con el abrigo puesto y espero. Al rato, se abre la puerta y vuelve a entrar la enfermera estresada. Miro en silencio mientras descuelga la bolsa de sangre vacía, la cambia por una nueva y aprieta para comprobar que funciona. Lleva un delantal apropiado para un carnicero en un matadero. Solo después de que se vaya caigo en la cuenta de que no llevaba guantes quirúrgicos ni se ha lavado las manos.

Avanzada la noche aparece otra enfermera y consigo sonreír y ofrecerle el paquete de guantes. Acepta con prudencia un par y se los guarda en el bolsillo. «No, no», digo, sonriendo obsequiosamente. Le pido mediante gestos que se los ponga, pero ella mueve los dedos para mostrarme que ya lleva guantes. Su par, no obstante, tiene sangre y manchas y mediante mímica le pido que se los quite y use los nuevos. Tanta mímica resulta ridícula, pero, como la loca por la que probablemente me toma, insisto hasta que suspira y se los cambia. Se guarda los viejos en el bolsillo. Gesto que solo comprenderé varios días después, cuando otra visita explique que el hospital no provee de productos de un solo uso: nada de algodón, papel ni plástico. Las

enfermeras tienen que comprarse el material, sacarlo de unos sueldos de por sí insuficientes. La pantomima de los guantes se convierte en un hecho habitual, y cada vez que le entrego a la enfermera un par de guantes nuevos me entran ganas de llorar.

Pero esa primera noche, mientras medio dormía, medio aguardaba ansiosamente la siguiente respiración de mi padre, estaba demasiado aturdida para llorar. Llevaba años esperando la llamada y había imaginado las distintas situaciones posibles de forma que cuando se produjera supiera reaccionar, tomar las decisiones necesarias. Fue solo en el silencio y la oscuridad de la habitación del hospital cuando comprendí que la llamada era solo el comienzo.

Oigo el bip, demasiado temprano un domingo por la mañana para tratarse de un mensaje sin importancia. El texto reza: «Sangro. No llams». Teléfono. Suena como lo que es: un hombre que está desangrándose hasta morir. Se atraganta y tose, apenas puede hablar, mientras no para de vomitar sangre. Le pido que aguante. Llamo a su amiga P, que vive en la otra punta de la isla, y ella avisa a la ambulancia. Pero el conductor se niega a atender el aviso. Está pasando el domingo con la familia. Por lo visto, le parece un viaje perdido, que mi padre ya estará muerto y que, por tanto, puede esperar al lunes. P le echa la bronca y lo engatusa. A su marido y a ella les lleva un buen rato convencer al chófer de la ambulancia de que, aunque sea domingo y aunque haya una hora de camino, tiene que ir. P no me cuenta nada de esto hasta más adelante. Por el momento solo me hace prometer que la puerta de mi padre estará abierta. Si está cerrada con llave, se marcharán. Vuelvo a telefonar a mi padre. Por suerte, sigue consciente y se arrastra hasta la puerta y gira la llave en la cerradura. Cuando la ambulancia llega al pueblo, los vecinos la mandan a su casa. El personal de emergencias lo recoge del suelo donde yace, ya inconsciente, y lo traslada al hospital.

En invierno no hay vuelos directos de Irlanda a Grecia. Horas después de la llamada, mi hermana y yo volamos de Dublín a Heathrow para la primera escala. Hombres con bufanda llenan el avión y deduzco que debe de jugarse un partido de fútbol importante. En la nueva Terminal Cuatro comemos en un restaurante italiano. Aunque resulta grotesco preocuparse por la comida mientras tu padre agoniza, pido pasta con trufas y está deliciosa.

Mientras comemos le digo a mi hermana que no sé qué nos encontraremos cuando lleguemos a Grecia. Le digo que estoy cansada. Le hablo sobre una noche de hace años, cuando le pedí a papá que dejara de beber. Que se sirvió otra copa de vino mientras le hablaba. Que yo lloraba y él me pedía que dejara de comportarme como una idiota. Le cuento que lo amenacé, que le dije que

dejaría de quererle. Le cuento, aunque apenas sí me lo admito a mí misma, que en un momento dado de esa noche lo miré y pensé: «Muérete ya».

Mientras comemos y hablamos seguimos consultando los teléfonos, un acto reflejo a la vez esperanzado y temeroso. No tenemos noticias desde que lo trasladaron al hospital y ambas sabemos que podría haber muerto. Un bip de mi teléfono, lo cojo, pero es solo una actualización automática. Mi hermana me mira. Ella sabe que nunca podré dejar de quererlo. A la mañana siguiente tomamos el primer avión a Atenas, donde hacemos transbordo para otro vuelo a Corfú.

Lo llaman el Cadáver. Está conectado a máquinas que monitorizan el corazón y demás órganos vitales. Y a dos intravenosas, aunque a las enfermeras les cuesta encontrar una vena que las acepte porque ha perdido mucha sangre. La mayor parte del tiempo apenas está consciente. Ignoramos el apodo hasta que un visitante griego nos hace partícipes de la broma. Para variar, como casi todo lo que concierne a mi padre, resulta a la vez gracioso y lo contrario. Nadie, ni siquiera las enfermeras, cree que vaya a sobrevivir. Y, no obstante, se niega a morir. Tras una semana en el hospital principal, en el ala de moribundos, donde una de las dos lo acompaña noche y día, consideran que se ha estabilizado lo suficiente para soportar el traslado a la clínica «inglesa», que básicamente significa «clínica para gente con seguro médico». Es una mejora considerable: hay dos enfermeras por turno y la mitad de pacientes. Bañan a mi padre por primera vez y las enfermeras le insertan un catéter. No consideran obligación de la familia suministrar y supervisar las cuñas.

Llegamos a la clínica todos los días a las once, nos quedamos hasta las cinco de la tarde, salimos a comer y luego volvemos unas cuantas horas más. Nos sentamos juntas y lo contemplamos durante horas, casi sin hablarnos, limitándonos a vigilar al hombre de la cama; todavía esperamos que muera y lo acompañamos constantemente, como si desear que viva fuera a cambiar algo. Rompen las largas horas una serie de conversaciones breves y frustrantes con médicos escurridizos. Lo examinan por encima, luego dictaminan que deberíamos llevárnoslo a Irlanda. Al fin y al cabo, dicen, Irlanda es mejor país para tener una enfermedad hepática, «allí» los médicos, nos dicen, tienen experiencia de sobra.

Papá sufre un fallo hepático general. Durante años sus órganos han ido compensando la menguante capacidad del hígado. Ahora, tras cuatro décadas de alcoholismo, su organismo está en caída libre. Siempre supuse que la cirrosis acabaría con su vida, pero resulta que existen una gran cantidad de enfermedades mortales con las que lidiar. La hemorragia por una perforación esofágica, aunque casi lo mata, es solo el síntoma más evidente. Recuerdo un indicio anterior: mi padre parando el coche un día para vomitar y escupir sangre en el arcén. Ahora también los

riñones están en un punto crítico. El especialista nos explica, sin embargo, que conserva el corazón en buena forma. «Será en términos médicos», quiero replicar.

Al cabo de una semana, los médicos deciden que el esófago se le ha curado suficientemente. Le permiten comer alimentos blandos, sencillos. Pero no come. O no come lo que le ofrecen: huevos.

–No me gustan los huevos.

–Pero tienes que comer.

–Pero ya sabes que no me gustan los huevos.

–Me da igual, tienes que comer.

Esta inversión de papeles, la niña alimentando al padre, resulta amargamente irónica. Estamos todos aquí porque le gusta beber y ahora tiene la osadía de negarse a comer. Pactamos. Si se come un huevo duro, le compraré papel y bolígrafos. Después le prometo una grapadora si se come un segundo huevo. Como es escritor, se siente inseguro sin los medios necesarios para escribir y organizar sus escritos. Me da detalladas y animadas descripciones de dónde comprar los artículos esenciales. No obstante, al final solo se come medio huevo.

No hay grapadora, le digo.

No me habla en todo el día.

Neil me telefona a diario, a veces dos veces al día; es uno de los pocos números a los que respondo sin problemas. Neil es el mejor amigo de mi padre. Cuando mi padre se niega a comer o la compañía de seguros dice que no pagará la factura de una clínica privada o el médico vaticina que probablemente mi padre morirá, creo que voy a romper a llorar de dolor. Pero entonces suena el teléfono y es Neil, y mientras escucho su voz optimista y tranquilizadora empiezo a pensar que todo saldrá bien. Me pregunta por papá, por los médicos, consigue que piense que saldremos de esta. Sabe que poco puede hacer desde Dublín y sabe que llamarme no va a cambiar el pronóstico de los médicos. Pero también sabe que esa llamada diaria es lo que necesito. Neil me pasa el teléfono de un médico amigo suyo de Irlanda que me traducirá lo que me digan los médicos griegos. Telefono al amigo y describo el estado de mi padre, su lista de afecciones. Me dice que lo lleve a casa. *Inmediatamente.*

Z, Y, X, W, V...

Así me enseñaron el alfabeto. «Mi hija de cinco años recita el alfabeto al revés más rápido que tú.» La apuesta fue así. Me sacaron de la cama y me bajaron a realizar la proeza ante una mesa llena de adultos borrachos. Se ganó la apuesta, me devolvieron a la cama. No sé por qué mi padre decidió enseñarme el alfabeto del revés: se lo he preguntado y él tampoco lo sabe. Lo atribuyo al

hecho de que le gusta tener su propia perspectiva del mundo, que seguir las reglas aceptadas de a, b, c se le antoja de una normalidad opresiva y que, en tanto que su primogénita, yo era terreno abonado donde probar sus teorías. Y aprendía rápido. Porque por encima de todo quería ser como mi padre... y gustarle. Hoy en día, cuando archivo las fichas de los estudiantes, todavía me confundo: ¿es «p, q, r» o «r, q, p»?

El peculiar enfoque de mi padre sobre la crianza no se limitaba al alfabeto. Cuando tenía cuatro años, me llevó a la playa. Construí castillos de arena yo sola mientras él leía en una silla plegable. Mi padre no había preparado comida, de modo que cuando me entró hambre me mandó en busca de otros niños con la esperanza de que sus padres me alimentaran. Funcionó. A día de hoy, mi padre cuenta esta anécdota como prueba de su ingenio. Nunca le ha avergonzado compartir con qué alegría renuncia al deber de cuidar de sus hijas.

Al crecer aprendimos a no pedirle nada. Cuando tenía diez años, mi padre nos abandonó en un pub. Estaba enfadado porque yo no había impedido que mi hermana de cinco años vertiera su zumo de naranja en el gin-tonic de él. Se marchó en el coche y no volvió a recogerlos. Buscamos a otra persona que nos diera la cena. Buscamos a otra persona que nos llevara a casa. Nos acostamos solas. No nos parecían cosas extraordinarias. Como todos los hijos de bebedores, desarrollamos un tipo especial de vigilancia. Aprendimos, por experiencia, a no fiarnos. Aprendimos a manejar una crisis. Y si alguna vez nos cruzábamos en su camino, mi padre nos hacía los comentarios más creativamente hirientes. Cuando llegué a la adolescencia comenzó a llamarme «putilla», que, a su peculiar modo, podía funcionar a la vez como insulto y como cumplido.

Querer a un adicto cuesta. No solo plantea dificultades prácticas –ocuparse y cargar con todos esos aspectos de la vida que son incapaces de sobrellevar–, sino también metafísicas. Te sientes como si te estamparas contra una pared, no solo a cabezazos, sino también con el cuerpo entero. Atrapada entre ultimátums infinitos (deja de beber) y la aceptación radical (te quiero de todos modos), la persona que quiere al adicto agota y renueva su amor a diario. Yo solía forzarle a rechazarlo, a distanciarme, y siempre fracasaba. Oscilaba entre preocuparme por el hombre afectado por esa terrible enfermedad y tratar de protegerme de la debacle emocional de tener un padre alcohólico. Tras negarme a sentir empatía hacia mi padre durante años, comprendí que a la única a la que hacía daño era a mí.

Cuando era una veinteañera mi padre se mudó a Grecia. Lo metí en el taxi que lo llevó al aeropuerto consciente mientras le despedía de la ironía de que normalmente son los hijos, no los padres, los que parten hacia una nueva vida en otro lugar. Mientras me despedía sonreía, pero se me rompió el corazón. Desde la ruptura matrimonial de mis padres cuando tenía cinco años, mi padre siempre había parecido más feliz cuanto más lejos estaba de su familia. No por casualidad se instaló en una isla de difícil acceso durante gran parte del año.

Y ahora, mientras yace en esta cama de hospital, consumido y amarillo por la enfermedad, una enfermedad que se ha provocado deliberada y sistemáticamente, mientras las máquinas monitorizan al minuto las funciones de los riñones, la sangre y el corazón, lo miro y me pregunto: ¿Cómo puedo quererlo, cómo puedo salvarlo, cuando ni siquiera puedo llegar a él?

Tengo que ir a buscar el pasaporte y la póliza de seguros de mi padre a su casa. Viajo dos horas en un autocar hasta su pueblo, en el norte de la isla. A media calle del pueblo me ve un vecino y no sé muy bien qué ocurre, pero se forma un corro a mi alrededor.

«¿Dónde está el inglés?»

«Vimos la ambulancia que vino y se lo llevó. ¿Está vivo?»

Está claro que lo de la ambulancia fue un drama. Casi todo lo preguntan en griego y no puedo responder. Digo que está en el hospital. Alzan las manos y gimen. En el hospital, para ellos, prácticamente equivale a muerto. «Saldrá del hospital. Me lo llevaré a Irlanda.» Se alegran. Me despiden con abundantes sonrisas y palmaditas en el brazo.

Entro en el bungalow destartado de mi padre y recorro las habitaciones preguntándome dónde voy a encontrar un pasaporte en el caos de libros y papeles amontonados encima de todas las superficies. En el dormitorio hay sangre por toda la cama y el suelo, y sangre y otros fluidos resacos y malolientes cubren el suelo del baño, el lavamanos y el inodoro. Me impacta. Sé que tengo que hacer algo, limpiarlo, pero me supera. A través de unos amigos contacto con una pareja de exmilitares que viven en un pueblo cercano. Cuando les muestro la casa y el estado de las habitaciones, ni siquiera parpadean. Me aseguran que después de haber limpiado lo que deja el ejército, pueden con todo. Los veo tan capaces y fiables que les doy las llaves y les encomiendo la tarea. Cuando regreso pasados unos días, la casa está impoluta, como si la pesadilla de sangre y vómitos no hubiera ocurrido allí.

A las tres semanas mi padre se estabiliza, aunque todavía está demasiado débil para viajar. Mi hermana y yo queremos volver a nuestras vidas. Cuando se lo decimos a papá, le entra el pánico ante la idea de que nos vayamos, y dudamos. Mi compañero se ofrece a tomar un vuelo, pero al final tomo la decisión más práctica: me marcho. Considero que mi padre estará a salvo en la clínica... él considera que lo estamos abandonando.

Como se tarda tanto en llegar a casa, solo llevo un día de vuelta cuando una llamada telefónica me emplaza de nuevo en Corfú. De repente el director de la clínica opina que mi padre necesita tratamiento en un hospital con unidad renal. Y, una vez más, siento que el corazón bombea adrenalina pura. Reservo otros billetes de avión, esta vez para trasladar a mi padre a Irlanda. Un amigo suyo nos echa una mano, recoge al paciente de la clínica y vuela con él a Atenas mientras yo repito la carrera de relevos de Dublín a Heathrow y a Atenas. Nos encontramos en el bar del

hotel del aeropuerto ateniense. Mi padre está devorando un bocadillo de pollo y un vaso de zumo de naranja. El bocadillo está salado y el zumo ácido, los médicos le han desaconsejado ambas cosas. Me alivia y me irrita, una combinación de emociones que conozco bien. Esa noche compartimos habitación. Papá apenas consigue arrastrar los pies de la silla de ruedas a la cama. Me pide cosas entre gemidos. Intento reunir fuerzas para ser agradable. Me pregunto cuándo me convertí en su madre.

Por la mañana el personal del aeropuerto es muy amable, nos recogen en el hotel y nos conducen hasta la puerta de embarque. El vuelo transcurre sin incidentes, yo veo una película y mi padre duerme. En Gatwick esperamos un buen rato por la silla de ruedas y cuando llega y empiezo a empujarla, me doy cuenta de lo grande que es el aeropuerto. Papá insiste en que lo pasee por la terminal, lo mira todo detenidamente desde la silla. Quiere entrar en la farmacia, pero los pasillos son demasiado estrechos. Así que compro yo sola las medicinas, luego lo conduzco al lavabo de minusválidos para que se refresque. Es una introducción breve y reveladora al mundo de la minusvalía: la gente se compadece y me sonrío al tiempo que trata a mi padre como si fuera invisible.

Entonces Ryanair insiste en que mi padre suba a pie las escaleras que conducen al avión. Se le ve derrotado, puesto que le resulta completamente imposible. Ryanair insiste en que solo puede subir a bordo si es capaz de hacerlo por su propio pie. El punto muerto por fin se supera cuando el personal del aeropuerto nos sube en la carretilla elevadora que utilizan para cargar la comida. Es un vuelo corto, pero papá está agotado. Llegamos a Dublín y nos reciben mi hermana y su compañero. Conducimos directos a urgencias del hospital St. Vincent's. Me encargo del ingreso, al fin soy capaz de hablar el idioma correcto. En la sala de triaje, la enfermera le hace varias preguntas. Luego dice que quiere extraerle sangre. Alcanza la bandeja de las extracciones. Y sin mirar, sin pensar en lo que está haciendo ni darse tampoco cuenta de ello, saca un par de guantes nuevos del expendedor de la pared. Y respiro. Todo irá bien, pienso.

Nadie entiende nada cuando le dan el alta del St. Vincent's esa misma noche. Está tan enfermo y tiene tantas dificultades para andar que nos desconcierta que no lo ingresen para tratarlo. Cuando recurro a su enfermera, me explica que en la unidad renal hay camas vacías, pero el hospital va tan corto de personal que no pueden ocuparlas. Cuando me quejo a la directora de Urgencias, nos responde que papá estará mejor en casa que en una camilla en el pasillo. Parece despreocupadamente indiferente al hecho de que mi padre haya estado a punto de morir. O quizá no pierda de vista ese hecho en ningún momento. Lo citan en la clínica del hígado para la semana siguiente.

Los días fuera del hospital le permiten descansar y volver a comer con normalidad, pero en la

unidad hepática, mientras esperamos, me doy cuenta de que mi padre no ha mejorado mucho. Está encorvado, respira con dificultad y no para de gemir. El especialista insiste en visitarlo a solas. Cuando mi padre sale de la consulta, tiene un fajo de recetas y cita ambulatoria de seguimiento para dos meses más tarde. No me lo puedo creer, no puede ser que no exista tratamiento médico para un hombre tan gravemente enfermo. Pregunto en el mostrador si puedo hablar con el especialista, pero no me recibe.

No obstante, mi padre se toma obedientemente las pastillas, se mantiene alejado de la bebida y poco a poco parece ir recuperando algo las fuerzas. Tras varias semanas ha mejorado lo bastante para sentirse inquieto. Armado con la medicación y tras prometer que se cuidará, vuelve a Grecia. Ahora que lo estoy escribiendo no termino de creérmelo, pero regresó. Aunque ni mucho menos recuperado, estaba ansioso por estar en su casa, entre sus libros, lejos de los médicos. Y lejos de sus hijas.

Pero, como cabía esperar, a las pocas semanas, pese a no estar bebiendo, la salud de mi padre se encuentra de nuevo al límite. Papá vuelve a Irlanda, esta vez sin compañía. En el aeropuerto a duras penas lo reconozco. Está escuálido, con el abdomen tan hinchado que parece –como él mismo dice, con voz trémula– embarazado de trillizos. Le sostengo la mano mientras trata de tomar aire. Vamos en taxi a urgencias, donde lo ingresan, pero como no hay camas libres, lo instalan en una camilla en un pasillo. La gente va y viene a su alrededor. El ruido es constante. Incluso durante la noche las luces del pasillo permanecen encendidas. En prisión lo llaman la «tortura blanca». Aunque ha llegado en mal estado, en el curso de las dos horas siguientes su salud se deteriora visiblemente.

Una vez más, mi hermana y yo nos dedicamos a velarlo junto a la cama, a hostigar a enfermeras y médicos en busca de información, de tratamiento, de una cama. Al tercer día, mi padre está hiperventilando y apenas puede hablar. Se agarra a la barra de la camilla y nos suplica con la mirada. Cuando por fin aparece el especialista, se niega a dirigirme a mí sus comentarios, exige que me vaya para poder visitar a su paciente «en privado» en medio del pasillo. Mientras merodeo a la vuelta de la esquina, cuento a cinco pacientes que alcanzan a oír lo que le dicen a mi padre y un sinfín de visitantes y trabajadores. Para aumentar el absurdo, a estas alturas el delirio de mi padre es tal que no tiene ni idea de lo que le está diciendo el especialista. Lo llevan al piso de arriba para «hacerle pruebas».

Cuando regresa a Urgencias, el encargado de admisiones tiene la amabilidad de explicarme que el ultrasonido muestra que mi padre tiene ascitis: se le acumulan en el abdomen líquidos procedentes de otros órganos y tejidos y ejercen tanta presión en los pulmones que casi no le dejan respirar. En resumen, corre el riesgo de ahogarse. Ahora que el caso es urgente, por fin lo ingresan en el pabellón de hepáticos. Tardan dos días en drenarle los doce litros de líquidos del

abdomen. Me telefona para comentarme este dato tan asombroso. Estoy en el supermercado. Calculo cuánto son doce litros mientras alcanzo un cartón de leche.

El drenaje se detiene cuando todavía sobran unos cinco litros. Seguir drenando podría desencadenar un fallo renal. Sin embargo, el procedimiento ha sido un éxito: la barriga de mi padre ha menguado y ahora papá respira con normalidad. Entonces el especialista le comunica que ha entrado en la lista de trasplantes. Mi padre replica: «De ninguna manera». El médico le explica que no depende de él. Mi padre insiste en que, de todos modos, prefiere morir. Me impresiona su negativa. Pero con el drenaje, la amenaza de muerte, que no ha dejado de estar presente durante los últimos meses, parece desvanecerse. No creo que mi padre vaya a morir, esta vez no. Le recetan diuréticos fuertes para evitar que vuelva a acumular líquidos y le dan el alta.

Se muda a casa de mi hermana, pero a las pocas semanas de sufrir su perturbadora presencia mi hermana me propone que se instale conmigo. Mi compañero y yo vivimos en un apartamento de un solo dormitorio, de modo que compramos un plegatín y mi padre duerme en el salón. Tratamos de seguir con nuestras vidas, ir a trabajar, actuar con normalidad, pero resulta imposible. Esto no puede ser. Neil se ofrece a echar una mano y juntos le planteamos a mi padre que alquile una habitación. No quiere irse y se comporta como si lo mandáramos a Siberia. Impongo mi criterio. Dirigir la vida de otro cuando ya no puede valerse por sí mismo te inviste de poder. Dispongo sus cuidados hospitalarios. Reservo los billetes de avión. Pago las facturas. Le digo qué pastillas tomarse. Decido donde vivirá. Pero, en el fondo, es mi padre quien manda. Porque es él quien decide si va a dejar de beber. O no.

Cuando llega el otoño mi padre se ha estabilizado lo suficiente para que los médicos le concedan su único deseo: permiso para regresar a Grecia. No ha probado el alcohol desde que enfermó y asegura que piensa mantenerse abstemio. Quizá todos podamos volver a la normalidad. En la radio informan de jóvenes que mueren por borracheras exprés, hablan de un anciano asesinado durante una reyerta de borrachos. Son las víctimas mortales de una cultura alcohólica. La lista es larga pero, aunque de momento no incluye el nombre de mi padre, la conciencia de dicho inventario, que crece diariamente, no me abandona.

Mientras papá se recuperaba, su mejor amigo, Neil, que para mí ha sido un apoyo fundamental, que tan encima ha estado en cada fase de la enfermedad de mi padre, también ha estado pendiente de recibir un diagnóstico. Aquejado de una tos persistente, Neil se somete a diversas pruebas y, a pesar de su apariencia sana y activa, le diagnostican un cáncer. Es terrible. Los dos se reúnen en Dublín, a caballo entre diversos tratamientos, y ambos quedan impresionados, creo, por el estado físico del otro. Cuando mi padre regresa a Grecia, Neil sigue llamándome, ahora semanalmente, para hablar del pronóstico de papá, siempre transmite ánimos y optimismo con una generosidad

que, imagino, demuestran muy pocas personas agobiadas por tan trascendentales preocupaciones propias.

En noviembre llega la noticia de que el cáncer de Neil es terminal, le queda poco tiempo. Papá vuela a Irlanda para verlo una vez más. Cuando se dispone a ir a verle está tan angustiado y nervioso que mi hermana y yo lo acompañamos. Primero pasamos nosotras a ver a Neil, y se le ilumina la cara mientras nos cuenta que piensa que papá se ha redescubierto a sí mismo. «Vuelve a tener ganas de vivir.» Y Neil tiene razón: sin saber cómo, ver la muerte de frente ha devuelto a mi padre a la vida, con todas sus cuitas. Papá pasa un rato a solas con Neil. Nosotras nos quedamos en la cocina, esperando y tratando de consolar a su hija. A la semana, la hija nos telefona para informarnos de que Neil ha fallecido esa mañana, la del 11 de diciembre de 2013. Fue, es, una pérdida inmensa.

Uno de los últimos deseos de Neil es que mi padre hable en su funeral. Sin embargo lo avisan con poca antelación y, debido al horario de vuelos en invierno, no conseguimos que papá llegue a Irlanda a tiempo. Así que mi padre escribe el panegírico y, en su ausencia, lo leo yo en el crematorio. Confío, mientras lo leo, en que la gente escuche las palabras de mi padre como salidas de sus labios mientras rinde homenaje a quien fue su más cercano y querido amigo durante cuarenta y seis años. En el panegírico mi padre describe el dolor de perder demasiado pronto la alegría que Neil sabía encontrar en el mundo, «una alegría mucho mayor de la que la mayoría de nosotros conocerá jamás». Escribe que la confianza, el respeto y el amor que compartía con Neil no los había conocido en ningún otro lugar ni volverá a disfrutarlos. Después del funeral, el hijo de Neil me dice, sencillamente: «Eran hermanos».

En aquel último encuentro, Neil le entregó a mi padre un mapa con los lugares de Grecia que le habían gustado y que pensaba que también a él le gustarían. Después del funeral, mi padre descubre que Neil le ha dejado una cantidad de dinero que le permitirá visitar dichos lugares. Para mi padre supone un gran consuelo, y empieza a planear los viajes. Le escucho describirme sus planes y me alivia. Beber siempre ha sido el mecanismo de mi padre para sobrellevar las cosas y temía que, enfrentado a la más dura de las despedidas, tratara de encontrar consuelo en el alcohol. Pero, aunque está consternado por la pérdida de su mejor amigo, se mantiene sobrio. Me gusta considerar esto una parte más del legado de Neil.

Se cumple el primer aniversario de la hemorragia de papá. En una visita a la clínica del hígado de Dublín, el especialista le dice que las funciones del órgano han mejorado significativamente. Lo sacan de la lista de trasplantes urgentes. Tras la cita, mientras asimilamos la buena noticia, le pregunto cómo se siente después de todo por lo que ha pasado. Asegura que recuerda muy poco. Que pensó que se moría, pero mientras sigue hablando caigo en la cuenta de que no es que no lo

recuerde, sino que lo recuerda mal. «Al menos no sufrí», dice. Me quedo de piedra. Me empeño en recordarle cómo pasó un día entero agonizando de dolor mientras tres médicos se apiñaban alrededor de su cama y a nosotras nos expulsaban de la habitación, y nos condenaban a escucharlo ansiosamente desde el pasillo. Parece escéptico, como si me lo estuviera inventando; lo que digo no concuerda con sus recuerdos de la experiencia. Algo que se repite una y otra vez mientras contrastamos nuestras versiones de su pasado reciente: mi padre asegura que no recuerda ningún dolor ni cómo tuvimos que intervenir para salvarlo, para cuidarlo, para ayudarlo a sobrevivir a la crisis. La conversación la he empezado yo, pero ahora me odio por preguntar.

Nunca se acordará de mi hermana y de mí caminando bajo la lluvia cada mañana y cada noche yendo y volviendo entre el hospital y el hotel; de las largas horas y la tensión física de esperar a que apareciera el médico; de la decepción por no obtener ninguna respuesta directa. No son sus recuerdos, son los míos. Y por tanto nunca sabrá cómo nos sentimos nosotras junto a su cama del hospital, controlando constantemente la respiración, el monitor cardíaco, la bolsa de transfusiones. O que, allí sentada, lo maldije por actuar siempre de manera que nos obligaba a nosotras a hacer semejantes sacrificios. ¿Qué otra opción teníamos? Aquella mañana de invierno, cuando me desperté y vi el mensaje de texto que decía que estaba desangrándose, permanecí unos minutos tumbada a oscuras, sabedora de que me levantaría y respondería, sabedora de que llevaba años preparándome para ese momento, pero también preguntándome qué haría falta para *no hacer nada*.

Mientras habla, me enfurece que en lugar de preguntar cómo nos sentimos –quizá por vergüenza, quizá por el narcisismo de siempre o quizá porque simplemente quiera pasar página–, mi padre haya preferido recordar una versión distinta de lo ocurrido. En su recuerdo, es un héroe estoico. En su recuerdo, nosotras figuramos solo como personajes ocasionales. En su recuerdo, nuestros sentimientos no cuentan. Tal vez la narcisista sea yo, recordándole de buen grado mi presencia, reinsertándonos a mi hermana y a mí –con una palabra, con un gesto, con una anécdota– de nuevo en su versión de lo que sucedió en aquel momento. Porque sus recuerdos no son lo bastante buenos para mí.

Me dice que soy agresiva. Puede que tenga razón.

Han transcurrido cuatro años desde entonces. Han tenido que pasar todos estos años para que pudiera escribir esto, templar las emociones y poner algo de distancia. Mi padre ha sido más rápido en todas esas tareas.

A finales de 2014, mi padre escribe un texto para el *Irish Times* sobre su vida con el alcohol y su vida después. Nos lo manda a mi hermana y a mí para que le demos el visto bueno. Una frase me obliga a detenerme: «Me reconozco totalmente impenitente en el sentido de que no me

arrepiento de nada de mi vida como bebedor». Aunque una parte de mí admira la sinceridad de la declaración, no puedo pasarla por alto. En un correo electrónico le explico que esa caracterización de la bebida me plantea problemas. Para empezar, me resulta curioso que el texto no reconozca ninguno de los brutales daños infligidos durante su carrera de alcohólico. Más adelante, por teléfono, dice que mi reacción lo ha desconcertado, que no se dio cuenta de que estuviera haciéndole daño a nadie. Para ser un hombre con tanto tiempo y espacio para reflexionar sobre sí mismo, es una pena lo poco que lo aprovecha. Se lo explico. Dice: «Oh».

Al día siguiente, cuando envía el texto al director, me lo envía también a mí, una táctica que emplea constantemente para incluirme, pero también para implicarme, en transacciones que considera que necesitan un testigo. (Debería señalar, por si no resulta evidente, que es muy aficionado a provocar discusiones.) Al director del diario le cuenta que desearía que sus hijas aceptaran el texto pero que una de ellas (es decir, yo) ha puntualizado que un padre borracho es un padre destructivo. Sin embargo, dice mi padre, no cree que el texto deba constituir «una sentida disculpa al mundo ni a mis hijas en particular» y, por tanto, estará encantado de que se publique tal cual está. Durante el ir y venir de mensajes me doy cuenta de que le preocupa hacernos daño a mi hermana o a mí. Que no modifique el texto a la luz de mi objeción no me resulta, sin embargo, completamente inesperado. Puede que papá haya descubierto una sensibilidad emocional nueva, anestesiada durante años por la bebida, pero sigue siendo él: todavía egocéntrico, todavía obstinado y todavía impenitente.

El artículo aparece en el suplemento «Salud y Vida», una asociación de ideas que nos hace reír a todos. Sale en titulares en primera plana, no exactamente «mi batalla contra el alcohol», pero casi. No estoy segura de lo que opino. Durante años me han impacientado los eufemismos para el alcoholismo, como que mi padre «se pirraba por una copa» o que era «el alma de la fiesta». Al fin, aquí está: una afirmación clara en primera plana —«Soy alcohólico»—, y me enorgullezco de él por ello y, sí, admiro los redactados de escribirlo. Compró varios ejemplares sin saber muy bien lo que haré con ellos.

Pero también estoy enfadada. Estoy enfadada porque el artículo no intenta enfrentarse al daño que nos ha ocasionado a todos como individuos y como familia. Estoy enfadada porque no entiende que el alcohol no era su amigo, sino su enemigo. Y estoy enfadada porque opta por centrar el artículo en las restricciones de la dieta posterior al fallo hepático —nada de sal—, que le impide salir a comer a restaurantes. Menuda tragedia. Estoy enfadada en general, incluso con la frase donde nos llama a mi hermana y a mí «santas ambulantes». Es demasiado fácil, otro estúpido eufemismo. Basta. Decido que necesito escribir mi propio relato.

Cuando era pequeña y mi padre comenzaba a lidiar con la depresión que ha caracterizado su vida adulta, me hizo prometerle que de mayor no me haría escritora. Pronuncié solemnemente la promesa. Pero en mi interior sabía que haría lo contrario. Porque lo que en realidad me había

enseñado mi padre, tal vez a su pesar, era que escribir es una manera de que el mundo cobre sentido, un modo de procesar –de poseer– pensamientos y emociones, un modo de sacar provecho del dolor. Y, por tanto, inevitablemente, sentada a su lado en aquellas habitaciones del hospital de Grecia, me pregunté cómo describiría la habitación y al hombre postrado, como si una y otro fueran parte de un decorado. Me pregunté cómo contaría la historia de sangre, de enfermeras y guantes, de médicos y esperas. Me pregunté quién era el protagonista, si mi padre o yo. Y me pregunté cómo emplearía estas notas, si podía, como medio para comprender la historia completa de mi padre y yo.

Ahora las cosas van mejor. Ya no controlo a mi padre como antes. Ya ni siquiera acudo a sus citas médicas, confío en que él hable con los médicos y gestione la medicación y se responsabilice de su salud. Pongo los ojos en blanco cuando no se cuida como es debido, cuando se calza zapatillas de lona fina un día de lluvia intensa, cuando pierde el pase del autobús, cuando insiste en que los cacahuets tostados y las sopas deshidratadas e incluso el beicon no contravienen la dieta sin sal. Pongo los ojos en blanco, pero me mantengo al margen. Su ejemplar testarudez es no solo inexpugnable, sino también lo que garantiza su voto de no volver a beber nunca más. Y no es solo eso. Me mantengo al margen porque sé que no necesita pedirme permiso, que no quiere saber mi opinión, que no me pertenece. Mientras intento no solo leerle, como he hecho siempre, sino también escribirle, veo más allá de mi opinión sobre su alcoholismo. Veo que está contento. Uno de sus amigos más íntimos me cuenta que vuelven a reír juntos, cosa que no era posible desde hacía mucho. Si la bebida era para mi padre un medio para anular las presiones que pueden conseguir que la vida parezca monstruosa, también estaba anulando las cualidades que permiten disfrutar de ella. Ahora las cosas van mejor.

Por fin termino este ensayo. Telefono a mi padre para decirle que he escrito sobre lo que recuerdo de su crisis de salud. Emite un sonido que no lo compromete, luego me pide que le envíe el texto por correo electrónico. Después de apretar «enviar», permanezco sentada a mi mesa en un silencio inquieto, preocupada por si le ofenderá lo que he escrito. Me preocupa que lo critique. Me preocupa que discuta sus verdades. Sobre todo me preocupa que al escribirlo, al enviarlo, al esperar que se publique, se rompa la frágil calma que hemos construido entre los dos en los años que han transcurrido desde que dejó de beber.

A los veinte minutos obtengo mi respuesta. Ha escrito dos líneas breves: «Es bonito. Y valiente». Mientras analizo su respuesta, comprendo que mi padre me ha sorprendido. Creía que habíamos perdido la capacidad de sorprendernos. Pero no nos hemos perdido, aún no. Puede que nuestra relación sea un tipo de historia inflexible, una cadena de momentos inalterables, desde las discusiones en los bares a las viglias junto a una cama de hospital. Pero también es, con idéntica fuerza, una conversación siempre cambiante entre dos personas, padre e hija, una conversación

que agradecemos que aún no haya concluido. En la actualidad, a veces me llama y yo estoy ocupada y él absorto en sí mismo y salta y me replica y le cuelgo. Le digo por mensaje que le llamaré después, pero a menudo olvido lo prometido. A veces llama y me cuenta las novedades, algún cotilleo del pueblo que apenas comprendo pero escucho de todos modos, y cuando bostezo se ríe y yo también me río. A veces llama y no me apetece hablar. A veces llama y me alegra mucho oír su voz.

Y cada vez que llama, se me acelera el corazón. Siempre se me acelerará.

DE LOS AÑOS DEL BEBÉ

Meo en palitos y en vasos de muestras. Me meo en la mano cuando el chorro no obedece. Abro las piernas del todo para el sexo, para el espéculo del doctor. Extiendo el brazo para agujas y tensiómetros y a veces para agarrarme a mi compañero, sentado a mi lado. Siento miedo y esperanza y vergüenza. Me preocupa estar vacía, o estar llena de las cosas equivocadas. Me preocupa estar desapareciendo, erosionándome, fracasando. No sé qué hacer con todos esos sentimientos. Solo quiero ser madre. ¿Por qué es tan fácil para algunas y tan difícil para otras? ¿Por qué me cuesta tanto?

La pregunta siempre fue difícil. ¿Quiero hijos? Le di vueltas durante años. Intenté presentarla como un debate, con pros y contras. Sopesé libertad y amor, egoísmo y entrega, presencia y legado. Entre los veinte y los treinta y pocos vi a muchas amigas responder a la pregunta con un sí y convertirse en madres. Vi la impresión en sus caras, el cansancio en sus ojos, el extraordinario abanico de emociones provocadas por la persona nueva que habían hecho. Y vi el amor.

No estaba sola en esa negociación agónica: mi compañero, R, sentía lo mismo. Juntos abordamos las posibilidades de ser padres, y hablamos, casi con nostalgia, de nuestras vidas de personas amantes del silencio y la calma y el espacio para leer y escribir. Sobre el papel pueden antojarse virtudes insignificantes, pero la lista representaba para mí, para nosotros, una vida tranquila, feliz, plena. Un niño significaría renunciar a todo eso durante años. ¿Merecería la pena? Me inquietaba recrear los errores de mis padres, me inquietaba nuestra relación, me inquietaba que, enfrentada a una personita llorona cuyas necesidades yo tendría que satisfacer, me pareciera una tarea imposible. Me daba la impresión de elegir a ciegas entre lo que ya tenía y lo que podría tener. Tenía la impresión de estar arriesgándolo todo. Y no sabía si valdría la pena.

Quedo con unos amigos un sábado por la mañana en un parque y nos sentamos y charlamos y bebemos café para llevar y contemplamos a sus hijos jugando en los toboganes y los columpios y esa cosa que gira y gira. Una de las niñas se cae. El suelo es de corteza blanda y la niña no se hace daño pero, asustada, corre hacia su madre, hunde la cabeza en su regazo, busca un mimo. Y lo encuentra. El amor. Se me encoge el estómago y tengo que levantarme para disimular mi súbito aluvión de emociones. Al soltar a su madre la niña me ve de pie y me coge de la mano. Me conduce al columpio y la subo y empiezo a empujarla y la niña ríe y sonrío, olvidado el susto. Y ahí está otra vez, el amor. El amor me desmonta y desmonta todas mis objeciones sobre la paz y el silencio y la tranquilidad. Quiero ese amor.

Durante un tiempo me guardo para mí esta revelación, temerosa de que R no la comparta. Cuando le cuento que me he decidido, él todavía duda y siguen unos meses lentos y complicados durante los cuales hablamos y no hablamos de la enormidad que creo que quiero acometer y que él cree que no quiere acometer. Un bebé no es algo que pueda hacer sola, aunque sé de amigas que dejaron de tomarse la píldora en secreto para quedarse embarazadas «por accidente». No puedo imitar sus actos de fe y traición simultáneas. Quiero formar una familia con este hombre, la mejor persona que conozco, la persona a la que más quiero. Deseo pasar por esto con él, compartir el amor.

Una noche llega el momento. Regreso a casa del trabajo. Lluve y estoy empapada y R sale a recibirme a la puerta, me sujeta el abrigo chorreante y me pregunta si me encuentro bien. Soy infeliz, y no es culpa de la lluvia. No puedo evitarlo, rompo a llorar. «Estoy muy triste. Todo el tiempo. Quiero tener un bebé.» Él no está menos alterado. Me dice que hará lo que sea, cualquier cosa, con tal de evitar esa tristeza tan grande. Repito que quiero tener un bebé. Me pregunta si estoy segura. Digo que sí. R no está seguro, pero ahora duda lo bastante para dejarse convencer. «Vale», dice.

La primera vez que mantenemos relaciones sin protección es raro. Intentamos fingir que no lo es. Nos acostumbramos. Los dos imaginamos que si practicamos mucho sexo el embarazo llegará. Pero con el paso de los meses la diversión y los constantes juegos del sexo empiezan a aburrir, y comienzo a preguntarme por qué el espermatozoides y el óvulo son tan tímidos a la hora de encontrarse.

Entonces, después de ocho meses intentándolo, como suele decirse, tengo un retraso. Me doy cuenta tarde, mientras estoy en un congreso en otra ciudad. Me registro en el hotel y, mientras deshago el equipaje, me maldigo por no haberme acordado de llevar tampones. Entonces caigo en la cuenta de que ya debería haber tenido el período. Oh. Salgo del hotel. Cual agente secreto, camino en dirección contraria al congreso buscando una farmacia donde no me encuentre con otro delegado. Compró una prueba de embarazo y, de vuelta hacia la sala de conferencias, sudando ligeramente, la guardo en el bolso. En la recepción de bienvenida circulan a mi alrededor bandejas con canapés y vino blanco templado, pero solo puedo pensar en cuándo podré excusarme para ir al servicio. Me siento en un urinario estrecho durante lo que me parece una eternidad y luego, con manos temblorosas, desempaqueto la prueba y leo las instrucciones, meo en el palito y espero. Entran y salen mujeres, tiran de la cadena y se lavan las manos. No me consiento mirar hasta que el minuterero me indica que ya he esperado bastante. Es tenue, pero hay una raya de positivo. Madre mía. ¿Qué he hecho? Abandono la recepción. Al llegar al hotel me hago otra prueba y vuelve a dar positivo, por lo que, con el corazón acelerado, marco el número de R. Estoy histérica, él parece tranquilo aunque físicamente esté lejos. Me calma y mientras escucho su voz

comienzo a creer que podemos hacerlo. Con todo, paso la noche inquieta acuciada por el miedo a haber perdido el control de mi vida.

A la mañana siguiente presento mi ponencia y ni parpadeo cuando el Power Point no funciona porque, en secreto, estoy preguntándome qué demonios pinto aquí. Pero cuando pruebo por tercera vez –porque, bueno, una es así sale negativa. No lo entiendo. ¿Cómo pueden dar positivo las dos pruebas de ayer y la de hoy negativo? Vuelvo a telefonar para comunicar la noticia y un novio todavía tranquilo me asegura que cualquier resultado será bueno. Aguanto el día entero y paso otra noche en vela en el hotel. A la mañana siguiente me invento una infección de riñón y abandono el congreso para irme a casa.

R me acompaña a la consulta nocturna y el médico realiza algunas pruebas, solo para asegurarse, pero dan todas negativo y me dice que probablemente se trate de «la pérdida de un embarazo». Me saca sangre, me aconseja que me relaje, me dice que a la próxima será la vencida. Un tanto traumatizados por el aluvión de informaciones contradictorias de las últimas cuarenta y ocho horas, nos dirigimos a la fiesta de cumpleaños de un amigo y pedimos cervezas grandes, ninguno tiene claro si para celebrar un aplazamiento o para ahogar las penas. Al día siguiente, superada la descarga de adrenalina, estamos los dos apagados. Y decepcionados. Comprendo que lo que siento es una pena profunda. R dice sentirse igual. Los dos queremos ser padres y ha llegado el momento de no dejárselo al azar.

Voy a la farmacia, compro la mitad de las provisiones de test de ovulación tratando de no mirar al sonriente bebé de la caja, confiando en no cruzarme con ningún conocido y preguntándome cómo me he convertido en alguien que compra esas cosas. En cuanto llego a casa rompo el paquete y comienzo a seguir la pista de mi ciclo menstrual y a descubrir los días «óptimos para la concepción». Leo y releo las instrucciones. No puedo creerme que solo haya tres días de alta fertilidad al mes. ¿Tres? Recuerdo el pánico que nos infundían cuando éramos unas colegialas de trece años en la clase de educación sexual obligatoria de cada curso. Nos aterraba la idea de quedarnos embarazadas, nos hacían creer que si un pene se acercaba mínimamente a nuestra vagina nos dejaría preñadas. Pero ahora que quiero quedarme embarazada se me revela por arte de magia que la ventana de oportunidad para un bebé es minúscula, joder.

Inicio el proceso de seguimiento del ciclo y paso por todas las fases, desde la ansiedad al aburrimiento y el resentimiento. Aunque me mantengo en observación, rechazo la alegría forzosa de los calendarios de fertilidad de internet que animan cada mes con imágenes de bebés como querubines y corazones. De igual modo, me estremecen los prácticos consejos del manual de fertilidad para que mi compañero observe mis «señales» físicas. «Pídele que te diga cuándo pareces premenstrual.» No, no vamos a hacerlo. Y tal vez sea porque a mí misma me avergüenzan un poco algunos de los requisitos.

Leo que el moco cervical tiene que ser como la clara de huevo para una movilidad óptima del

esperma. Bien. Hasta la fecha ni siquiera me había fijado en que tenía moco cervical, pero ahora debo convertirme en una experta en su consistencia. Preparo una tortilla para recordarme la consistencia de la clara de huevo. Y a continuación me sondeo, me inserto un dedo y, siguiendo las instrucciones del manual, extiendo el fluido y anoto lo que observo. Unos días es espeso y blanco, otros días oleaginoso y resbaladizo. Esos son los días buenos. Lo anoto todo en mi diario, junto al horario de las clases que imparto. Unos signos crípticos significan ausencia de moco, exceso de moco, moco perfecto. Y cuando toca anunciarle a R que es el mejor día para la implantación, descubro que lo que he leído es cierto: blandir un test de ovulación recién meado ante un hombre para invitarlo a mantener relaciones sexuales no es sexy.

Hay que admitir lo ridículo de comportarse así; de hecho, reírse de lo absurdo de todo parece la única respuesta sensata. Hacerte pruebas de ovulación en el trabajo, entre clases sobre el teatro de vanguardia europeo, e intentar acordarte de no mear durante cuatro horas para que la lectura sea precisa... si no lo has probado, permíteme que te diga que es absurdo a la vez que estresante. Desgraciadamente, mi sistema por defecto para sobrellevar el estrés (desahogarme con los amigos copa de vino en mano) en este momento está descartado, dado que durante medio mes cruzo los dedos deseando estar embarazada. Y cuando menciono ese momento nada sexy con el test de ovulación a una amiga, una de esas con tres hijos que se quedó embarazada «sin intentarlo», me da unas palmaditas de lástima en el brazo. En ese instante decido solemnemente no volver a compartir jamás anécdotas sobre mis fluidos corporales con mis amigas fértiles. Enseguida llego a la conclusión de que la infertilidad es una forma particular de soledad.

Aunque la mayoría de la gente no sabe que «lo estamos intentando» (ah, cómo empiezo a odiar esa expresión), los amigos que están al corriente nos ofrecen consejos variados, que abarcan desde las mejores posturas sexuales para concebir a los problemas de un útero inclinado (pero ¿cómo sabes si lo tienes?) o la broma de que el sexo estando borrachos o, sorprendentemente, drogados termina siempre en embarazo. Estoy tan paranoica con las razones por las que no concibo y me da tanto miedo estar haciéndolo mal que, por si están en lo cierto, una noche me emborracho a propósito antes de lanzarme encima de R. Otra amiga me deja en shock cuando suelta alegremente que debería plantearme adoptar porque conoce a varias parejas que han concebido de forma natural en cuanto «optaron por adoptar». No puede decirlo en serio, creo. Cambio de tema de conversación.

Entro en internet en busca de mentalidades más afines. Para mí los chats sobre el embarazo son nuevos y termino enganchada, ansiosa por encontrar respuesta en la pantalla. Me aprendo las siglas, que, a su modo, son útiles, singulares y algo tristes. Cuando no quieren decir «sexo» dicen DB (danza del bebé); cuando no quieren decir «fracaso» dicen NCC (un no como una casa) y cuando no se atreven a decir lo que todas estamos esperando dicen SCC (un sí como una casa). Me conmueve cuando las mujeres cuelgan largos mensajes sobre su infertilidad, la lenta extinción

de las esperanzas y las maneras en que se fustigan por fracasar. Me conmueve cuando leo los comentarios a esos mensajes, donde las mujeres se animan unas a otras, donde las mujeres se apoyan entre sí, donde las mujeres puntualizan que ninguna está fracasando.

Los meses se suceden hasta que ha pasado más de un año desde que decidimos que sería una buena idea tener un bebé. No estoy embarazada. Mi doctora de cabecera me aconseja que me relaje y, luego, que siga relajándome. Me sugiere que deje de pensar en ello porque obviamente pensar en el tema es lo que causa que óvulos y espermatozoides desobedezcan el imperativo biológico. Como consejo, se acerca peligrosamente a afirmar que la mente femenina es un peligro para el cuerpo de las mujeres. Pido cita con otra doctora. Pero cuando le pregunto por las opciones que tengo me dice que, desgraciadamente, se reducen a la FIV o nada, y que la primera «es muy cara». Se ofrece a imprimirme el folleto «Quedarse embarazada» de la web de la seguridad social. Le digo que gracias, que voy sobrada de folletos.

Y entonces me quedo embarazada.

De regreso de la consulta del médico (esta vez no me arriesgo con test caseros), R y yo no podemos parar de sonreír. Me toma del brazo y me mira a los ojos. Le veo llorar y sonreír mientras me dice que lo ha estado pensando y sabe lo que significaría para mí y se pregunta si podríamos ponerle mi apellido al bebé. Es un momento precioso, feliz. Llevo tiempo especulando (en voz alta) sobre por qué los niños reciben automáticamente el apellido paterno. La propuesta de R representa, para ambos, que tal vez vayamos a cambiar de vida, pero no cambiaremos quienes somos. La misma semana que se confirma el embarazo acordamos comprar una casa. Una casa lo bastante grande para tres.

Pero, al poco, sangro. Cada mañana. Poquísimo, sí, pero suficiente para que me preocupe. «Tranquila», dice la enfermera. «Será sangre vieja», dice la doctora. Quiero creerlas, pero el miedo me empuja a consultar internet. Busco en la web «sangrados durante el embarazo» mientras espero a un amigo, y otra vez esperando el autobús, y de nuevo de pie en el supermercado, con la cesta en el suelo, en medio del pasillo de la pasta. Porque los sangrados no deberían ser diarios. Porque la sangre es demasiado roja para ser «vieja». Porque internet dice que son síntomas tempranos de aborto. Sigo ciertas historias que me recuerdan a la mía y, cuando el hilo enmudece, suspiro por saber el motivo. ¿Están demasiado ocupadas con el embarazo o demasiado tristes para postear? Creía que a estas alturas había superado la ansiedad, pero en lugar de relajarme he pasado de querer quedarme embarazada a necesitar seguir embarazada.

Estoy en una fase tan inicial del embarazo que apenas nadie lo sabe aparte de nosotros. Ni siquiera se lo he contado a mi padre, atrapado en su drama médico particular tras un fallo hepático. Me descubro, en medio de conversaciones normales con amigos y colegas, o en simples

reuniones, con ganas de gritar que estoy embarazada. Necesito compartir los síntomas, las pequeñas pruebas (está claro que los vaqueros me aprietan más), las certezas tranquilizadoras (las dos rayitas) y los efectos secundarios (el mareo constante mientras mi cuerpo prepara sangre nueva). Noto que la presión se acumula detrás de los labios, en la garganta. Una noche, en el ambiente cargado del vestíbulo de un teatro, me desmayo. Un amigo considerado me tiende un brandy. Tiene buena intención, pero me marchó musitando una excusa malhumorada. El desmayo me asusta aún más, y a la mañana siguiente, sin salir de la cama, llamo a la maternidad de Holles Street. Les cuento que he sufrido la interrupción de un embarazo anterior y que tengo sangrados todas las mañanas. La mujer del teléfono dice que debería pasarme por la clínica para consultar con una comadrona. Ello significa que no trabajaré por la mañana y que haré cola un par de horas, pero empiezo a tranquilizarme.

Por supuesto, este es el momento en que me mataría por no tener una póliza de salud privada de las que incluyen consultas telefónicas con facultativos y citas concertadas. ¿Por qué? ¿Por qué no la tengo? Mi madre me aconsejó que la contratara, mis amistades me hablaron de las ventajas de las diferentes posibilidades. Visité a amigas y a sus bebés en habitaciones semiprivadas y les oí hablar sobre las visitas de los especialistas. Todo ello a cargo del seguro médico. Pero ¿yo? No, yo no tengo. Idiota.

En la sala de espera todas las demás parece que tienen práctica, y yo soy la única sin barrigón. Marco la casilla de «edad maternal avanzada» (alias, «geriátrica», el término médico oficial para madres primerizas de más de treinta y cinco años). Los dos nos hemos traído un libro y, de hecho, se diría que R es capaz de leer, pero yo básicamente paso el rato mirando a las otras mujeres y a los pósters que cubren todas las paredes, muchos sobre tabaquismo y embarazo o sobre los beneficios de amamantar, otros con teléfonos de asistencia para mujeres maltratadas. Cuando me llaman entramos en un cubículo y le cuento mi historia a la doctora (parece que hoy escasean las comadronas). Acercan un ecógrafo a la camilla y pasamos a la parte que he visto en la tele. Tras unos tensos minutos durante los que presionan el sensor contra mi barriga untada de gel, la doctora encuentra el feto, nítidamente definido y donde debe estar. Uf. Pero entonces me dice que la máquina de ultrasonidos es demasiado vieja y no consigue una imagen lo bastante clara. ¿Podría pasar por la clínica fetal para una visita de seguimiento? Imprime la fotografía de mi útero con el borrón blanco que significa «bebé». Cuando la cojo, veo que estoy temblando.

La segunda visita es a los pocos días y esperamos juntos en un pasillo. Mientras esperamos, pasa la directora del hospital, arregla las sábanas de una camilla que tenemos al lado y en el último momento se vuelve y nos pregunta si ya nos atienden. La reconozco de las noticias. Respondo que sí, que estamos bien, aunque quiero quejarme de que los rodapiés victorianos están sucios. En la Unidad de Valoración Fetal, volvemos a encontrarnos a la doctora de abajo con otra, mayor que ella, que resulta que trabaja para la misma universidad que yo. Por un momento albergo

la esperanza de que esa coincidencia la predisponga a mi favor, como si caerle bien importara. Esta vez la ecografía es interna. Finjo habérmela hecho antes mientras sigo las instrucciones de quitarme los vaqueros y las bragas y tumbarme con los pies juntos y las rodillas separadas. Me pregunto qué pensará R, sentado junto a la camilla. Me insertan un sensor de plástico, cubierto de látex y lubricante, para ver el paisaje uterino oculto. No duele, pero es incómodo y de pronto me siento terriblemente consciente de que mi cuerpo ya no es privado, ya no lo conozco. Mi cuerpo es, según lo siento, rojo y carnosos, suave y cálido. Pero en la pantalla solo veo una escala de grises granulosa, como un paisaje lunar. El monitor está ladeado de espaldas a mí, pero incluso aunque lo viera bien, no sabría lo que estoy mirando.

El reconocimiento se realiza en silencio. Al final retiran el sensor, lo limpian, tiran el condón, me dan una toallita de papel para que me seque. Me preguntan con calma sobre las fechas de la concepción: ¿me habré confundido? No, no puede ser. Sé no solo la fecha, también recuerdo el acto, las sábanas blancas de la cama, las cortinas corridas, la luz del baño todavía encendida. Recuerdo la conversación tensa que lo precedió cuando pedí que lo intentáramos esa noche y recuerdo cuando dije que no, que no me parecía bien que estuviera «cansado». Lo recuerdo porque mantuvimos relaciones aunque R no quería, cedió a ello solo para evitar mi frialdad y mis suspiros. Lo recuerdo porque fue el momento en que me convertí en una matona emocional. Lo recuerdo porque cuando vi la señal de positivo en la prueba pensé que había valido la pena.

–Sí, la fecha es correcta –digo.

La doctora parece apenada.

–Confíemos, pues.

Oh, no. No no no no no no.

Quizá me equivoque.

Quizá la fecha esté equivocada.

Déjeme contar.

Déjeme ver un calendario.

Deje que ordene las fechas.

Al salir del hospital R confiesa no saber qué han querido darnos a entender. Le digo que creo que querían decir que tendré un aborto. Replica que nos han pedido que confíemos, así que confiaremos. Niego con la cabeza.

Siete días después, agotados y aturdidos por la preocupación, regresamos al hospital. En el cubículo me piden que me prepare para otra ecografía. Me quito los vaqueros, me tumbo, noto el

frío sensor. Confío. Pero no hay latido. Tras unos momentos de silencio, la comadrona sale en busca de una segunda opinión. La segunda comadrona mide el feto de la pantalla. «Ha habido crecimiento», dice. Dicho lo cual, ambas mujeres nos aseguran que «no pueden decir nada más». ¿Qué? ¿Qué es lo que no pueden decir? Sigue un momento de locura en que las dos miran al suelo y la comadrona de la segunda opinión repite: «No podemos decir nada. Tendrá que volver la semana que viene». Salen de la habitación.

Necesito una pausa, necesito razonar lo sucedido. Crecimiento significa vida. Pero ausencia de latido significa que no hay vida. Solo con una perspicacia inmensa creo entenderlo. No hay vida, pero de algún modo hay crecimiento y el crecimiento significa ambigüedad. En Irlanda, la idéntica condición legal del feto y de la madre en la Constitución representa algo más que un simple veto al aborto. Significa que, en caso de cualquier ambigüedad, se prioriza la vida del feto; y en nuestra situación significa que es ilegal que las comadronas declaren terminado el embarazo. La ambigüedad no significa que vaya a haber un bebé. En cambio, significa que no tenemos ningún poder como «padres» sobre ese embarazo ambiguo. El silencio de las comadronas, aunque imposible de interpretar para nosotros en su momento, en realidad es elocuente. Ellas no pueden hablar y nosotros no podemos saber. Estoy furiosa. Con la situación, y en concreto con ellas. Soy una mujer que está sufriendo y esas mujeres no me mirarán a los ojos como a una igual para decirme que no voy a ser madre. No es cualquier cosa encontrarse en el Hospital Maternal Nacional, no solo consternada por el final de un embarazo deseado, sino también por que te niegan el derecho a saber lo que está ocurriendo en el interior de tu cuerpo.

Salimos del hospital y caminamos, atontados, en dirección a casa. Los dos nos debatimos entre la ira y la parálisis. Otra semana es demasiado tiempo de espera. Pero ¿qué podemos hacer? Esa noche, desesperada, llamo a una clínica privada para pedir otra ecografía. Es cara, pero qué coño, quizá los ricos reciban mejor tratamiento, mejores respuestas. Al cabo de dos días estamos en la sala de espera y parece otro mundo, con moquetas mullidas y refrescos para amenizar la espera. Pero somos las mismas personas nerviosas, necesitadas. Me pregunto si aquí obtendremos una respuesta diferente. Cuando la comadrona sale a buscarnos, nuestras esperanzas de obtener respuesta crecen. Tiene acento inglés.

En la consulta, en el momento en que se enciende el ecógrafo, aparece en pantalla la imagen de un feto *in utero* perfecto. Me sonrojo con la esperanza descabellada de que ese bebé perfectamente reconocible se haya transportado de algún modo a mi interior, pero es solo un residuo de la última visita, y mientras la comadrona mueve el sensor la pantalla se vacía y regresa a las granuladas superficies lunares y R me toma la mano mientras volvemos a pasar por todo el proceso. Hoy tampoco se oyen latidos. La comadrona se gira hacia su mesa y anota unas cifras en una gráfica. Rompo el silencio. Digo que necesitamos saber lo que pasa. La comadrona duda. Responde que legalmente no puede decir nada. Y luego hace una pausa. En su experiencia,

continúa, nunca ha visto un feto que empiece a latir a las diez semanas. Es el «no» que temía y me esperaba y odio oírlo. Odio oírlo. Pero casi me alegro de tener por fin una respuesta.

No recuerdo mucho de los días siguientes, más allá de una vaga reminiscencia de nuestro abatimiento compartido. Creo que fuimos a trabajar, creo que vimos a la familia, creo que intentamos fingir que no pasaba nada.

A los cinco días regresamos al hospital para una última ecografía. Esta vez no hay crecimiento, no hay ambigüedad. Lloramos en el pasillo, luego nos conducen a una sala privada. Es pequeña y estrecha, con un sofá al fondo. Me siento, pero no hay sitio para los dos, así que R se queda de pie. Mira un montón de folletos y dice: «Creo que estamos en la sala de duelo». Con el extraño vértigo del dolor, nos echamos a reír. Por supuesto, es el instante que elige el cirujano para entrar y no puedo evitar pensar que nos juzgará, que pensará que no estamos destrozados y que quizá un aborto nos viene bien. O quizá ya haya visto de todo. En cualquier caso, ya no me río. El médico explica que he tenido un «aborto retenido». Puesto que mi cuerpo se aferra al feto, necesito cirugía para extraerlo. Todo ha cambiado ahora que no hay bebé y vuelvo a ser la paciente principal. De repente, la que importa soy yo.

El 18 de octubre ingreso para lo que llaman una EPRC. Otra sigla espantosa; esta se traduce por «evacuación de los productos retenidos de la concepción».

La doctora original, la de la primera cita, se acerca a mi lecho para extraerme sangre y tomarme las constantes. Lleva documentos y me pide que, puesto que soy «la madre», firme un formulario para que se deshagan de los restos fetales. Me pillan de improviso. Llora. La enfermera avisa a una consejera. Esta me entrega una carpeta sobre cómo sobrellevar un aborto espontáneo y yo sujeto al dorso la impresión de la primera ecografía. Y luego todo pasa rápido: me llevan a quirófano, vuelvo a la sala, me dan el alta. Mi madre pasa a recogerlos. Quedamos atascados en el tráfico de la hora punta. R casi pierde los nervios, frustrado por el retraso, por el día, por absolutamente todo, joder. Me doy cuenta de que nadie le hace caso porque se espera que sea el fuerte.

Pido una semana de baja, mi jefe lo entiende. Mi familia me apoya. Mi hermana telefona a mi padre para contárselo y luego papá me llama con voz solemne por la preocupación. El fin de semana comemos con la familia de R, que evitan cualquier mención a lo que pueda haber significado esta semana. Cuando la conversación deriva hacia la casa que acabamos de comprar – la casa con el dormitorio extra que tanto deseaba ocupar– me altero. El padre de R me abraza y R me lleva a casa. Nadie más lo sabe. Aunque el aborto es lo único que tengo en la cabeza y siento que me vengo abajo, no hablo de ello. Ni siquiera quiero hablar de ello. Es demasiado crudo, demasiado duro y demasiado vergonzante. Y, además, puesto que nadie más ha hablado jamás de sus abortos espontáneos, ni siquiera me los han mencionado, creo que yo también debería callar.

Dos meses más tarde, cuando vuelvo al hospital a una visita de seguimiento, paso por delante de una fila de mujeres que fuman acurrucadas, claramente embarazadas, con los vientres apenas cubiertos por los camisones. ¿Cómo va a ser eso justo?, me pregunto en silencio. Yo sería mejor madre. Lo merezco más. Intento apartar esos pensamientos horribles, pero me recorren unos celos viscerales. En la consulta pregunto por los síntomas físicos posteriores a un aborto. Explico que no me ha vuelto el período y la enfermera me asegura que es normal. Digo que noto el cuerpo distinto y ella me mira con compasión, pero no dice nada. Después del hospital voy a comprarme sujetadores nuevos, de talla menor, enfadada porque mis pechos, que deberían rebosar de hormonas del embarazo, se han encogido, como si mi cuerpo, como si mi fertilidad, menguara.

Tardo meses en volver a menstruar. Y la menstruación, antes tan regular, se ha vuelto tan esporádica y escasa que apenas reconozco esos breves episodios como el periodo. Siempre me dicen que parezco joven para mi edad. Pero siento lo contrario, como si internamente hubiera envejecido, como si mi útero fracasado, baboso, roto, me envenenara por dentro. Como si fuera estéril. Cuesta descartar esa sensación, un desánimo que se instala en mí y me sofoca. Me arrastro por el letargo en lugar de salir de él.

La única persona en la que me confío es mi doctora de cabecera, hasta que empieza a hablarme de «la Madre Naturaleza» y de que necesito «permitir que la naturaleza siga su curso». Me parece de una estupidez supina y le replico que nadie considera buena idea dejar que la naturaleza siga su curso cuando alguien tiene cáncer. Estoy tan obcecada que ni siquiera veo qué problema hay en comparar no estar embarazada con una enfermedad grave. Digo que me estoy ahogando, que no puedo nadar y necesito ayuda. La doctora accede, a regañadientes, a pedirme algunas pruebas. Mientras la enfermera (embarazada) me saca sangre, me aconseja un curso de *mindfulness* para hallar «la paz interior». Resoplo. Pero cuando me cuenta que conoce a mujeres que han concebido después de tratarse con acupuntura, empiezo a prestar atención. Decido probar con la acupuntura: es cara, pero puedo cargar una parte a mi nueva y exorbitante póliza de seguro médico. Llamo al número que me da la enfermera.

Como ocurre a menudo con las terapias semialternativas, la entrevista con el acupuntor resulta tan sanadora como promete ser el tratamiento en sí. Tiene el consultorio en un sótano, con las paredes engalanadas con fotografías de bebés. Me siento en un sillón y me pregunta por mi estado físico y emocional. Como de costumbre, me incomoda describir las nimiedades corporales, pero él asiente a cuanto digo. Por último, me pregunta si me distraigo con facilidad. Digo que no. Se lo toma con escepticismo. Vuelve a intentarlo. ¿Hago varias cosas a la vez? «Ah, pues sí», digo. Entonces me explica que soy un ejemplo típico de alguien con demasiado trabajo y falta de tranquilidad, demasiado yang y falta de yin. Normalmente reacciono mal cuando me dicen que me exijo

demasiado –un mantra no solo de la doctora de cabecera, sino de mi familia, amigos y colegas–, pero he venido a por una respuesta, y ayuda que el acupuntor lo enmarque todo en el conjunto de una tradición ancestral de comprensión del cuerpo, porque ¿acaso no es lo que he estado intentando conseguir? ¿Comprender mi cuerpo?

Y así comienzan diez semanas de tumbarme en su sofá, intentar (a mi pesar) ser más meditativa mientras montones de finas agujas reequilibran mis energías. También me manda tomar enormes cantidades de espirulina, un nauseabundo polvo verde que solo tolero mezclado (por consejo de mi hermana) con zumo de grosella. «Vamos», pienso mientras trago. «Vamos», pienso mientras sujeto la bicicleta a la barandilla de delante de la consulta. «Vamos –pienso– déjame concebir un bebé.»

Pero no me preño y los indicadores de fertilidad –sangre y moco– no mejoran. Descorazonada ante la ausencia de cambios, mientras pago la última cita programada noto que pierdo la fe en el empeño. Debería continuar, me dice el acupuntor, e intuyo el veredicto tácito en el ambiente, soy un caso extremo, mi desequilibrio no tiene remedio. Quizá si fuera una persona de trato más fácil. Más plácida. Más... bueno, más maternal, toda mimos y calidez. Quizá si fuera completamente distinta, si pudiera cambiar hasta la última célula y el último gen y cromosoma de mi cuerpo, quizá entonces la acupuntura podría funcionar. De madrugada, incapaz de dormir, comprendo que estoy intentando curarme de ser yo. Quizá frizando los cuarenta ha llegado el momento de admitir que no voy a cambiar de personalidad ni de cuerpo. Porque tal vez no esté preñada, pero no me odio, ni siquiera con mi naturaleza sobrecargada de yang. Me gusta tener diez cosas en marcha, todas a la vez. Me gusta la energía que apporto a mi vida, encararla como un reto. Me gusta que mi ocupación favorita en los aviones de vuelta a casa sea consultar el mapa de rutas de la aerolínea para elegir el siguiente destino. Pero entonces me acuerdo de las fotografías de bebés y de todas las tarjetas con un «gracias por haber conseguido que me quede embarazada» de los estantes del acupuntor. Por la mañana le mando un mensaje deseándole Feliz Navidad y le digo que nos veremos el año que viene.

Por primera vez organizo la comida de Navidad en casa. Acuden la familia de R y mi madre, mi hermana y su pareja. Y un familiar que todavía no ha nacido. Mi hermana, V, está embarazada de casi nueve meses.

Me lo dijo en mayo. Estábamos en mi cocina mientras yo preparaba un té, y V se puso nerviosa y yo reaccioné mal. Debería haberla abrazado para celebrarlo, pero no conseguí más que articular un «enhorabuena» forzado. Me avergüenzo de esta reacción, me violenta no haber sido capaz, ni siquiera por un instante, de despojarme de mi narcisismo. Me sentí estafada. Y lamenté cada uno

de los cinco años que separan mi cuerpo viejo del de mi hermana menor. Tardé mis buenas veinticuatro horas en poder alegrarme mínimamente por ella.

Al ver mi reacción dolida, V decidió no hablar de su embarazo ni enseñarme las ecografías. Ni siquiera me di cuenta, ni siquiera me interesé, hasta que mi padre alardeó de haber impreso la imagen *in utero* más reciente y haberla pegado al lateral del ordenador, donde podía tener siempre a la vista a la siguiente generación. Supliqué a mi hermana que me las enviara a mí también, que me incluyera. V se había llevado un susto espantoso al principio cuando, como yo, había sangrado un poco. Pero la ecografía de urgencias había mostrado a un feto sano. Mientras el embarazo proseguía y le iba creciendo la barriga, todos fuimos acercándonos a ella. Desde siempre ha ocurrido que, si bien yo intento ocuparme de toda la familia, V es la persona a la que recurrimos cuando necesitamos atención. ¿Te sientes mal? V te escuchará, dirá lo correcto y te servirá tarta casera con el té que más te gusta. A veces pienso que sin ella nos habríamos distanciado. Mientras que yo acostumbro a estar fuera, ocupada en otra parte, ella está aquí, está en casa.

Las navidades salen bien. Incluso hay Christmas Crackers para abrir. Comemos demasiado. Llenamos el lavavajillas.

Entonces, el 30 de diciembre, mi madre llama para anunciar que V está en la maternidad y que necesita compañía; su pareja está trabajando y no consiguen localizarlo. Mi hermana está solo de treinta y siete semanas, así que deduzco que el bebé se ha adelantado. En recepción no les consta que V esté de parto. La telefono. Me responde por mensaje que está en la Unidad Fetal. En la planta quinta doy el nombre de V a las dos trabajadoras de la enfermería. Se miran, un gesto que significa malas noticias. Pero no tengo ni idea de hasta qué punto.

Me conducen a una sala privada a la vuelta de la esquina. Hay una camilla y un ecógrafo. Hay una silla en un rincón, donde está V sentada. Se abraza la barriga. Solloza. Me dice entrecortadamente que el corazón de su hija se ha parado.

La abrazo y sigo abrazándola y deseo que el mundo desaparezca, que el tiempo se pare, que las palabras se desdigan. Miro completamente incrédula a la comadrona, que parece incómoda. Enseguida llega mi madre, y el compañero de V está en camino. Nos telefona para saber dónde estamos y salgo a recibirlo a las escaleras. «¿Qué ocurre?», me pregunta. Me paro y se lo cuento y sale disparado hacia la habitación, abraza a V, cierra la puerta. Esperamos en el pasillo. La enfermera se ofrece a servirle un té a mi hermana. Insisto en que a V no le gusta el té, como si hoy importara. Al cabo de un rato, V y su pareja salen de la habitación. Mi hermana nos asegura que se encuentra bien y dice que quieren irse a casa.

A los dos días volvemos al hospital para el parto. Somos cuatro en una calurosa habitación del pabellón de maternidad. V está en la cama y su pareja, mi madre y yo repartidos en sillas, tratando

de no mirarla mientras aguardamos a que la medicación inicie el parto. Le suministran una dosis completa de calmantes, y cuando comienzan las contracciones, la dosis máxima de epidural. Como nos explica la enfermera, ya nada puede dañar al bebé. Llevan a V y a su pareja a la sala de partos, mi madre y yo esperamos un poco más. Mi madre quiere hablar, llora y le doy palmaditas en la espalda, pero no quiero que llore porque entonces tendré que llorar y no puedo llorar porque he levantado un muro de acero alrededor de mi corazón y lo necesito para seguir en pie.

Esa noche nace Elena Jane. Es Año Nuevo de 2015. Hijita, nieta querida, sobrina adorada.

A mi madre y a mí nos dejan entrar en la habitación. V está sentada en la cama con su hija en brazos, envuelta en la manta de algodón azul con la que arropan a todos los recién nacidos. Me mira y sonrío. Digo «Niña bonita», sin saber si me refiero a mi hermana o su hija. Abrazamos a V mientras abraza a Elena. Elena parece perfecta, salvo por la quietud imposible, y tiene un rasguño minúsculo en el párpado, con un poco de sangre, donde se ha rasgado la delicada piel durante el parto. Cuando la cojo, el cuerpo compacto y pequeño es demasiado ligero, pero está caliente, todavía conserva el calor del cuerpo de su madre.

Rodeamos la cama de una habitación demasiado silenciosa. Recuérdalo. Es la única vez que tendrás a tu sobrina en brazos. En este instante está lo más cerca que estará nunca, en este mundo frío, de la vida. Es el final y el principio. Recuérdalo.

V me pide que la fotografíe. Sonríe y muestra a su preciosa hija a la cámara. No sé de dónde saca las fuerzas. La semana siguiente revelo las fotos en una de esas tiendas donde se las imprime el cliente. Soy una inepta con la máquina y el encargado se acerca a ayudarme. Me cuenta que su hijo nació muerto hace dos años. No me cobra las impresiones. Saco copias para todos los parientes próximos de Elena. Cuando le envío las fotos a mi padre, protesta: «¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido mirarlas?». Porque V consiguió sonreír, le respondo, mientras sostenía a su hija. Yo solo tenía que mirar.

Durante los días siguientes al nacimiento de Elena todos necesitamos mantenernos ocupados. Mi madre limpia todas las habitaciones de la casa. V y su compañero dan vueltas en coche por Dublín, intentan empaquetar las cosas del bebé, toman café en casa de mi madre. Nos abrazamos. Hablamos de los preparativos del funeral. Rara vez nos miramos a los ojos por temor a las lágrimas que veríamos. Y en cuanto a mí, de repente, después de veintitrés años de vegetarianismo, me muero por comer carne. No veo motivos para resistirme. Entre la muerte de Elena, su nacimiento y el funeral, celebrado a los diez días, como todo lo que se me pone delante.

Y compro. Compro para las reformas de la casa, que por fin han empezado. Elijo grifería y azulejos para el baño. Los salones de exposiciones de enero resultan surrealistas. Tengo que irme del primero porque rompo a llorar a mares cuando el dependiente nos pregunta qué tipo de baño queremos. En el segundo, me limito a señalar los modelos más baratos, más sencillos. Sacudo la cabeza cuando me piden que elija entre monomandos. Miro la reluciente superficie cromada y me

pregunto por qué he elegido hacer eso el mismo día que Elena yace en la morgue del hospital, en el lugar que llaman «la sala de los ángeles».

El día del funeral voy a ver a Elena una última vez, a sentarme con ella en la silenciosa sala de pompas fúnebres, a decirle que la quiero y que cuidaré de su mamá. En la capilla, observo los hombros de mi hermana. Los mantiene firmes. Nunca he visto nada más heroico.

El tiempo con Elena pasó volando. V estuvo ocho meses embarazada y conoció a su hija, sus movimientos y sus ritmos. El resto de nosotros miró desde fuera cómo V engordaba con ella, palpó las pataditas. Incluso para el padre de Elena, esos fueron los límites de lo que la conoció hasta que nació. Y con tan poco que recordar, me descubro rememorando una y otra vez esos escasos recuerdos. Me irrita que, a pesar de que las impresiones de los días previos y posteriores al nacimiento son increíblemente vívidas, se me olvidan pequeños detalles, el orden de las cosas, la hora exacta en que nació. Después del entierro, les hablo de mi sobrina a desconocidos, me instalo su fotografía en el móvil, la llamo por su nombre, todo por aferrarme a ella. Como la presencia de Elena en este mundo ha sido tan delicada, tan frágil, la amo con fervor extra, afirmo y reafirmo su existencia. Incluso ahora pienso en ella a diario y deseo, a diario, que hubiera sido diferente. No quiero honrar su recuerdo ni quiero llevarla en mi corazón; quiero tenerla entre los brazos, riendo o llorando, pero no, no como la sostuve en aquella sala de partos, tan preciosa y enternecedora, pero tan innegable e irrevocablemente ausente.

Las fechas señaladas van y vienen. Implacables. V sale de cuentas. Hace un mes que murió Elena. Un mes del funeral. Pasamos juntas el primer Día de la Madre. V prepara una tarta arcoíris. Luego llegan los resultados de la autopsia, que no muestran ningún problema genético subyacente, solo una trágica anomalía cardíaca. El compañero de V comienza a recaudar fondos para el Hospital Infantil Nacional, para la Unidad de Cardiología y para los niños para los que aún hay esperanza de tratamiento. Todos nos preguntamos si Elena podría haber sobrevivido. ¿Y si lo hubiésemos sabido? ¿Podría alguna operación haber alterado el desenlace? Mis compañeros de trabajo donan la recaudación de un almuerzo y una venta de pasteles para financiar el proyecto. V y su compañero saltan en paracaídas. V y yo corremos en la Minimarató de Mujeres. Antes de la carrera, nos reunimos para entregar el cheque al representante del hospital. Estamos en un salón de actos atestado, en un sótano. La gente pulula en grupos, luciendo camisetas con los nombres de diversas enfermedades. Cada persona tiene una historia, un hijo cuya supervivencia o cuyo recuerdo la empuja a estar ahí. Es una forma de hacer algo cuando no hay nada que hacer.

Muy pronto, la baja por maternidad de V se ha acabado. Pero también enseguida, con alegría, alivio y nerviosismo, nos cuenta que está embarazada otra vez. Es un embarazo que va bien, que no tiene un final triste, que tiene como resultado un bebé sano. Es el embarazo que debería haber tenido la primera vez. Es agridulce. Es duro. Es sanador.

Inspirada por el coraje de mi hermana, decido que necesito saber qué me pasa. Me apunto a una clínica de fertilidad. Comienzo una serie de pruebas y exámenes para descubrir más de mi sistema reproductor, convencida de que debe de existir una razón identificable por la que no concibo. El especialista dice que es más fácil tratar la infertilidad masculina y, por tanto, me llevo una decepción cuando el recuento del espermatozoides de R da normal. Tengo que ser yo. Pero una prueba tras otra concluye que en realidad no me pasa nada. Acudo a que me hagan ecografías internas semanales, acostumbrada ya, por horrible que parezca, al sensor y esperanzada cada vez en que se revelará alguna anomalía en el cuello del útero. Estoy ovulando, lo que parece considerarse el santo grial, aunque tenga el endometrio fino. La medicación lo reforzará, afirman, pero no me tranquilizo porque nadie sabe decirme por qué mi ciclo menstrual no se parece en nada al de antes del aborto. ¿Por qué no le preocupa a nadie salvo a mí? Acumulo páginas y páginas con gráficas de ovulación, flujo vaginal y sangrado. Se las muestro a todos los médicos que me visitan, y cada vez el médico me sonríe con condescendencia, sin apenas mirar la página, antes de guardar los datos al fondo de la carpeta.

No obstante, insisto. A finales de verano, estoy otra vez en el hospital de Holles Street. Dios, cómo odio este lugar. Esta vez he venido a una exploración. Como de costumbre, estoy desnuda de cintura para abajo, tumbada en una butaca reclinable forrada de plástico, con los pies en los estribos. Están presentes mi especialista en fertilidad y dos enfermeras. Me realizan otra ecografía interna, pero este sensor lleva una cámara al final de un tubo largo que rocía agua caliente. El agua limpiará cualquier obstáculo y así la cámara verá lo que pasa con mis trompas de Falopio y mis ovarios. Duele desde el principio y empeora conforme la cámara se mueve dentro de mí. Comienzo preguntando cosas, pero al poco ya no puedo hablar. Me da tanto miedo que se me escape un grito que intento no pensar en lo doloroso que es. La enfermera me ve la cara contraída y me da la mano. Se la estrujo.

Cuando termina, la especialista me dice que las mujeres suelen comparar el dolor de esta prueba al del parto. Me llama heroína y me recomienda un par de ibuprofenos. Y a continuación me informa de que no existen bloqueos, ni revestimientos enfermos, ni conductos sospechosos. Debería alegrarme, pero me doy cuenta de que esperaba tener algo mal. Me levanto para irme, todavía chorreando. «¿Necesitas alguna cosa más, Emilie?», pregunta la doctora. Tantas cosas. Arrégleme, quiero decirle.

Pero quizá no tenga arreglo. Cuando volvemos a la clínica de fertilidad la especialista dice que desde mi último examen, cuando tenía treinta y seis años, el recuento de mi reserva de óvulos se ha reducido considerablemente. Compara la reducción de la fertilidad con caer por un precipicio. Dice que el descenso hace que la FIV sea urgente. «No espere –me dice–. No espere ni siquiera seis meses.» En cuanto lo dice, asiento porque estoy lista para la FIV, para firmar la documentación, para pasar por lo que sea a fin de conseguir lo que quiero. Lo enfoco como si

fuera una decisión inmediata. Pero entonces me acuerdo de preguntar por el proceso. Escuchamos mientras nos habla sobre las inyecciones, la medicación y los procedimientos de extracción de los óvulos. ¿He mencionado que detesto las inyecciones? R, que ha presenciado cómo me sacan sangre, se estremece ante la perspectiva de tener que pincharme. Pregunto por las probabilidades de un embarazo múltiple. Sabemos de más de una pareja con gemelos concebidos por FIV. La especialista sonríe y asegura que las probabilidades de que ocurra son mínimas. Parece una respuesta insuficiente.

Para animarme, creo, añade que después de las inyecciones, las placas de Petri y la fertilización en laboratorio de los óvulos, «los echan dentro y confían en que alguno se agarre». «Echarlos dentro.» Lo informal de la expresión me hace sentir que estoy echando algo yo misma. Pese a los test y las ecografías internas, en mi situación y ante la falta de respuestas, me da la impresión de que esta gente en realidad no tiene ni idea de qué es lo que hace que un embarazo prospere.

Pregunto por las probabilidades de concebir. Me dice que son del 28 por ciento. En los días posteriores a la visita investigo un poco más. Con mi edad y mi reserva de óvulos, son más bien del 20 por ciento. Vuelvo a sentirme confusa, por la falta de transparencia y la ausencia de respuestas. O, visto al revés, tengo un 80 por ciento de probabilidades de no quedarme embarazada. Si se tratara de pagarle a la clínica los 9.000 euros que cobran y terminar teniendo un bebé saldría disparada como un rayo blandiendo el talonario sin que me importaran las inyecciones y el estrés causado por las hormonas. Pero las probabilidades son escasas y es mucho dinero, y no sé cuántas decepciones más puedo soportar. En el vestíbulo de la clínica de fertilidad, nos miramos. Digo que podemos reunir suficiente dinero para una FIV y prometo dejarlo ahí. Pero R parece escéptico, porque me conoce y ambos sabemos que detesto fracasar y, por tanto, si no funciona a la primera, rogaré y pediré dinero prestado para al menos una segunda tanda. Hablémoslo, dice R.

Terminamos en el aparcamiento del otro lado de la calle, aunque amenaza lluvia. La mole se diría que omnipresente del hospital asoma entre los árboles, de modo que elegimos un banco que mira hacia otro lado. Nos sentamos un rato y esperamos, conscientes de que las palabras que pronunciamos serán cruciales. Y mantenemos la que probablemente sea la conversación más importante de nuestras vidas. Él me dice que las probabilidades son mínimas y yo le doy la razón. Dice que el proceso promete ser terrible y también lo reconozco. Dice que todo este asunto lo entristece. A mí también, digo. Pero, añado, la infelicidad presente me determina más a apretar los dientes en la esperanza de un futuro mejor. Dice que a él lo empuja a replantearse todo. Apunta que últimamente discutimos. Mucho. Abro la boca para contradecirlo, pero sí, discutimos. Con todo, digo, al final merecerá la pena. Y se hace el silencio.

Yo sabía que el sexo pautado no había beneficiado a nuestra vida íntima, pero no me había

percatado de que nos hubiéramos distanciado tanto. Llevaba meses sintiéndome sola; no se me había ocurrido que él pudiera sentirse igual. Había ignorado y rehuido sus objeciones, impacientándome por sus dudas respecto a la FIV y tomándome su oposición como otro ejemplo frustrante del dogma «Déjasele a la madre naturaleza». Estuve seca cuando señaló que no estoy enferma y que en realidad eran buenas noticias que no me pasara nada malo. Estoy destrozada, repliqué. Mírame. No-embarazada significa destrozada. Cuando decidí someterme a las pruebas, dolorosas e invasivas, se mostró compasivo al tiempo que reticente. Le solté que todo el esfuerzo recaía en mí.

Los dos hemos deseado tener un hijo y los dos lo hemos intentado con todas nuestras fuerzas y a los dos nos ha partido el alma el aborto espontáneo. Y ahora los dos tenemos que enfrentarnos a algo más: la realidad, y las emociones, de que quizá no seremos padres. Nos sentamos en el banco del parque y me siento triste y perdida, pero me toma la mano y le escucho. Le escucho recomendarme que recuerde que nuestras vidas son algo más que la infertilidad.

Mis amigas cercanas que han intentado la FIV no han tenido suerte. Mi mejor amiga se sometió a varios ciclos en vano. Ahora se está divorciando. He visto a otras amigas pasar por angustias similares. Por otro lado, también conozco a padres que han tenido a sus hijos después de un aborto natural y padres que han disfrutado de un final feliz, estrujados por múltiples clínicas de fertilidad y múltiples rondas de tratamiento. Y conocemos a gente que ha conseguido adoptar, aunque tras un extenuante proceso de varios años. Me debato entre admitir las adversidades que implica un tratamiento de fertilidad para las parejas y creer que solo con que lo intente un poco más lograré ser mamá.

Pero no puedo seguir esquivando el miedo a perder lo que tengo en la búsqueda de algo que quizá nunca obtenga. Si las cosas continúan como están, quizá no haya bebé y tampoco relación. Acordamos un descanso. Significa más que no seguir con la FIV. No significa «nada de sexo», pero sí «nada de sexo según el calendario de fertilidad». Regresamos a la normalidad. Septiembre se acaba y decidimos retomar la conversación dentro de cuatro meses.

Y al instante la situación mejora. Duermo mejor. Somos más agradables el uno con el otro. Las disputas desaparecen. Es como si nos hubieran liberado. De verdad. Entonces me pareció increíble y sigue pareciéndome. Un amigo me aconsejó una vez, mientras contemplábamos cómo su hija aprendía a caminar, que decidiéramos sin más. O lo haces o no lo haces, dijo, pero no te pierdas en el limbo del tal vez. Ahora comprendo la sabiduría del consejo. Tomar una decisión te imbuye de un poder extraordinario. Desde la conversación en el banco, de vez en cuando pillo a R mirándome, comprobando si de verdad estoy bien o solo lo finjo. Después de hacerlo a mi manera durante tanto tiempo, ahora estamos intentándolo a la suya y se diría que R se siente responsable de mi felicidad. Pero parar realmente supone una liberación para mí. Porque, por fin, puedo dejar de obsesionarme con mi cuerpo. Puedo dejar de fijarme en qué fase del ciclo estoy. Puedo dejar

las gráficas, los controles, los palitos meados. Y puedo comprender lo opresivo que ha sido. Y volver a relajarme.

Para alivio de todos, el segundo embarazo de V está evolucionando muy bien. No faltan nervios y constituye un acto de fe de sus padres arriesgarse tan pronto, pero el bebé está sano. En comparación, mis preocupaciones por tener un bebé carecen de importancia. Y enseguida vuelve a ser enero, el primer aniversario de la muerte de Elena y su primera fiesta de cumpleaños. Aunque celebramos su vida con una tarta, Año Nuevo ya nunca más nos parecerá un momento de renovación, sino de recuerdo de su pérdida.

A mediados de enero R y yo nos miramos. Es una mirada larga, tierna, cargada de compasión mutua. Es una mirada que lo confirma: nada de FIV.

Puede costar dejar atrás el «intentarlo». Mientras tratamos de volver a ser como éramos y empezar a aceptar que quizá nunca tendremos un bebé, hay momentos que desafían mi determinación. Un día decido enfrentarme a los test de ovulación y los libros sobre cómo concebir un bebé que están escondidos al fondo del armario. Tirar todo eso supone un punto de inflexión y me impresiona la gran cantidad de plástico acumulado. No veo indicativos en los paquetes, de modo que telefono a mi hermana y le pregunto si cree que serán reciclables. Detecta el pánico en mi voz. «Ay, Emilie –me dice, compasiva–. Tíralos donde quieras.»

La decisión de renunciar a la FIV no se tomó a la ligera. Hablar de «fertilidad» se parece un poco a cuando eres niña (o profesora de universidad) y aprendes una palabra nueva y, de repente, la ves y la escuchas todo el tiempo. Adondequiera que mirásemos nos topábamos con recordatorios. Una vez asumimos que la concepción no sería fácil, fue como si pasaran anuncios de clínicas de fertilidad en todas las emisoras de radio. Los periódicos publicaban anuncios a toda plana, uno con el reclamo «Todo lo que creía saber sobre la fertilidad estaba equivocado». Este anuncio en particular se perpetúa durante años. En el momento de escribir esto todavía lo publican, todavía lo arrugo antes de embutirlo en el contenedor de reciclaje. Las coincidencias siguen. Mi podcast favorito incluye un segmento sobre relaciones que se rompieron porque un miembro de la pareja no quería tener hijos. Leo una crítica de cine magnífica y cuando consulto la firma resulta que la autora ha escrito un libro sobre su decisión de no tener hijos.

Y pese a que una de cada seis parejas tiene problemas para concebir da la impresión de que en todas partes todo el mundo tiene hijos. Esa colega del trabajo que yo pensaba que lo único que hacía era trabajar, centrada en el futuro de su carrera, tiene gemelos. ¿La conferenciante que pronunció el discurso clave del congreso? Dos libros y dos hijos. ¿Alguna de ellas duerme alguna vez? ¿O se sienta? ¿O se termina una taza de té? En ocasiones se diría que seguimos compitiendo al juego ese tan manido de «tenerlo todo». Solo que, por supuesto, yo no. Las barrigas preñadas

me asaltan. Las fotografías de las redes sociales de la gente no solo enseñan las barrigas, sino también al otro progenitor, orgulloso y sonriente. Reviso tantos perfiles en busca de esa rareza, una pareja sin hijos feliz, que me exalto al encontrar una reposición de *Sexo en Nueva York* en la que Carrie reivindica el valor de la vida sin hijos. ¿A esto ha quedado reducido? ¿A lecciones de vida de un personaje de ficción adicto a los zapatos?

También han cambiado otras cosas. Una colega más joven, que está decidida a tener hijos, me pregunta si pienso que debería esperar a terminar su segundo libro antes de quedarse embarazada. Sin dudarlo, respondo: «No esperes». ¿Estoy recomendándole que se relaje en lo profesional? No es así como habría respondido hace unos años, pero su marido y ella desean mucho un bebé y ya tiene plaza fija, o sea que adelante, le digo. Tómame un descanso. De hecho, al consultar mi expediente (para solicitar, tarde, un ascenso) caigo en la cuenta de que en el año posterior al aborto no publiqué nada. Trabajé con ahínco, monté una red de investigación y di conferencias, impartí clases a mis alumnos y corregí un sinfín de exámenes. Pero no escribí. De hecho, abandoné el borrador de un libro en el que había estado trabajando, un borrador que todavía no he retomado. Ese hueco en la vida, los años del currículum desperdiciados en el bebé, no se explican. ¿Cómo voy a reflejar por escrito el dolor que me paró en seco?

Es duro cuando la gente me pregunta, como ocurre regularmente, si tengo hijos. Tienen buena intención, pero es una pregunta terrible para una mujer de casi cuarenta años. Porque no tiene una respuesta fácil. Alguna que otra vez estoy tentada de mirar alrededor y decir: «Ay, sí, ya decía yo que se me olvidaba algo». Pero no consigo soltar una broma tan falsa. Una noche salgo con una amiga y, después de demasiadas copas de vino, me informa de todo corazón que es culpa mía que no tenga hijos: no debería haberlo retrasado tanto. El comentario me llega a lo más hondo y mi única reacción es agarrar el abrigo y marcharme a casa.

A las treinta y siete semanas mi hermana se pone de parto. La visito en el hospital para hacerle compañía con donuts y anécdotas graciosas. Un monitor vigila el corazón del bebé y lo miramos con recelo, pero esta vez es muy diferente. Con todo, su compañero y ella están nerviosos, y V se inquieta sobre todo cuando el parto se alarga un par de días. Por fin, al final de la segunda noche, nace mi sobrino. Estoy en casa, en vela, molesta por no poder acompañarla durante el parto, cuando me llega al móvil un mensaje de su pareja. Es una foto del bebé con la cara arrugada y los puños apretados, tan distintos y tan parecidos a los de su hermana.

En recepción, a la mañana siguiente, intentan recordarme que todavía no ha empezado el horario de visitas. Los esquivo porque en ese momento las normas no cuentan y nada va a impedir que vea a mi hermana y a mi sobrino. Están en la habitación del fondo del pasillo, y al abrir la

puerta veo que V está bien, sonriente, con su hijo en brazos. Me lo pasa, un fardito escurridizo y caliente. Bienvenido al mundo, pequeño.

Nunca tendré un bebé. Es un hecho que me provoca inquietud. Y dolor. Y felicidad.

Una inquietud que persiste es la de que nunca entenderé por qué en nuestro caso no pudo ser. Pese a tanta investigación y tantas pruebas –mías y de la profesión médica– sigo sin saber qué «falló» en mi cuerpo. ¿Por qué? Mientras me planteo la pregunta y rememoro aquellos meses y aquellos años y nuestros intentos y nuestros fracasos y nuestras visitas y segundas visitas y todo lo demás, se conforma un patrón. Un patrón en que no me toman en serio, o no nos toman en serio. O no lo bastante.

Siento que me han estafado. No solo porque no pueda tener un bebé, aunque sea fundamental. Sino por todas las semanas que nos negaron el derecho a la información sobre el feto. Y porque, después del aborto, una y otra vez, me topé persistentemente con la actitud de que, en tanto que mujer, soy solo la que siente, no la que piensa, no la que debería tener acceso a la información, no la que debería ostentar el poder para controlar su cuerpo.

Hay días que pienso que podría –o debería– haberme empeñado más en ejercer dicho control. Debería haber seguido una dieta sin lácteos ni gluten, debería haber probado más tiempo la acupuntura, debería haber consultado más de una clínica de fertilidad. Aunque en el fondo sé que lo di todo, todavía encuentro maneras de fustigarme. Lo que nunca pensé que diría, porque me parecía un tópico tonto, es que he aceptado mi incapacidad física para tener hijos. Y no soy de las que aceptan las cosas fácilmente (de hecho, normalmente ni siquiera me gusta la gente resignada). Quizá todavía esté lejos de la aceptación plena, porque cuando veo a mi compañero abrazando al hijo de otro o, en realidad, cuando veo a cualquier hombre con un bebé en brazos, me asalta la constatación de que todavía lloro mi vida de madre. Pero, la verdad, lo que he aceptado es lo siguiente: puedo intentar tener un bebé y fracasar cada mes y ser infeliz. O puedo no intentar tener un bebé y no fracasar cada mes. El total de niños que habré tenido será el mismo en cualquier caso, cero patatero. Pero el resultado es completamente distinto. Elijo ser feliz. Esta felicidad no es perfecta, ni está libre de dolor. Conlleva una pena. Por eso es mucho más fuerte.

Y, hurra, por fin, cuarenta. Siempre fue mi edad tope. Si a los cuarenta no he tenido hijos, me decía, dejaré de intentarlo. Por supuesto, lo decía a los vertiginosos treinta y cinco, cuando los cuarenta parecían lejanos y me imaginaba no solo uno, sino dos hijos para llenar esos años. Y sé que hay madres que justo empiezan a los cuarenta y les deseo buena suerte, felicidad y un bebé que duerma bien. Pero yo ya estoy, y es más que un simple alivio. Porque ahora que he llegado hasta aquí y que ya me he subido a la montaña rusa, tener cuarenta años me parece un límite

positivo. Puede permitirme ser otra, alguien distinta a una madre. Alguien más que una mujer que comprueba su moco cervical como una maníaca.

En la actualidad, uno de los puntos álgidos de la semana es la tarde del jueves, cuando recojo a mi sobrino de la guardería. Se ríe y juega y grita y aparta el biberón pero se come la papilla de fruta. Adora los libros (sobre todo, masticarlos) y las cositas brillantes, y detesta llevar calcetines. Ha aprendido a saludar. La primera vez que me saludó, casi estallo de alegría. La verdad es que, pese a lo que digan por ahí, soy una persona cálida y cariñosa. Sonrío y saludo y me sonrío y me saluda. Y ahí está. El amor.

Un día del año pasado volví a casa del trabajo y me encontré a R rastrillando la hojarasca del jardín. Me sonrió y a la luz brillante del otoño me fijé en que le habían salido nuevos mechones plateados en las sienes. Me sorprendió. Estamos envejeciendo juntos. Así será vernos envejecer conforme nuestra relación cumpla años. Y ese momento inesperado me hizo más feliz de lo que podría imaginar. Ahora veo una vida por delante para los dos, una vida compartida. Una vida magnífica.

Cuesta traducir un gran amor, una gran vida, en palabras sobre el papel. Suena muy prosaico – rastrillar hojas, sonreírse con comprensión–, pero es en los momentos cotidianos donde a menudo se revela la tenacidad del amor en toda su hondura. Aunque no disfrutemos de la felicidad de los hijos biológicos, hay muchas maneras de tener una vida con niños. Y resulta que hay muchas maneras de disfrutar una vida sin hijos; un cambio de énfasis reciente, e importante, en mi caso. Se acabó caracterizarme mediante la ausencia. Se acabó emplear el término «fracaso» en referencia a mi cuerpo. Se acabó vivir y escribir esa historia.

Este es el momento que se nos concede para mirar alrededor, encontrar nuestro equilibrio y disfrutar de las vistas desde donde estamos.

HABLAR / CALLAR

Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años y mi hermana era un bebé.

Los recuerdo antes de separarse. Los recuerdo cuando eran una pareja feliz. Recuerdo cumpleaños familiares, risas y soplar velas. Los recuerdo abrazándose. Jugar al escondite en el jardín lleno de maleza. Recuerdo trepar por el andamio de la parte de atrás de la casa y quedarme atrapada, pedir ayuda y que aparecieran los dos para ayudarme a bajar. Recuerdo la lluvia colándose por el tejado y tomarme como una aventura buscar cubos para recoger las goteras. Recuerdo el nacimiento de mi hermana. Que a casa llegaran juguetes que eran para ella y no para mí. Recuerdo a mi madre rompiéndose la muñeca porque resbaló en el hielo. A mi padre durmiendo en el otro cuarto. Era invierno y me preparó la bolsa de agua caliente, y cuando dije que no la quería, me la arrojó y la reventó contra la pared. Les recuerdo diciéndome que se separaban. Me alegré y dije: «Se acabaron las peleas».

Recuerdo la mudanza. Mi madre deshizo el equipaje en el dormitorio de arriba porque era la única habitación con el suelo en condiciones. Recuerdo la lluvia fuera y acostarnos en la misma cama para darnos calor. Recuerdo la tos de mi hermana, que duró meses, y que las paredes siempre estaban húmedas. Recuerdo al amable tendero local que nos fiaba el pan y la leche hasta el día de cobro. Recuerdo tardes soleadas y fiestas de pintar y el día que mi madre colgó un columpio en el jardín. Recuerdo ir a ver a mi padre los fines de semana por la tarde. Nos preparaba bocadillos calientes en una máquina que solo funcionaba si te subías encima y sabías que estaba lista cuando se te calentaban los pies. Recuerdo cuando le quitaron la casa porque no podía pagar los recibos y mi padre se quedó sin vivienda. Recuerdo ir con mi madre a visitar a sus amistades, que también eran las de mi padre, y encontrarnos los muebles de papá. Recuerdo señalar y decir: «Es nuestra mesa». Recuerdo preguntarle a mi madre qué hacían allí las cosas de papá y que ella se enfadó y no pudo hablar y nos volvimos a casa en coche.

Mi madre nos llevaba en coche a todos lados. Nos llevaba en coche al colegio. Al supermercado. Al parque. Nos llevaba en coche a ver a papá los fines de semana. Nos llevó en coche a verlo cuando estuvo hospitalizado. El hospital quedaba lejos del centro de la ciudad y mientras conducía íbamos cantando nuestra cinta de canciones favoritas. Al bajarnos del coche mi madre nos advirtió de que papá quizá no estuviera de buen humor. No la entendí cuando dijo que estaba «en el dique seco». Le regalé a mi padre un póster de mi cuarto con el lema: «¿Por qué no estar contentos?». En los años que siguieron a la separación a mis padres no parecía dárselos bien estar contentos.

Y ¿qué recuerdan ellos? De todas aquellas experiencias, ¿cuáles han retenido? ¿Cómo se las

apañó mi madre para criar a dos hijas en una casa sin calefacción y con humedad en las paredes y escasez de dinero? ¿Cómo habitó mi padre el hueco que había dejado su familia? ¿Cómo fue tener marido, esposa, matrimonio y luego no tenerlo? ¿Cómo fue yacer junto a alguien y luego dormir solo? ¿Cómo fue ser dos y luego no? ¿No ser ni siquiera uno, sino la mitad rota de dos?

La mayoría de las familias no se parecían a la nuestra. En aquella época las parejas seguían juntas por el bien de los hijos, por el bien de la familia, por el bien de la institución matrimonial. Cuando mis padres, a su manera peculiar, organizaron una fiesta de «ruptura» para anunciar el fin de la relación, uno de sus amigos se arrodilló en el suelo del pasillo y les suplicó que siguieran juntos. E incluso cuando una familia se separaba, seguía conectada, unida, casada. No tenía otra opción. Porque la Constitución irlandesa prohibía el divorcio.

Más o menos al año de la ruptura, cuando mi maestra repartió al final del trimestre los informes escolares –un sobre marrón por estudiante–, no recibí ninguno. Me pidió que esperase. Una vez que el resto de los niños se marchó a toda prisa, me acerqué a su mesa, temiéndome que había hecho algo malo. Me entregó dos sobres marrones, uno para cada progenitor. Quizá creyó que me avergonzaría recibirlos delante de mis compañeros de clase. Aunque todos aguardaban de pie ante la puerta. Querían saber por qué me había quedado la última.

Intenté compensar ser la rara contando cuentos. No caí en que las historias tenían que ser ciertas; pensaba que bastaba con que resultaran interesantes. Les conté que podía respirar bajo el agua como las sirenas. Les conté que un fin de semana me habían trasplantado un riñón. Les conté que los caracoles de la pared del patio eran venenosos y los habían puesto unos espías que querían matar niños. Mi público escuchaba y luego se reía y me llamaba mentirosa. Visto lo cual me convertí en sospechosa. Un sábado por la tarde estaba en la cocina de casa cuando sonó el teléfono. Al contestar oí unas risitas. Eran las niñas de mi clase, que llamaban para decirme que habían organizado una fiesta a la que no estaba invitada.

Después de la separación, al principio mis padres se vieron con regularidad y mantuvieron una relación relativamente civilizada. Pero hacia finales del primer año separados dejaron de hablarse. En realidad, mi padre dejó de hablarle a mi madre. Y, por tanto, a mi madre no le quedó otra que dejar de hablarle a mi padre.

¿Cómo es cuando tus padres no se hablan? No me refiero a cuando simplemente están malhumorados y no se hablan temporalmente. Me refiero a cuando no se cruzan palabra. ¿Cómo es?

Cuando tus padres no se hablan te conviertes en intermediario. Cuando quieres ver a tu padre,

tienes que concertar fechas y lugares y horas para visitarle. Cuando tu padre te da una carta para «esa zorra», tienes que dársela a tu madre. Cuando tu madre recibe la carta y llora, te echas la culpa. Cuando haces algo mal y tu madre te recrimina en su tono más cruel que eres igualita que tu padre, vuelves a echarle la culpa. Cuando tu padre se echa novia y cancela una cita contigo, te desconcierta. Cuando tu padre dice que le aburren los niños, que te vayas a paseo, te desconcierta todavía más. Cuando a veces no es tu padre, sino tu madre la que está borracha y no puede conducir de vuelta a casa o prepararte la cena o acostarte, tu mundo empieza a desmoronarse porque ella es lo único que lo mantiene en pie. Es así.

Y también es así: tienes diez años y tu madre ha ido a una fiesta y suena el teléfono y es tu padre, dice que va a suicidarse esa noche y tú le dices «Pero yo te quiero, papá» y responde que lo sabe, que eres la única persona que le quiere y luego cuelga. Y te quedas sentada con el teléfono en la mano porque no sabes si habla en serio y no sabes lo que espera de ti, pero sabes que espera algo y te da miedo que, si no hallas la respuesta, nunca más volverás a ver a tu padre. Y entonces cuelgas porque no sabes dónde vive ni sabes su número de teléfono y solo tienes diez años, de modo que te vuelves a la cama y lloras hasta quedarte dormida. Y al día siguiente encuentras el teléfono de su trabajo y lo marcas y responde y sigue vivo, pero te grita por molestarle. De manera que no mencionas la noche anterior y no se lo cuentas a tu madre ni a nadie, porque no hay forma de presentar la historia para que quede bien.

Recientemente, en una caja de fotos viejas, encontré una postal que le envié a mi madre. Está escrita en letra grande, cuidada, infantil, aunque la dirección está garabateada apresuradamente por mi padre. La postal reza: «Querida mamá, hace buen tiempo. Cómo estás. Espero que bien. ¿Sabías que vuelvo a casa el lunes 5 de agosto? Escribo solo para asegurarme. Con cariño, Emily». La postal es un recordatorio de que fuimos niños en la época anterior a los móviles, antes incluso de que en cada hogar hubiera un teléfono fijo. Con todo, me extraña que mi padre le pidiera a su hija que escribiera una postal para confirmar la fecha en que podría devolvernos. Y también, por supuesto, están todas las cosas que no menciona la postal. Por encima de la dirección, mi padre ha escrito solo la inicial y el apellido de mi madre, como si no pudiera escribir el nombre completo. En mi nota no comento la imagen de la postal —un barco perdido en la bruma—, aunque es de una elocuencia patética. Y no he escrito «ojalá estuvieras aquí». Pero viéndola ahora me doy cuenta de que eso es lo que dice en realidad.

Cuando tenía dieciocho años, durante el primer trimestre universitario, se votó el divorcio en

referéndum. Una de las sociedades de debate de la facultad presentó la moción: «Esta casa quisiera otorgar el derecho al divorcio en Irlanda». Acudí, pensando que tal vez aprendería algo.

El debate se desarrolló como una especie de teatro iluminado, con las réplicas y contrarréplicas tan predecibles como si siguieran un guion. Los argumentos estaban bien elaborados, bien ensayados, pero los había oído antes y ninguno me pareció sincero. Y cuando consulté la lista completa de oradores, entendí la razón. Ninguno de los debatientes representaba mi experiencia, ninguno dijo: «He pasado por un divorcio. Permitidme que lo explique». Todo era meramente hipotético. Y por tanto ignoraban lo que yo sabía. O lo sabían, pero no les parecía digno de mención. Porque, entre todo el parloteo sobre los votos sagrados, nadie mencionó el peligro real: el limbo de la inexistencia.

Aparte de un acuerdo de separación según el cual mi padre debía aceptar la custodia compartida, el final del matrimonio de mis padres no estaba legalizado. Nuestra familia no existía. Y como no existíamos, no podían protegernos. En términos reales significaba que no se podía obligar a mi padre a pagar la manutención de sus hijas. Oh, de vez en cuando caía un cheque, pero, semana tras semana, en mi casa se salía adelante exclusivamente gracias a lo que ganaba mi madre. Lo que mi madre se gastaba en criar a sus dos hijas, mi padre se lo gastaba en bebida.

De niña había referido un cuento tras otro sobre mis padres, recitándomelos a mí y a cualquiera que quisiera escucharlos como una forma de conjurar la amenaza de la inexistencia. Había relatado esos cuentos en voz alta e insistentemente porque intuía, incluso a los cinco años de edad, que el mundo habría preferido que me mantuviera callada, que nuestra familia no era un tema adecuado. Pero incluso mientras los contaba, sabía que nunca bastarían. Porque los cuentos no pueden hacer que nuestros padres se hablen. Y los cuentos no paran los pies a los matones. Y los cuentos no pueden cambiar la humedad o el frío o la falta de comida en la nevera.

Fue el primer referéndum en el que voté. Con la abundancia de tiempo libre del estudiante, me reservé el día entero. Pero tardé solo quince minutos en llegar a pie al colegio electoral y solo unos cuantos más en marcar con una X el Sí, doblar la papeleta e introducirla en la urna. Salí a la calle sin saber qué hacer. Los tres carriles estaban vacíos. De momento nadie parecía al corriente del cambio que acababa de producirse. Yo temblaba, pero el mundo estaba en calma.

La noche siguiente, por la razón que fuera, acabé en casa de mi padre siguiendo los resultados electorales con su novia y con él (ambos, cómo no, estaban casados con otras personas). Mi padre se durmió temprano, pero nosotras nos quedamos en vela, emborrachándonos poco a poco, pero manteniéndonos alerta gracias a la adrenalina con la que analizábamos cualquier matiz de la cobertura televisiva. Cuando la campaña antidivorcio exigió un recuento que resultó en más votos

para el lado del Sí, nos jactamos de nuestro triunfo. Normalmente no éramos aliadas –ni mucho menos–, pero esa noche las dos vimos la oportunidad de que nuestras vidas cambiaran.

La propuesta para legalizar el divorcio se aprobó con un 50,28 por ciento de los votos. Con una participación del 62,15 por ciento, significa que el referéndum lo decidieron 9.114 votos. Fue una victoria ajustada y costosa. El primer divorcio en Irlanda se concedió el 17 de enero de 1997. Las nuevas leyes estipulaban que había que llevar tres años separados antes de solicitar la demanda de divorcio. Mis padres llevaban separados desde 1982. Quince años: tiempo suficiente para cinco divorcios.

Recuerdo estar de pie en el centro de Dublín una tarde de esa primavera. Tenía veinte años. Me paré en una acera concurrida mientras la gente pasaba de largo. Un anuncio de una agencia de viajes me había llamado la atención: «Paquete vacacional: 1 progenitor + 2 niños». Es ridículo, pero lo cierto es que me conmovió, un anuncio de vacaciones al sol. Fue la primera vez que vi a mi familia reflejada en público. Un progenitor más dos hijos. Éramos nosotras. Existíamos.

Mediada la veintena, comencé a quedar con mi padre una tarde a la semana para tomar una pinta. Nos reuníamos siempre en el mismo pub, nos sentábamos en el mismo lugar de la barra, intercambiábamos las mismas palabras con el camarero y, a menudo, entre nosotros. Sentada en un taburete de bar junto a mi padre, me sentía una extraña mezcla de niña y adulta. Aunque mi padre podía ser hosco y reservado, yo normalmente encontraba la manera de atraerlo hablándole de libros, el lenguaje que compartíamos. Entonces, una tarde, con voz temblorosa, me pidió que le preguntara a mi madre si querría divorciarse.

Todavía en mi papel de intermediaria, esperé al fin de semana para mencionarle la propuesta a mi madre. Le dije que papá tenía una pregunta importante. No había otra forma de plantearla: ¿se divorciaría de él? Mi madre estaba preparando el té y se detuvo con el agua caliente suspendida por encima de la tetera. Mi hermana, sentada a la mesa, se quedó paralizada. Entonces las dos se echaron a reír. Al poco, me sumé. Al fin y al cabo, era absurdo. Que me hubiera elegido para transmitir la petición, que después de dos décadas separados mi padre creyera que necesitaba preguntarlo y, sobre todo, que se hubiera planteado la posibilidad de que mi madre se negara a divorciarse. Adoptando un tono de gravedad, mi madre respondió: «Dile a tu padre que no he perdido la esperanza de una reconciliación». Nos reímos tanto que me doblé de dolor. A la semana siguiente quedé con mi padre. Le dije que mamá le concedería el divorcio. «Oh», dijo.

¿Y después?

Nada.

Mi padre había pedido el divorcio porque quería volver a casarse. Pero era un deseo poco realista, y al poco de pedírselo a mi madre rompió con su novia. Nadie debería haberse

sorprendido. Mi padre llevaba meses viviendo solo, primero en el oeste de Irlanda y luego en Grecia. Roto el compromiso, se instaló permanentemente en Grecia. Todos nos olvidamos del divorcio. Quizá cueste recordar que uno está casado cuando se vive en países distintos.

Hace unos años el abogado de mi madre se asustó. Le preocupaba que mi padre todavía pudiera reclamarle alguna propiedad. Recayó en mí la tarea de pedirle a mi padre que firmara un acuerdo de separación nuevo. Aceptó y luego me pidió que le acompañara como apoyo moral. En el despacho, mientras mi padre firmaba con un bolígrafo prestado, el abogado me miró y me preguntó: «¿Por qué no se divorcian, como la gente normal?».

No tengo ni idea, la verdad, de por qué mis padres no se han divorciado. Dudo que haya una razón única que descubrir, igual que no hubo una única razón por la que su matrimonio se rompió. En el momento en que escribo esto mis padres continúan casados. Y podrían haberse divorciado doce veces.

La historia de mis padres cambió en enero de 2013, cuando volvieron a hablarse. Fue la pena lo que por fin finiquitó el silencio, la pena que nos sobrepasó cuando murió la hija de mi hermana. Mi padre voló a Irlanda para el funeral. Le dije que si quería acudir al velatorio tendría que saludar a mi madre y hablar con ella. Le dije que debía comportarse. Respondió: «También soy humano, Emilie».

Me preocupaba que el reencuentro de mis padres creara tensiones y distracciones el día mismo del funeral, de modo que mi hermana y yo organizamos un ensayo la víspera, en el vestíbulo del hotel de mi padre. Fue un encuentro breve. Mi padre miró al suelo cuando mi madre le tendió la mano para estrechársela. Mi hermana puso los ojos en blanco cuando papá aceptó la mano con retraso y dijo: «Encantado de conocerte». Fue surrealista y no tuvo gracia. Cuando terminó, acompañé a mi madre al coche. Me dijo que le había impresionado lo cambiado que estaba mi padre. Dijo que no había reconocido su voz, pero claro, hacía mucho que no la escuchaba. Esa misma noche mi hermana me contó que, cuando mamá y yo nos fuimos, papá se volvió hacia ella y le preguntó: «¿Estás segura de que esa era tu madre?».

Al día siguiente, en casa de mi hermana, mis padres se sentaron y charlaron. Creo que se consolaron el uno al otro. Al fin y al cabo, los dos eran no solo padres, sino también abuelos. Aunque para mí fue un cambio drástico verlos conversar después de tantos años, para mi hermana supuso una revolución. Miré cómo los observaba. Era muy pequeña cuando se separaron. Ahora era una madre, en el velatorio de su hija, que por primera vez en la vida veía a sus padres hablarse. Después le pregunté a mi madre de qué habían hablado. Me dijo que mi padre le había contado el fallo hepático y el propósito de dejar de beber. Me dijo que habían conversado sobre el fallecimiento de un amigo mutuo. Y luego me dijo que a ella aquella jornada, y las décadas de

separación, le habían permitido hablarle del aborto espontáneo que había sufrido. No me lo podía creer cuando dijo que hasta entonces nunca lo habían hablado. Comprendí entonces que en su matrimonio se habían superpuesto diferentes capas de silencio, y no solo al final.

Mis padres rompieron su silencio por una tragedia familiar. Hay que admitir, en su honor, que en los años transcurridos desde entonces no han recaído en el silencio. De hecho, hablan con regularidad, por teléfono o email, e incluso quedan para tomar un café cuando mi padre visita Irlanda. Son buenas noticias, para todos, que chateen y se envíen mensajes y sean capaces de estar en la misma habitación. Lo facilita todo mucho. Pero no somos una familia feliz. A veces mi madre telefona para contarme lo último que ha dicho o hecho mi padre y que le ha molestado. Repite la expresión «tu padre» mientras enumera sus defectos. «Es tu marido», le recuerdo, malhumorada.

Me sorprende la rabia que me despierta tener que acostumbrarme y reaccionar al nuevo estatus quo de mis padres. Comprendo que jamás pensé que volverían a hablarse y, por tanto, jamás esperé tener que enfrentarme a mi reacción emocional ante el hecho de que se hablen. Y las emociones solo parecen multiplicarse. Estoy asombrada. Esperanzada. Aliviada. Confusa. Resentida. Enfadada. Y estoy, inesperadamente, aterrada. ¿Cómo es posible que tantos años de silencio terminen sin más? ¿Cómo puede ser que tanto dolor y daño y amargura queden en nada? ¿Por qué nos hicieron soportar tanta amargura durante tanto tiempo? ¿Y cómo puede ser que nadie nos haya pedido perdón ni a mi hermana ni a mí? Puede que la historia haya cambiado, pero una parte de mí sigue teniendo cinco años.

Resulta embarazoso admitir mi niña interior. Me siento como una cría en pleno berrinche, pateando el suelo y exigiendo la atención de mis padres. Me avergüenza particularmente cuando miro alrededor y constato que otras personas no parecen tan condicionadas por su infancia. Que tus padres se divorcien se ha normalizado tanto que resulta melodramático calificar el distanciamiento de los míos como algo excepcionalmente inquietante. A falta de un trauma particular en concreto, solo cabe suponer que sentía –siento– los sinsabores de la niñez más de lo debido.

Cuando me fui de casa con veinte años noté que mi vida se abría, que empezaba una nueva separación. En las baldas de la cocina de mi piso de estudiante amontoné dos cacerolas y una sartén. Dos platos y dos cuencos. Coloqué cuatro tenedores y dos cuchillos y cuatro cucharas. Una tabla de cortar y dos tazas completaban el juego. Contemplé la vajilla y me sentí preparada y desprevenida para afrontar lo que tocara a continuación. La vida sin mis padres. Quería esa vida, pero también me aterraba. Quería la libertad de sentimientos que no tuvieran que ver con ellos, aunque también me abrumaban la forma y escala de los mismos. ¿Quién era yo, en el fondo, sin los límites definitorios de la familia? ¿Qué historias contaría ahora?

Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años y mi hermana era un bebé. Aunque hace tiempo que superé las dificultades de la niñez, todavía me detengo en las historias de aquellos años con la esperanza de que tal vez expliquen los penosos restos de tantos sentimientos, pensamientos y actos. Mis padres no se hablaban. Mi padre tuvo una depresión. Yo fui una niña solitaria. Esos hechos, y las historias que los acompañaron, giran alrededor de mí. Los anoto. Quizá así, sujetos, abrumen menos.

Cuando me alejo de la página y miro lo que he escrito sobre mí y sobre mi familia, esta familia, nuestra familia, veo que al final será siempre un relato simple y complicado. En esta historia, que quizá nunca deje de contar, intento recordar cómo fue mi infancia, lo que hice y lo que podría haber hecho de otro modo. Intento imaginar cómo fue para mis padres, lo que hicieron y lo que podrían haber hecho de otro modo. Nos recuerdo felices y nos recuerdo tristes. Nos recuerdo divididos y nos recuerdo unidos. Lo recuerdo todo y recuerdo únicamente fragmentos de un conjunto que siempre me superará.

NOTAS SOBRE EL SANGRADO
Y OTROS CRÍMENES

Como todo el mundo sabe, el truco para escribir bien es desangrarse sobre la página. Me imagino al hombre que acuñó la frase, sentado ante la máquina de escribir, con la página en blanco delante. ¿Qué tipo de sangre imaginó? ¿Sangre de una vena de un brazo? ¿O de una pierna? ¿Quizá de una herida en la cabeza? Cabe suponer que no pensaba en sangre de útero. De esta sangre tengo a raudales, sangre de menstruación, sangre de embarazo, sangre de aborto espontáneo, sangre de no estar embarazada otra vez, sangre perimenopáusica. Sigue manando y sigo absorbiéndola. Embutiéndome algodón blanqueado en la vagina para contener el flujo, rellenándome las bragas, pegándome compresas nocturnas «con alas», confiando en no manchar las sábanas de un hombre ni arrancarme demasiado vello púbico con las tiras adhesivas de protección extra. Cubriéndome con «bragas menstruales», esas deslucidas prendas interiores recuperadas del fondo del cajón cada mes. Y todo este tiempo he estado equivocada, debería haberme sentado al escritorio y derramar la sangre por la página, dejar que el rojo chillón rellenara el blanco.

Cuando me vino la primera regla estaba en el colegio y me morí de vergüenza. Fue en clase de geografía, y cuando nos levantamos al sonar el timbre un amigo se inclinó a decirme que tenía el vestido mojado por detrás. Lo miré sorprendida, convencida de que bromeaba. Pero cuando miré detrás, vi que tenía razón: tenía una mancha oscura en la falda y había un pequeño charco de sangre en la silla de plástico. Mis compañeros de clase, al verme abochornada, retrocedieron en silencio para dejarme paso. En el lavabo de chicas me senté encorvada y resentida, amontonando papel higiénico para protegerme durante lo que quedaba de día. No quería aquella sangre. En casa lavé las bragas en el lavamanos del baño, las colgué a secar al final del tendedero y confié en que nadie se fijara. Incapaz de mantener con mi madre la temida conversación sobre convertirse en mujer, robé unos tampones en la tienda e intenté no llorar de dolor cuando me puse uno y mi cuerpo se resistió al proceso. Limpiar, insertar, proteger. A los doce años intuí una vida entera sangrando. Y sentí que mi cuerpo me había fallado.

Nunca se me había dado bien captar el paso del tiempo. Por momentos incluso me olvidaba de qué día era, pero ahora tenía un calendario interior que no podía obviar. El implacable sangrado mensual. Limpiar, insertar, proteger. Por mi rechazo a adaptarme a este ritmo nuevo, a veces me pillaba desprevenida. Una vez estaba de vacaciones y, demasiado tarde, caí en la cuenta de que no había metido compresas en la maleta. Apretujé papel higiénico del hotel en forma de tosco tampón y enrollé un poco en el refuerzo de las bragas. Iba a menudo al lavabo para comprobar que no

hubiera pérdidas. Cuando, a los pocos días, dejé de sangrar, lloré de alivio. Otras niñas parecían igual de ignorantes en lo referente a la regla. En mi colegio circulaba el mito de que la vagina se cerraba al contacto con el agua, incluso durante el período. Lo desmentí en las clases de natación extraescolares. Por suerte, la piscina estaba repleta de niñas y nadie pudo identificarme como la culpable de haber teñido el agua de sangre. En otra ocasión me vino la regla una noche en casa de una amiga. Me desperté en su cama de invitados, con calambres y fiebre y la entrepierna mojada. Cuando vi que había manchado las sábanas, deseé que se me tragara la tierra.

La sangre me provocaba una aprensión increíble. No el hecho de verla, o sentirla u olerla, sino de mencionarla. «Tengo el periodo.» ¿Dónde aprendí a avergonzarme de esas palabras? No puedo haberme inventado esta fobia yo sola. Quizá fue en la escuela cuando, a las chicas, nos mandaban a clases de «Educación para la vida» (los chicos simplemente desaparecían, resultó que hacían deporte). Aunque en teoría se abordaban la menstruación y el embarazo, descubrimos que «Educación para la vida» instruía sobre cremas para las manos (no aplicar demasiada) y usar la talla correcta de sujetador (no demasiado pequeña) y la falda del largo adecuado (no demasiado corta). Sobre cómo aplicarse el maquillaje y cuándo depilarse las piernas. Sobre comerse una naranja a gajos como una señorita. Cuando una niña preguntó, con toda razón, qué debíamos hacer si nos venía la regla en mitad de la clase y teníamos que pedir permiso para ir al lavabo, la instructora respondió: «Dile al maestro que estás menstruando». Enfatizó mucho la última palabra. La miramos fijamente.

La sangre es sucia. ¿Acaso no es lo que nos indica la etiqueta «higiene femenina»? Productos higiénicos para nuestros cuerpos antihigiénicos. De hecho, la sangre del período es tan sucia que no debe mostrarse jamás. En su defecto, los anuncios de tampones y compresas demuestran su absorción con un líquido azul y brillante que vierten limpiamente de un vaso de precipitado de laboratorio. De adolescente no relacionaba aquel líquido de aspecto estéril con nada que hubiera salido jamás de mi organismo. Pero claro, tampoco se esperaba que lo hiciera: esa era justo la intención. Mi cuerpo, su sangre, era tabú. No estoy segura de que sea mucho mejor ahora que las empresas de compresas y tampones anuncian sus productos con alegres temas rock y adolescentes risueñas de piel tersa. Tal vez parezcan distintos porque ponen el énfasis en ¡divertirse! e ¡ir de fiesta! y ¡correr aventuras! mientras tienes la regla, pero, ya sean tampones compactos para adolescentes o maxicompresas para adultas, la sangre sigue siendo invisible. Y, por tanto, el mensaje sigue siendo el mismo: la sangre es inadmisibles, la sangre no puede enseñarse.

Como adulta todavía me cuesta admitir que tengo la regla. Incluso en conversaciones feministas ciertos aspectos del sangrado pueden resultar tabú. En la actualidad circula un eslogan que me hace gracia: una mujer puede hacer todo lo que hace un hombre y estar sangrando al mismo tiempo. Pero a la vez que me río también me pregunto: ¿Y si no pudiera? A veces me inundan las hormonas, me animan o me dejan literalmente seca. A veces me doblo de dolor. A veces

desfallezco ante la mera idea de permanecer de pie un rato. En esos momentos no me siento una heroína feminista, sino que solo tengo ganas de irme a mi casa y acostarme. Pero en un mundo donde todavía se identifica en exceso a las mujeres con sus cuerpos, donde las mujeres tienen que demostrar su capacidad intelectual una y otra vez, ¿cuál es el umbral para reconocer ese dolor? Si te duele la cabeza, es tensión de tanto pensar (soy tan lista, estoy tan ocupada). Si te duele la espalda, es por ejercitarte demasiado (estoy tan en forma, soy tan activa). ¿Un ataque de estrés? (trabajo tanto, soy tan importante). Pero ¿calambres abdominales? (soy tan mujer). Ni se mencionan.

La sangre nunca es más tabú que cuando estás desnuda. Hay hombres a los que les va la menstruación, que desean sexo con una mujer que ya está mojada, que quieren liberar –¿o será atrapar?– sus «alas rojas». Pero recuerdo demasiado bien la primera vez que un hombre vio mi sangre menstrual, y no es un recuerdo agradable. Teníamos veintipico y nos gustábamos, el tío molaba y yo quería molarle a él también. Y estábamos besándonos y luego empezamos a meternos mano y después a mantener relaciones y entonces bajó la vista. Al ver la sangre se apartó y de pronto todo se llenó de sangre: el interior de mis muslos, las sábanas, su pene. Y se puso a gritar como si se estuviera muriendo. Muriendo de verdad. Y pensé que quizá también yo estuviera muriéndome. De vergüenza. Fue la primera vez, pero no la última, que descubrí que un hombre podía querer compartir conmigo toda clase de fluidos corporales menos la sangre. En otra ocasión un hombre me dijo que «no le molestaba», pero me sacó de la cama en cuanto se corrió para echar a lavar las sábanas. Otra vez, a una simple mención del período, mi caballeroso amante me llamó un taxi para que me llevara a mi casa.

Cuando tenía veintitantos años me gustaba el sexo con la regla porque sabía que no podía quedarme embarazada. A los treinta y pico dejó de gustarme por idéntica razón. Durante los años en que intenté quedarme embarazada le cogí miedo a la presencia de la sangre. En mi nueva obsesión por «el ciclo menstrual», que se tradujo mes a mes en «el ciclo de no me preño», me inspeccionaba el cuerpo en busca de síntomas: hinchazón, una punzada de dolor con la ovulación, el hilo de moco cervical transparente que indicaba que podía concebir, la mancha rosa de las bragas que indicaba que no había sucedido. Conforme los meses se convirtieron en años, la sangre devino una maldición de la que no podía desprenderme, de verdad que empecé a odiarla. Ya no era una simple molestia, dejaba un tipo de mancha nueva: la infertilidad. La gente habla de hacer las paces con las dificultades de la vida, pero ¿qué haces cuando lo que intentas asimilar ocurre dentro de tu cuerpo? Volví a no poder hablar de sangre, a no poder mencionársela a mi novio, confiando en que lo intuyera, porque decir «estoy sangrando» me superaba. En su defecto, salía de compras: ya que no podía tener un bebé, al menos tendría un vestido nuevo. Y cada vez que miraba el extracto de la tarjeta de crédito, notaba con ironía que ahí estaba por fin: mi ciclo menstrual, anotado con números, ya que no con palabras.

Durante tres décadas he vivido en un silencio que proclama que los períodos son demasiado embarazosos, demasiado indeseados, demasiado femeninos para mentarlos en voz alta. Lo he hecho tanto tiempo que ya casi ni me doy cuenta. Casi. Pero ahora estoy harta de tanto silencio y tanto secreto y de la retorcida idea de que la sangre sea tabú cuando sale de la vagina. Porque no, joder. A la mierda con disimularla, con avergonzarse, con callar. Durante la mayor parte de mi vida he tenido la regla cada mes. Durante la mayor parte de mi vida he soportado con una sonrisa el síndrome premenstrual, los flujos copiosos y los calambres. Y durante la mayor parte de mi vida sangrar ha sido doloroso, física y emocionalmente. Y, por tanto, durante el resto de mi vida no me lo callaré. Hablaré sobre la sangre, escribiré sobre ella, la derramaré. No será solo mi tinta, será mi tema.

Tengo un cuerpo que sangra. Una vez al mes chapotea en la sangre húmeda y caliente. La sangre se escurre por un costado de la compresa, mancha la entrepierna de los vaqueros, gotea en el suelo del baño cuando me olvido de cambiarme el tampón. Es un incordio y un lío y es necesaria y emocionante y empapa e impone. Y es roja. Y es llamativa. Y es mía.

O, mejor dicho, era. Si me avergonzó empezar a menstruar, la sensación se multiplica por diez al dejar de hacerlo. Me compruebo el cuerpo amedrentada, me inserto un dedo en la vagina seca para palpar si se acerca la sangre en una parodia de mis miedos adolescentes al embarazo. Que sangre. A borbotones.

¿Qué hacen otras para enfrentarse a los cambios del cuerpo? Mi monólogo interior solía quejarse de los impuestos que gravaban los tampones como artículos de lujo, pero ahora añoro aquellas compresas nocturnas que me arrancaban vello púbico. Por supuesto, en realidad lo que añoro no son los artículos de higiene femenina. El avance gradual hacia la menopausia –que arrancó al rozar los cuarenta años– es una señal incontestable de que los años fértiles de mi cuerpo tocan a su fin. El hecho de no haber concebido (¿un aborto espontáneo cuenta?) lo convierte en una pérdida aún mayor. Una pérdida que necesito expresar.

Cuando una amiga menciona sus síntomas menopáusicos, se medio disculpa. «No, sigue hablando», le digo. Le agradezco mucho que los comente con naturalidad: calambres, sofocos, pérdidas malolientes. Porque estoy descubriendo que la gran vergüenza social no concierne a la menstruación, sino que es la que acalla y oculta el cuerpo femenino infructuoso. Estamos al corriente de los debates sobre la terapia hormonal sustitutiva (¿o solo sabemos que existe el debate?), sabemos de los sofocos y los sudores nocturnos y aceptamos la ventaja del sexo sin necesidad de anticonceptivos. Lo que no se cuenta, o al menos yo no oigo que se comente, es cómo te sientes. Cómo sienta la ausencia de sangre. Cómo empieza a sorprenderte tu propio cuerpo.

Cómo se seca lo que antes estaba húmedo. Cómo lo que antes era rojo chillón ahora es marrón o ha desaparecido por completo. Cómo huele distinto. Cómo huele viejo.

¿Y cuáles son mis síntomas? Ahora los orgasmos pueden provocarme calambres capaces de tumbar a un elefante. Tengo los pechos menos... alegres. Paso calor constantemente. Menos, por supuesto, cuando tengo frío. El SPM ha empeorado en lugar de mejorar. Hay días en que lo que experimento solo podría calificarse de desesperación. Y mis sangrados son raros, impredecibles, irreconocibles. Tengo algún que otro día de regla abundante, con una serie de coágulos de sangre, una sustancia alquitranada, ferrosa y viscosa que prácticamente puedo hacer rodar entre el pulgar y otro dedo. Miro esa sangre vieja sobre el papel higiénico antes de tirar de la cadena. Es mi cuerpo. Pero me resulta extraño. Tengo que volver a aprendérmelo todo. Tengo que aprender a ser una mujer que no sangra.

Una noche del verano pasado discutí con un amigo que decía que éramos de mediana edad. Él lucía la etiqueta como una medalla al honor. «Yo no soy de mediana edad», le insistía yo, una y otra vez. ¿Por qué defendía mi postura con tanta pasión? Quizá porque las señales de que ya no soy joven son inevitables. Quizá porque para él la etiqueta «de mediana edad» era solo una expresión, no un cambio corporal real. Quizá porque, si el hecho de que me llegara la regla «me convirtió en mujer», me asustaba que el final de la regla supusiera el final de ser mujer.

Lo cual me empuja a replantearme qué parte de mí —no solo del ritmo de mi vida, sino de mí misma, de quien soy— constituye mi cuerpo. ¿Qué dice mi cuerpo de mí? Y ¿qué digo yo de mi cuerpo? Me planteo estas preguntas como si pudieran indicarme el camino a seguir a medida que mi cuerpo va cambiando, que voy aceptando que soy de mediana edad, que voy pensando en lo que significa ser mujer.

Y no me limito a analizar con renovado vigor los signos internos de mi feminidad. Hace poco pasé unas vacaciones en un hotel con espejos de cuerpo entero en los roperos. Una mañana después de ducharme, sentada al borde de la cama, se me deslizó la toalla y vi mi cuerpo, al completo, por primera vez. De adolescente le había robado a mi madre su ejemplar de *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*. Lo leía con avidez, pasando sin parar las páginas ribeteadas con descripciones y diagramas de cuerpos femeninos. Pero cuando llegué al apartado que recomendaba observar el propio cuerpo, la propia vagina, lo cerré. ¿Por qué iba a querer mirarme la vagina? Como nunca la había visto, daba por sentado que era fea. Y, sorprendentemente, nunca había reconsiderado mi conclusión. Treinta años después, abrí las piernas y miré y toqué y exploré. Y no era fea.

Por una extraña coincidencia, en el vuelo de regreso, mientras echaba un vistazo a una revista de la aerolínea, me llamó la atención una elegante doble página monocroma. Contenía un artículo

sobre salud vulvar. Empecé a leer. Pero enseguida me di cuenta de que no hablaba de salud: era un anuncio de labioplastia. La publicidad iba destinada a mujeres que creían que tenían unos labios demasiado grandes o demasiado flácidos o demasiado antiestéticos. Avanzado el mismo mes, hojeando una revista para mujeres, me fijé en otro extenso artículo sobre labioplastia. Aunque el tono era más empático que el del anuncio de la revista del avión, me descorazonó. Sé que para algunas mujeres es un tratamiento necesario, en particular después de parir. Pero aquellos artículos no abordaban esas situaciones, sino que defendían la labioplastia como intervención cosmética. Rememoré mi yo adolescente y la repulsión que me despertaba mi cuerpo. Rememoré cuando descubrí que tenía celulitis y cuando, con trece años, añadí ese hecho a la lista de cosas que odiaba de mí. Rememoré todas las batallas en las que había luchado a lo largo de los años para aceptar mi cuerpo tal cual era. Pero seguía sin poder evitarlo: al leer artículos y anuncios sobre la vaginoplastia volví a preguntarme si no estaría empezando a odiarme otra vez. ¿Era demasiado grande, demasiado flácida, demasiado antiestética?

Las mujeres estamos muy entrenadas en los rituales de autoevaluación corporal. Miramos a las mujeres de alrededor, nos miramos a nosotras mismas y comparamos. ¿Somos iguales, superiores o inferiores? Dicho ritual crea una solidaridad terrible, puesto que prácticamente ninguna logra evitarlo. Ese zumbido de fondo constante que nos dice que nuestros cuerpos no son deseables, no son aceptables, no son normales, es como vivir con una animadora negativa.

Estos actos de comparación negativa acostumbran a producirse cuando me miro el vello corporal. Desde el labio superior a las axilas, las piernas o las ingles: soy peluda. Y, por tanto, desde antes incluso de empezar a menstruar, me depilo. Y durante todo este tiempo lo he lamentado. Pero no es fácil parar. A los dieciséis años renuncié a la maquinilla hasta que una amiga (a todas luces una amienemiga, pero por entonces no conocíamos la palabra) me dijo que era «una ordinaria». Me dijo que no quería que la vieran sentada a mi lado con «esas piernas». Volví a afeitarme. Luego, a los veinte, lo dejé otra vez. Todo fue bien hasta que un día caluroso en un vagón de metro atestado unos niños se fijaron en mis piernas peludas. Me señalaron y se pusieron a chillar. «¿Eso es un hombre, mamá?», preguntaron, horrorizados. Yo sonreí a la madre, que esquivó mi mirada. Ojalá pudiera decir que rompí una lanza en favor de las mujeres velludas del mundo, pero lo cierto es que volví a depilarme. Y, de hecho, el fin del experimento, volver a tener piernas peladas como el resto de las mujeres, supuso un alivio. Así que me debato entre abandonar la causa de aceptar el vello corporal femenino y querer amoldarme.

Aunque a veces no hay elección. Antes me afeitaba el vello de los sobacos. Pero me empeoraba el eccema, tanto que se me enrojecía la piel, que se irritaba y se infectaba y en los peores casos tenían que drenarme pus de las axilas hinchadas y doloridas. Tengo cicatrices que lo demuestran.

Digo cicatrices porque cada vez, y pese a la advertencia de los médicos, volvía a afeitarme y recomenzaba el ciclo de infecciones. Solo finiquité esa particular forma de autolesionarme después de desmayarme mientras me sajaban un absceso doloroso.

En cuanto dejé de afeitarme, al principio me avergonzaba del pelo que crecía en las axilas. Evitaba las camisetas de tirantes. Cuando tenía que ponerme bañador, mantenía los brazos pegados a los costados. Una de mis amigas me dijo, para reconfortarme, que a ella el pelo le parecía sexy. Fue un comentario amable, pero yo sabía que ella se afeitaba los sobacos, de modo que tan sexy no era. Hoy día apenas pienso en el pelo de las axilas. Es decir, hasta que veo a otra mujer, a una mujer de axilas tersas, y recuerdo que mi vello corporal me hace diferente.

Esa diferencia quedó patente hace poco, cuando terminé sentada viendo a una veintena de mujeres bailando desnudas. El baile formaba parte de un espectáculo teatral que pretendía denunciar la cultura del porno. El sentido del baile consistía en mostrar a mujeres expresándose físicamente pero no como objetos sexuales. Era un espectáculo alegre y las mujeres parecían divertirse. Tanto que cuando pidieron al público que se les sumara estuve tentada de aceptar. Pero entonces me fijé mejor. Y, mira tú, me di cuenta de que no se veía una sola mata de pelo. Crucé las piernas. Algunas iban cuidadosamente depiladas, otras lucían diseños más elaborados y unas pocas apenas tenían vello púbico. Me sorprendió. Al fin y al cabo, bailaban para desafiar la mirada patriarcal. Así pues, ¿por qué iban depiladas? Y ¿por qué tantas de ellas iban tan rasuradas en un espectáculo que se suponía que denunciaba los cánones de belleza de la pornografía? Por supuesto (es como si oyera decirlo), lo hacían por ellas. Sin duda.

No importa que considere la depilación sadismo, una pérdida de tiempo y un impuesto caro que solo se aplica a las mujeres. Solo importa que no pagar del todo dicho impuesto me convierte en una rarita. Y por tanto reviso revistas y medios de comunicación en mi intento de sentirme normal. De vez en cuando encuentro una imagen pública de una mujer con vello corporal y siento la felicidad pura que acompaña a la validación externa. ¡No soy solo yo! ¡Esa también tiene pelo! ¡Somos la fraternidad peluda! Pero puesto que sigue constituyendo una rareza que una mujer muestre públicamente algo peludo, dicha felicidad es igual de rara.

Cuando miro a mujeres –ya sea bailando desnudas en escena o en bikini en una revista–, en el fondo me da igual si son peludas o se depilan. Me dan igual sus cuerpos y lo que hagan con ellos. Me da igual si piensan que el vello es antiestético o nada sexy. Porque en el fondo no las juzgo a ellas, me juzgo a mí. Me juzgo por no acicalarme adecuadamente el vello púbico. Me juzgo por no afeitarme las piernas con la frecuencia que debiera. Me juzgo por no afeitarme nunca los sobacos. Me juzgo todo el tiempo. Y este juicio constante es la cosa más inútil que he hecho jamás.

A veces, cuando estoy en compañía de mujeres más sofisticadas, me pregunto si yo –una

occidental blanca de clase media, heterosexual, cisgénero— soy «una chica como es debido». Así, sin más: «¿Soy una chica como es debido?». Me comparo con las mujeres que me rodean y siento que no doy la talla. Y ahí es cuando sé que soy una chica, una chica como es debido. Porque, por supuesto, esta paranoia de que no soy lo bastante femenina, lo bastante deseable, lo bastante buena, es la representación máxima de la feminidad. Esta paranoia es un elemento crucial del control de las mujeres. Y de cómo nos controlamos nosotras mismas.

Unos años atrás, de viaje por el Sureste Asiático, me concedí el capricho de un masaje completo en un salón de belleza. La anécdota es graciosa y resulta un tanto incongruente contarla aquí, pero les ruego que tengan paciencia. Yo no hablaba el idioma local y el personal del salón no sabía inglés, pero sonreímos y asentimos y una joven, mi masajista, me condujo a una habitación privada. Me indicó por gestos que me desnudara. Me dejé la ropa interior por timidez y ella, al verme, se rio. Me quitó las bragas, intenté no pensar en lo peluda que era y me tumbé en la camilla. Y la chica empezó a acariciarme, a frotarme los músculos doloridos y a extenderme una pasta aromática por la piel. Cuando me envolvió en varias toallas y me dejó a solas para que me relajara, solté aire. Vale, pensé, no ha estado tan mal.

Entonces empecé a notar calor. Mucho calor. La pasta era picante y escocía y quemaba. A los pocos minutos me ardía la piel. Las toallas estaban apretadísimas y enseguida me di cuenta de que no podía moverme sin arriesgarme a caerme al suelo, y el suelo parecía estar muy lejos. Piensa en otra cosa, me dije. En algo que no escueza. Pero no podía no pensar en el picor. «Respira», me ordené, pero respirar hondo avivaba la quemazón. Me planteé pedir ayuda a gritos, que regresara la masajista y me rescatara de mi estado de kebab gigante picante y escocido. Pero me imaginé el pánico del personal al ver que era incapaz de disfrutar del tratamiento, de soportarlo. ¿Cuánta vergüenza pasaría entonces?

Al final la masajista regresó a retirar las toallas. Me ayudó a bajar de la camilla y me acompañó a un rincón de la habitación. Donde me lavó a manguerazos. De agua fría. Me estremecí pero no protesté, me limité a sonreír con los dientes apretados y castañeteantes. Y después de secarme, vestirme y marcharme, la verdad es que me sentía estupendamente.

Pero también sentía otra cosa, algo desagradable: me sentía humillada. No por el personal o la desnudez o la pasta o siquiera los manguerazos. Me avergonzaba mi incapacidad de llamar a la masajista, de pedir ayuda, de protestar por el agua fría. Ante el temor de que me tomaran por débil, había renunciado a mi voz y mi poder. Y pese a que el masaje picante fue un episodio único en mi vida, en cierto modo no fue un acontecimiento aislado. Porque a continuación están todos los demás ejemplos de haberme comportado como si mi cuerpo fuera demasiado embarazoso. Desde el miedo que me ha dado decirle a una amiga o a un novio que tengo la regla, a todas las

veces que me he afeitado los sobacos por mantener las apariencias, desde hacer el ridículo hasta poner en riesgo la salud, he negado repetidamente mi cuerpo, su importancia y su dolor. He practicado sexo sin condón porque sencillamente no podía pronunciar la palabra «condón» en voz alta. Me he callado durante una citología, tratando de obviar el dolor que me causaba un espéculo mal utilizado. Me he callado también, prohibiéndome gritar, durante una insoportable ecografía de la matriz, como si creyera que el silencio pudiese mejorar los resultados.

Y me he arriesgado a que me diagnosticaran un cáncer por la vergüenza de quitarme la camiseta. No, no es cierto. Me quitaba la camiseta, pero no conseguía darle la importancia que merecía a lo que había debajo. Una mañana en la ducha me palpé un bulto. Busqué «examen de pecho» en internet y comparé el mío con el de la pantalla y leí la descripción del tacto de un bulto y supe que me pasaba algo malo. Y después, durante más de seis meses, no hice nada. Tenía miedo de que fuera cáncer. Pero en lugar de que el miedo me motivara, en lugar de consultar al médico, me callé. No se lo dije a la familia, los amigos ni el novio de turno. Y cuando por fin me hice una biopsia, fui sola. Tuve suerte. Era benigno.

¿Por qué permití que la vergüenza me callara? ¿Y por qué me cuesta tanto tratar bien a mi cuerpo? Tal vez sea porque relaciono tener un cuerpo femenino con sufrir. Desde el primer día que sangré y noté un calambre y no dije nada, he apretado los dientes y aguantado porque creo que es lo que hacen otras, lo que se espera que hagamos las mujeres. Porque, como mujer, se supone que mi cuerpo es sede del dolor. Y el dolor es algo que las mujeres deben callar, desde el dolor de la regla al dolor de depilarse o el dolor de no dar la talla. Nuestro dolor no importa. Nuestros cuerpos no importan. El dolor es el impuesto que pagamos en realidad, y la mala salud el dividendo que nos reporta.

Mientras pienso en la confluencia entre cuerpos y silencio rememoro cuando el dolor era algo de lo que hablar, cuando nuestros cuerpos eran el tema de las exposiciones escolares. A los siete años, me subía la pernera del pantalón y explicaba mis cicatrices: de un mordisco de perro, de saltar del tejado del cobertizo o del arañazo del clavo oxidado que se infectó. Aquellas cicatrices infantiles no eran solo señales del dolor, sino medallas al honor, pruebas externas del arrojío interior. Pero de adultos nuestras biografías se han convertido en historias racionales donde nos centramos en lo que tenemos en la cabeza y obviamos lo que llevamos inscrito en el cuerpo. Podemos arremangarnos metafóricamente y hablar del corazón roto, de nuestras tristezas y nuestro estrés. Pero nuestros cuerpos se mantienen silenciosos, y creo que tal vez quepa decirlo tanto de hombres como de mujeres.

Es hora de recuperar la aceptación infantil de nuestros cuerpos como signos de quienes somos, de lo que hemos hecho. Mi cuerpo está sano, ha sobrevivido a varios retos. Es un cuerpo que me

hace sentir bien más veces que mal. Mi cuerpo me permite hacer cosas. Mis muslos celulíticos son fuertes, me han transportado montaña arriba y los amo. Y cuando veo la cicatriz de la lumpectomía, una raya pálida que me cruza el pecho derecho, me alegro. La cicatriz no es un signo de debilidad, es un signo de cómo recuperé mi cuerpo. Necesito esa cicatriz porque necesito el recordatorio de que soy la propietaria de este cuerpo.

A veces cuesta mirarse al espejo. A veces nos cuesta años –en mi caso, décadas– mirarnos por entero. A veces lo más valiente es mirarnos sin espejos. Ese tipo de desnudez exige trabajo. Desnudarse, al fin y al cabo, no solo trata de nuestro aspecto exterior, sino que incluye admitir qué sentimos acerca de ese aspecto externo. Se trata de revertir el diálogo, de rechazar el pretexto de que soy pequeña, plana y callada. De reconocer que mi cuerpo no es una fuente de penas, pero con demasiada frecuencia así es la historia que he contado.

¿Y si mi cuerpo pudiera contar la historia?

¿Qué diría?

Creo que hablaría de sangre. De sus fascinantes flujo y reflujo. Sobre terminar y renovar. Creo que hablaría sobre el tacto de mis dedos y mis manos y de unos labios ajenos. El tacto de la piel contra la piel. Húmeda y lenta. Suave y dura. La impresión del frío, el placer del calor. Creo que hablaría del deleite del orgasmo y del deleite de la risa y del deleite de saciar el hambre. De saborear la acidez y el picante, lo balsámico y lo cremoso. Creo que hablaría del perfume y la pestilencia. De la limpieza y la suciedad. Creo que hablaría de la enfermedad y la recuperación, de la fortaleza y el crecimiento. Creo que hablaría de la pérdida y la pena. De resistir solo y aguantar. De la longevidad y la transformación. De la satisfacción. De la felicidad. De la alegría.

Creo que sonaría fuerte. Creo que sonaría alto. Creo que sonaría orgulloso.

Y estoy escuchando.

Y así, así es cuando una mujer sangra en una página.

SOBRE MÍ

No estoy aquí. Es lo que estoy pensando mientras noto sus manos, sus manos y su boca y el resto de él, diciéndome que quiere estar dentro de mí. *No estoy aquí*. Porque no debería estar aquí. No debería estar aquí en absoluto. Solo tengo dieciséis años, mi madre no sabe que estoy aquí, es una noche escolar, debería estar arropada en mi cama, no dejándome follar en una cama ajena. *O sea que no estoy aquí*.

Salvo que, claro, estoy aquí, o mejor dicho estaba allí, donde no debería haber estado. Si me preguntas ahora, ahora que tengo más de cuarenta años y estoy a salvo y tengo un trabajo y un hogar y un compañero, te diré que durante la adolescencia pasé unos años muy locos. Si me preguntas ahora, me reiré y diré que quizá me descontrolé un poco. Aunque otras personas rememoran el equipo en que jugaban y las travesuras de los viajes escolares, es posible que yo mencione el hecho de que pasé por cinco institutos de secundaria en el espacio de tres años. Suena exótico, y los que solo me conocen de los años buenos se sorprenderán un poco, se reirán al pensar en mí como una jovencita problemática. Mi novio, que conoce alguna de las anécdotas más divertidas, me sugiere que escriba un texto sobre mi juventud alocada. Pero solo está al corriente de la versión estrafalaria, y esa no es la historia completa. De modo que durante mucho tiempo le doy vueltas a la propuesta. Al fin y al cabo, ¿por qué habría de contarle cuando podría poner en riesgo la vida que me he labrado desde entonces?

Estas cuestiones me carcomen durante horas, sentada con la barbilla apoyada en las manos ante la página en blanco en un intento de decidir si es un desastre o una historia que merece contarse. E incluso aunque mereciera la pena contarla, ¿cómo podría darle una forma significativa? Intento empezar por lo que considero el principio –*No estoy aquí*–, pero es demasiado tarde, no tendría sentido. ¿Por qué no comienzo cuando tenía catorce años, cuando me mudé a Londres? Pero también es demasiado tarde. ¿Quizá debería comenzar por Irlanda, mi primera copa y mi primer pitillo, a los trece años? Y si empiezo por ahí, ¿dónde termino? ¿Tal vez a los diecinueve, con el último cigarrillo?

Y entonces comprendo que esta historia no comienza ni termina donde yo creía. No hay un momento de origen que pueda señalar con facilidad. La cronología es demasiado arriesgada, y no se forma año a año, siguiendo hitos simples.

Por tanto, puede que esto no siempre tenga sentido. Pero es lo que hay.

Tras la separación de mis padres teníamos muy poco dinero, un hecho del que yo era constante y

dolorosamente consciente. Odiaba la sensación de que íbamos tirando por los pelos, odiaba que no pudiéramos permitirnos caprichos, que nuestro coche fuera tan viejo que las cerraduras se atascaban en invierno, que no tuviéramos televisor y, luego, solo uno pequeño en blanco y negro. Odiaba no tener nunca más que un par de zapatos y que ese par nunca fuera de la marca que calzaba el resto de mi clase. Odiaba llevar ropa heredada de niñas mayores o más corpulentas. Sobre todo, odiaba comer siempre la misma comida barata, una bazofia a base de carne picada de un marrón grisáceo y patatas aguadas que me daba mucho asco. Y entonces, a los diez años, descubrí el poder de no comer.

La mayoría de los días entre semana mi madre me mandaba al colegio con el almuerzo, normalmente un sándwich y una manzana. Pero algunas mañanas, por falta de tiempo o de pan o algo que meter entre las rebanadas, me decía que me comiera uno de los sándwiches de la bolsa. Cada niño recibía un cartón de leche diario gratis. El cartón venía en un paquete, y encima, como si la hubieran arrojado en el último momento, había una bolsa de plástico transparente con sándwiches. La mayoría eran de jamón y algunos de queso, un jamón viscoso y un queso como de plástico, ambos embadurnados de mantequilla. Yo detestaba la mantequilla en los bocadillos (todavía la detesto). Aunque ahora pienso que probablemente los metían en las bolsas bien hechos, cuando llegaban al aula siempre se habían desmontado. Para comer un sándwich tenías que introducir la mano en la bolsa grasienta y recoger los componentes de uno en uno. El resultado era un mejunje rancio y empapado, y en invierno, caliente debido al radiador.

Los niños se bebían la leche y algunos, después de jugar al fútbol durante todo el recreo del mediodía, también se comían los sándwiches. Pero las niñas no, al menos yo no las veía hacerlo, y desde luego las que importaban no lo hacían. Bastante malo era ya ser la que vestía ropa heredada, incluso prendas de una niña de mi clase no demasiado simpática pero más alta que yo (nuestras madres eran amigas). «Oh –decía la niña–, yo tenía un suéter igual.» «Oh –decía la niña–, creo que ese suéter era mío.» Bajo su atenta mirada jamás podría haber echado mano de un sándwich gratis por mucha hambre que tuviera. De modo que los días en que a mi madre no le daba tiempo de preparar el almuerzo yo, sencillamente, no comía. Y entonces –¿es aquí donde comienza esta historia?– dejé de comerme los sándwiches que me preparaba mi madre. Los aplastaba contra el fondo de la cartera, donde se pudrían y apestaban. Me contentaba con comerme la manzana diaria. Después dejé de comerme también la manzana. Descubrí que tenía talento para el hambre.

Una vez, mientras me llevaban a casa en coche después del colegio, le conté a la mamá que conducía que no había comido nada en todo el día. Y –era el corolario– ni siquiera tenía hambre. Me dijo que no fuera tonta. Yo insistí, eufórica, en que no, de verdad, no había comido nada en todo el día. Y entonces, no miento, me obligó a comerme los restos del almuerzo de su hija. No fue la reacción que yo quería. La mamá no cayó rendida de admiración por el triunfo de mi voluntad

frente al hambre. Me tragué las lágrimas, masticando resentida, y decidí que no volvería a exhibirme. No le contaría a nadie mis victorias sobre la debilidad. Simplemente lo haría. Con lo cual no comer fue aún mejor. Porque ahora tenía algo, un arma secreta, que era solo mío. No comer, sentirme limpia y ligera. Y poderosa.

En el colegio no tenía amigos, pero probablemente ya se deduce del tipo de historia que estoy contando. Entendí mal cómo se hacen los amigos: hablaba demasiado fuerte o me preocupaba en exceso por lo que pudieran pensar de mí. No conocía las reglas correctas.

Siempre había sido una niña flaca, y en realidad nadie se dio cuenta de que había empezado a adelgazar. Desayunaba unas cucharadas de cereales los días que mi madre me lo exigía. Si me obligaba a comer más, me provocaba el vómito. Un día, cuando tuve que acabarme un cuenco entero de cereales, vomité en la moqueta del pasillo solo para reafirmarme. Para mi madre fue demasiado, la gota que colmó el vaso, una mañana que además ya iba retrasada. «Dios, ¿no es suficiente? –dijo–. Sube al coche.» No entendí lo que quiso decir con lo de si no era suficiente, y temí haberme excedido. Pero en adelante la presión para que desayunara aflojó.

Cada día tomaba una comida completa a la hora de cenar, así que no enfermé ni adelgacé de gravedad. Aunque estaba siempre enferma y me caía mucho, por una combinación de torpeza y mareos. De hecho, no paraba de entrar y salir de las urgencias del hospital infantil, a menudo con un esguince en la muñeca o el tobillo, y llegué a conocer las caras y los nombres de las enfermeras y los recepcionistas. Recuerdo una lesión tan mala que mi madre tuvo que pedir una semana en el trabajo para cuidarme. Pasamos los días construyendo entre las dos una casa de muñecas de cartón y mi madre me cocinó mis platos favoritos. Fue un periodo de calma y cercanía excepcional. Comí. Empecé a alimentarme mejor. Cuando volví a clase al final de la semana disfruté de una breve popularidad por dejar a los otros que corrieran con mis muletas. Pero enseguida volví a no comer. A la hora del almuerzo, me quedaba en el pupitre con un libro.

Cada vez estaba más nerviosa. Empecé a no dormir. Me tumbaba en la cama, diseccionaba y parafraseaba todo lo que había dicho a lo largo de la jornada, reflexionaba sobre todo lo que había entendido mal. Por entonces tendría unos once años. Mi madre me llevó al médico, preocupada por las ojeras y el cansancio constante. En la sala de visitas, el médico le pidió a mi madre que nos dejara a solas y luego me preguntó si me preocupaba algo en particular. Respondí que no. No recuerdo las otras preguntas, pero sí la sensación de pensar que, si yo no decía nada, no me descubrirían. Cuando volvió mi madre el médico comentó mi delgadez y preguntó si tenía apetito. Me pesó en una de esas básculas antiguas con pesos y contrapesos. Observé cómo deslizaba el pilón con sus dedos regordetes. «Está por debajo de su peso», concluyó, para la sala. Y yo pensé para mí: «Ahora. Ahora se fijarán en mí». Mi madre entonces le explicó con qué gula devoraba mis platos favoritos, como el sándwich de tiras de pollo con mayonesa. Se rieron.

En el coche, mamá me preguntó si le había explicado al médico lo que me preocupaba. Bajé la

mirada y negué con la cabeza. Se molestó y me dijo que había tenido que tomarse la tarde libre en el trabajo y que los médicos eran caros. Cuando estaba preocupada por el dinero se le afilaba la voz. Decidí que en el futuro no le contaría que no había dormido. Y no le contaría que no me permitía dormir. Era otra norma, otra forma de control, otro castigo.

Durante años seguí mi dieta del hambre. Pero cuando llegué a la secundaria, necesitaba más comida para sobrellevar la jornada. Un día, al congregarnos por la mañana, comencé a sentirme débil. Primero dejé de ver, pero todavía oía y me tenía en pie, aunque me balanceaba un poco hacia delante. Después oí un fuerte zumbido y se hizo la oscuridad. Me dejé ir. La niña que estaba a mi lado en la fila me contó más tarde que había caído contra el parqué con un gran golpetazo. La enfermera del colegio le quitó importancia cuando le confesé que me «había olvidado» de desayunar. De hecho, mi constante rechazo al desayuno había degenerado en tal campo de batalla en mi casa que hacía poco mi madre, todavía en camisión, me había perseguido hasta la parada del autobús blandiendo una tostada.

Durante el resto de la reunión matinal el colegio en pleno tuvo que sentarse en el suelo polvoriento. Después, las niñas mayores fingieron preocupación, me rodearon con sus brazos, calmándome como si fuera una mascota, y durante lo que quedaba de año alcancé cierta fama, me señalaban y decían que era la niña que se había desmayado. Al menos, para entonces tenía amigos. A los trece años había empezado a encontrar gente a la que parecía caerle bien, a la que, de hecho, caía bien. Pero tardé mucho tiempo en creérmelo. Quizá el aspecto más corrosivo de una vida solitaria no es el tiempo que pasas sola, sino el tiempo que pasas rodeada de gente pero sintiéndote aparte.

Mis nuevas amistades se fijaron en mi delgadez. Todo el mundo se fijó. Otros padres y maestros lo comentaban. Cuando lo consideraban un problema me llamaban «flaca», una etiqueta que me entusiasmaba. Mayormente me describían en códigos que yo sabía que proclamaban mi delgadez como «algo bueno», con palabras como «delgada» o «esbelta». En el colegio era espabilada, actuaba con confianza (entiéndase «de forma llamativa») y contaba anécdotas divertidas. Pero ser delgada, con los codos protuberantes y las costillas marcadas, era la única virtud que yo valoraba.

En esa época ya era consciente del efecto de mi cuerpo en los demás. Y encontré maneras nuevas de explotar el cuerpo para generar nuevos réditos emocionales. Desarrollé una vida social y comencé a ir a las casas de otros niños después de clase y a las fiestas de los fines de semana. Quería molar. Me quedaba de pie al borde de los grupos de niños que estaban charlando y riendo y montándoselo y deseaba que me incluyeran. Mientras continuaba rondado por ahí empecé a fumar, copié los andares de otras chicas y cimbreaba las caderas de un modo que confiaba en que resultara seductor. Cerca de los chicos que me gustaban sonreía con coquetería, incluso los miraba

descaradamente. Era una manera de ser vista como lo que era. En una fiesta, salí detrás de un chico que me hizo señas, luego me morí de la vergüenza cuando se rio de mí y les gritó a todos sus amigos que estaba desesperada. Pero la desesperación, en sí, puede resultar atractiva. Aprendí que si los chicos querían usar mi cuerpo podía redescubrir aquella sensación temprana de triunfo y ligereza que previamente solo había experimentado privándome de la comida. Que los encuentros en sí me resultaran bastante desagradables no importaba.

Recuerdo la rotura del himen, la sangre en las bragas, después de que un chico demasiado ansioso me metiera casi toda la mano. Dolió, pero solo esboqué una mueca silenciosa por miedo a que las otras chicas me oyeran y se rieran de mí. Supuse que el chico ya había hecho lo mismo antes. Supuse que era lo que hacían las chicas que molaban. De hecho, probablemente era lo que hacían las chicas que molaban porque ninguna de nosotras, ni una, tenía la confianza suficiente para negarse a lo que parecían esperar de ella. Oponerse habría sido declararnos, ante el chico y todos sus amigos, frías. Que era aún peor que ser «fácil». Ahora sé que lo único que quería era afecto, que me tocaran o me abrazaran con amor, con comprensión, con cariño. Y no obstante era una petición imposible. Me podía tanto el deseo y la necesidad y se me notaba tanto que creo que en ocasiones debía de costar mirarme sin estremecerse.

Cuando tenía catorce años el trabajo de mi madre nos llevó a mi hermana y a mí a Londres. Mi padre, que de todas formas contribuía muy esporádicamente a nuestras vidas, permaneció en Dublín. Londres significó escuela nueva y todo un abanico de oportunidades. También comportó un grupo de amistades nuevas, chicas del colegio, que parecían atrevidas, valientes y enrolladas. Y que, equivocadamente, pensaron que yo molaba. Me dejaban ir con ellas y juntas empezamos a frecuentar las discotecas. Le decía a mi madre que estaba en casa de otra chica, y en una ciudad nueva, donde no conocía a los padres de nadie, no se dio cuenta de que mentía. Y pronto esa nueva forma de mentir se convirtió en mi segunda naturaleza, la única manera de conseguir lo que quería.

Un viernes por la noche estaba tonteando en una disco con un veinteañero y me preguntó mi edad. Le dije que tenía diecinueve años. Le dije que estudiaba arte. Era lo que decía siempre porque sonaba impresionante, aunque me habría quedado en blanco si alguien me hubiera preguntado qué rama del arte estudiaba. Después de besarme, se apartó, me miró a la cara y volvió a preguntarme la edad. Sonreí y dije que tenía diecisiete años. Palideció, retrocedió y salió huyendo. Cuando regresé a la pista de baile y se lo conté a mis amigas nos partimos de risa. Infeliz. Éramos indestructibles. Teníamos quince años.

Maté a la chica que vestía ropa heredada. Me transformé en una joven audaz, uniformada con minifalda y pintalabios, la chica de la disco, la chica que sabía dónde estaba la fiesta. Flipaba tanto y me divertía tanto que no añoraba a la chica lectora de antes. Conseguía entradas gratis para

conciertos, pases de camerino, estaba en la lista de invitados de un club distinto cada noche de la semana. Ahora me parece una locura, pero dos de mis mejores amigas y yo repartíamos nuestra «tarjeta de visita» con el nombre, el teléfono y el eslogan «Concebida en el cielo, criada en el infierno». Copas gratis en la barra. Un hueco en la cabina del DJ. Bastaba con ser menor, llevar un vestido diminuto y estar dispuesta a agradar. Y qué bien fingía. Porque estaba dispuesta a agradar. Me ponía vestidos viejos de mi madre que conservaba de los años setenta. Los cortaba para que me cubrieran justo el culo. Lucí, pensando que era una ocurrencia espectacular, un hábito de monja con los bajos cortados y una cremallera delantera de arriba abajo. Cuando mi madre criticaba mi ropa, yo me tapaba a regañadientes, pero solo servía para añadirle emoción. Salía de casa con una camisa y una falda largas. Pero en cuanto entraba en la discoteca me cambiaba en el vestíbulo, a menudo rodeada de gente, e iba entregando las capas exteriores a uno de los porteros hasta mostrar el atuendo mínimo de debajo.

Mi nuevo estilo de vida no se limitaba a las discotecas. Iba a festivales de música y disfrutaba de su ausencia de normas. Fui a un festival donde llovió sin parar y se enfangó todo. El último día, cuando un chico desmelenado me propuso colarme en los camerinos para conocer a Nirvana, abandoné la tienda prestada, el saco de dormir prestado, la ropa y todo lo que había llevado conmigo. Ni siquiera me despedí de los amigos con los que había llegado. Daba igual. Me planté al lado de Kurt Cobain en la barra. Bebía lo que me pareció un gin-tonic y fumaba cigarrillos light. Pasé de él como si fuera insignificante y me di la vuelta. Al fin y al cabo, yo bebía vodka a palo seco y solo fumaba tabaco con alto contenido en alquitrán. Seguí al desmelenado a un hotel pijo, donde montamos una fiesta con un grupo de promotores musicales, rompimos parte del mobiliario y acumulamos una factura de bar desorbitada. Aflojamos el ritmo solo el tiempo justo para afeitarnos las cejas a los que habían perdido la conciencia. Y luego nos echaron.

Elegí ese momento para llamar a mi madre desde el teléfono de cortesía. Aún no eran las seis de la mañana. Mi madre contestó adormilada. Cuando farfullé, borracha, el nombre del hotel, me dijo que había estado allí hacía escasas semanas, en una conferencia de trabajo. Qué curioso, dijo. Le di la razón y colgué. Incluso ahora sigo sin saber qué esperaba yo de aquella llamada.

Alcancé al resto del grupo y nos dirigimos a pie a la estación de tren. De camino nos las apañamos para robar en una tienda un par de botas de pescador. No podíamos parar de reír. Acabé en casa de un desconocido y me quedé unos días. En total tardé una semana en volver a la mía. Había dejado el festival con un grupo de gente distinto del que me acompañaba a la llegada. Tanto el dueño de la tienda de campaña que había abandonado como mi hermana, propietaria del saco de dormir, y mis amigos, de los que ni siquiera me había despedido, dejaron de hablarme. Tenía una resaca que apenas se diferenciaba de la muerte. Pensaba que la vida era maravillosa.

A esas alturas era, literalmente, una cabeza loca de póster. Aparecí en un programa de la televisión nacional como el ejemplo que mostraban para espantar a los padres de clase media.

Decidí ponerme una camiseta en la que escribí el nombre de un exnovio reciente seguido del comentario «es un capullo». Mi padre aún cuenta esta anécdota con orgullo. Pero en el programa me sentaron junto a otra invitada, una madre cuyo hijo había fallecido por esnifar aerosoles. Era una mujer callada, agradable, inconsolable. No había pensado que su hijo corriera peligro y acudía al programa para advertir a otros padres. Incluso a través de la capa de tres metros de aislante de una adolescente egocéntrica, lo sentí por ella. Y luego me pregunté fugazmente si mi madre no sería tan indiferente como yo suponía. Recordé una noche, al poco de mudarnos a Londres, en que se paró ante la puerta abierta de mi dormitorio y me preguntó qué estaba haciendo. Yo estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el radiador, mirando al vacío. Rompí a llorar. «Me siento sola», dije. «Lo sé», dijo ella, y luego se encogió de hombros y continuó escaleras arriba hacia la cama. Di por supuesto que no le importaba. Y, sin embargo, si mi madre hubiera cruzado el umbral y hubiera intentado consolarme, ¿qué habría hecho yo? La habría echado a gritos. Si hubiera intentado abrazarme, yo me habría puesto tensa y le habría dicho con el tono más frío posible que se fuera y no volviera a tocarme.

En el estudio de televisión, aunque asocié a aquella madre desconsolada con la mía, no relacioné el destino de su hijo con el mío. Al fin y al cabo, yo no inhalaba aerosoles para colocarme. Yo me drogaba, pero respetando unas normas. No tocaba el crack ni la heroína. Pensaba que esa frontera, fijar los límites de mi descontrol, me mantendría a salvo. De verdad que me creía indestructible.

Pero había señales de peligro que ni siquiera yo podía pasar por alto. Me fui una semana a Manchester con un DJ con el que llevaba meses tonteando. Me había llevado en coche, me había hecho regalos, me había invitado a copas y a drogas. Tenía más del doble de mi edad. Le encantaba pasearme por las fiestas, anunciar a bombo y platillo que era menor o, a veces, fingir que era mi padre antes de besarme o lamerme la cara. Pero nunca me había quedado a solas con él. En Manchester, después de actuar de DJ invitado en un bar estudiantil, fuimos al hotel. Y comprendí que había cometido un espantoso error. El DJ era agresivo. Quería brusquedad, y cuando le dije que a mí no me iba ese rollo, repuso que, como lo había pagado todo él, se lo debía. De algún modo conseguí calmarlo pasándole botellas del minibar. Cuando se durmió, me encerré en el baño. Me escabullí por la mañana, cuando oí a las camareras del hotel en el pasillo. Fui a pie a la estación, esquivé a los revisores del tren y volví a Londres. La siguiente vez que vi al tipo fue en el club de los viernes, empezó a arrojarme jarras vacías de cerveza y a advertir al resto de los hombres que yo era una calentabraguetas. Los seguratas se quedaron mirando cómo las jarras se hacían añicos a mi alrededor.

Unos meses después me abrieron una brecha en la cabeza rompiéndome una botella de cerveza en la cara en la pista de baile de un club nocturno. La mujer que me atizó se quejó de que yo me arremetía demasiado a su novio al bailar. Los cortes en la cabeza sangran mucho, y conforme la

sangre caía en las baldosas mojadas, el suelo se convirtió en un lago rojo. El promotor de la sala se preocupó, quería que yo saliera del local. «¿Qué edad tienes en realidad, Emilie?» Ni siquiera sangrando me pasó por alto la ironía de la pregunta, dado que el tipo me había incluido en la lista de invitados de su club, me había invitado a un sinfín de copas y había intentado acostarse conmigo infinidad de veces. Él sabía que yo era menor. En lugar de responder, me marché. Varias personas preocupadas me acompañaron a urgencias. Regresé a casa a primera hora del día de Nochebuena, con un costurón que seguía la raya del pelo.

Y seguía sin comer casi nada. De hecho, ayunar suponía una ventaja en mi estilo de vida. No tenía dinero, de modo que difícilmente podía comer. Pasaba el tiempo con hombres que me decían que tenía un cuerpo magnífico (desnutrido), pero nunca me invitaban a cenar. Cuando me cansé de las discotecas, comencé a ir con amigos a squats y raves, sobreviviendo a base de chocolatinas Mars y de speed. El dinero del almuerzo, que mi madre reservaba, solía pagar alcohol cargado de azúcar que me permitía saltarme todavía más comidas. Tras años de ayuno, mi constitución aguantaba el ritmo. Pero resultaba agotador.

Y frío. Mis amigas y yo pasábamos frío casi todo el tiempo. Frío de verdad, del de tiritar, porque la temperatura era baja y estábamos a la intemperie y no nos abrigábamos. Tiritábamos a la puerta de las discotecas, en las paradas de autobús, fumando, haciendo cola para conciertos, esperando el metro, esperando a amigos, esperando a hombres. Pateábamos el suelo con las manos apretadas en el fondo de los bolsillos y los brazos pegados a los costados. Durante una temporada, antes de conocer a la gente del mundillo, descubrimos una especie de hogar en el vestíbulo de un banco de la calle Oxford, donde el lector estaba roto y la puerta se abría con un leve empujón. Pasábamos horas sentadas allí, hasta que acabábamos doloridas y con calambres y clareaba lo bastante para volver a casa. Se estaba más caliente que en la calle, aunque no mucho más. Tuve un novio fugaz que vivía en un cuarto encima de un salón de tatuajes y nos dejaba quedarnos algunas noches. Incluso aunque quisiéramos irnos a casa, no era fácil. Al salir de las discotecas del norte de Londres, tomábamos varios autobuses nocturnos, atravesando la ciudad en dirección sur hacia Trafalgar Square, pero siempre había que pasar frío esperando al que te llevaría a casa, y la parada del autobús era un lugar solitario. Una noche, mientras el autobús se aproximaba a la terminal de Trafalgar, el conductor, de aspecto amable, nos ofreció a mi amiga y a mí esperar al calor del autobús. Aparcó en un callejón. Luego apagó el motor, también las luces, y cuando se nos acercó dejó de parecerse amable. Había visto nuestros títulos de transporte infantiles, así que no tenía sentido advertirle que éramos menores. Nuestra juventud formaba parte del atractivo. Cuando se acercó más, gritamos y aporreamos las ventanillas. El tipo nos insultó y levantó la palanca que abría las puertas.

Otra noche encontré dinero en la calle. Paré un taxi. Pero el taxista también se detuvo en un callejón. Con las puertas bloqueadas. Le dije que mi madre y mi hermana pequeña estaban en casa

esperándome. Pero se limitó a responderme que era una niña mala. Me enseñó su bate de béisbol de aluminio. Me miró por el espejo retrovisor. Supe que pensaba que en casa no me esperaba nadie, porque ¿qué clase de chica estaría sola en una acera del norte de Londres a las cuatro de la madrugada? Pero solo miraba. Acarició el bate, luego lo depositó a los pies del asiento del acompañante. Arrancó y volvió a la calle principal y me echó, por lo que tuve que seguir a pie el resto del trayecto. Cuando llegué a casa la luz estaba encendida. Mi madre siempre la dejaba encendida para mí. Ahora considero esa luz una señal de que estuvo esperándome, preocupada, todas esas noches. De que mi madre solo dormía a medias, pendiente de oír mi llave en la cerradura. Ojalá pudiera borrar muchas de las consecuencias de mis actos, pero, sobre todo, ojalá pudiera borrar esa preocupación.

Durante un tiempo puede dar rienda suelta a mi mala conducta sin que lo notaran en la escuela. Guardaba el uniforme en la taquilla. Tomaba el primer metro convertida en un despojo de la noche anterior, y no obstante al traspasar las puertas del instituto parecía una colegiala más, con su falda y su blusa de uniforme. Pero al segundo año en Londres mi sistema para eludir ser detectada empezó a hacer aguas. Cada vez más las resacas me impedían llegar antes del primer timbre, y con ese retraso me parecía que ya no merecía la pena ir el resto del día. Empecé a saltarme las clases de semanas enteras. Y cuando aparecía en el instituto, me buscaba problemas. Un día me vio la profesora de educación física y me soltó un sermón porque no había asistido a ninguna de sus clases. Estaba a punto de mandarme al despacho de la directora cuando me rescató la profesora de ciencias. Aunque también me había saltado varias semanas de clase de ciencias, le insistió a la de gimnasia que en realidad yo era una alumna nueva, y puesto que acababa de incorporarme no podía haberme saltado ninguna clase. Me acompañó al aula, me enseñó mi pupitre y me entregó un libro de ejercicios nuevo. En ese momento pensé que la profesora había perdido la chaveta, que realmente no me reconocía o no sabía que era alumna del instituto. Ahora, sin embargo, tiendo a pensar que era plenamente consciente de quién era yo y, con una mentira descarada, decidió protegerme de una profesora conocida por su ira y su carácter inestable; mantuvo la ficción de la «chica nueva» para protegernos a ambas. Se lo agradecí. Sin embargo, no asistí a ninguna de sus clases. De hecho, nunca más fui a clase de ciencias. Al final lo más fácil fue dejar los estudios.

No estaba sola: mis dos mejores amigas siguieron la misma trayectoria. Faltar cada vez más días. Dejar por entregar cada vez más trabajos. Pasar por la escuela como si fuera un club social y luego marcharse. Algunos profesores intentaron ayudarnos, pero en general tanto docentes como administradores se lavaron las manos. Y ¿cómo culparlos cuando hicimos cuanto pudimos para que nos expulsaran? No obstante, en retrospectiva, aunque veo nuestro comportamiento de pesadilla, me sorprende lo jóvenes y vulnerables que éramos. Una de mis amigas sufría dislexia

grave. Aunque en muchos sentidos era la más lista y, desde luego, la más capaz de todas nosotras, suspendía un examen tras otro y la fueron empujando cada vez más abajo del sistema educativo. ¿A quién podría extrañar que decidiera no presentarse a los exámenes? Otra amiga dejó el colegio a la vez que yo. Su padre la maltrataba. Un hecho que saltaba a la vista para cualquiera con dos dedos de frente. Pero nadie hizo nada. Tal vez aparentáramos saberlo todo, pero en realidad éramos muy inocentes. Lo que necesitábamos era ayuda. Lo que necesitábamos era protección. No que nos dejaran marcharnos sin más.

Sin los estudios como meta, costaba encontrar lugares para pasar el día. Porque a menos que seas rico, la vida del niño descarriado no solo es fría, sino también aburrida. Sin nada que hacer, empecé a fingir estar enferma para poder quedarme en casa con la tele como única compañía. Por contraste, una bendición. Pero pronto mi madre insistió en que dejara de hacerme la enferma y volviera a clase. No podía. Se lo repetía una y otra vez, como una salmodia: «No puedo, no puedo, no puedo». De hecho, tenía razón. Al día siguiente mi madre fue a ver a la directora. Resultó que había faltado demasiados días para poder presentarme a los exámenes de reválida de una escuela pública, e incluso para que me admitieran en cualquier instituto de secundaria a menos que repitiera curso. La subdirectora me dijo que cortara por lo sano y me buscara un trabajo. Sonrió: ¿en McDonald's, quizá? Mi madre no iba a aceptar la derrota tan fácilmente, de modo que la única opción que le quedaba era encontrar dinero para mandarme a una escuela privada.

Probé, a lo Ricitos de Oro, en tres lugares nuevos. En el primero, pese a presentarme a la entrevista con mi mejor y más dulce sonrisa y acordarme de mencionar mi interés por incorporarme al coro, la directora me caló a la primera. No devolvió las llamadas de mi madre. En el segundo me concedieron un día de prueba, pero la jornada no fue bien. Alguien insinuó que había hecho llorar a la profesora de italiano. Yo estaba acostumbrada a aulas grandes y ruidosas donde se consideraba normal cierto grado de anarquía. Estaba acostumbrada a tener que gritar para que me escucharan o a que me dejaran a mi aire al fondo de la clase. Estaba acostumbrada a una escuela donde no se tomaron medidas disciplinarias cuando la clase conspiró para encerrar al profesor de dibujo en el cuartito del material. Aquella escuela nueva de niñas calladas y pijas, con normas sobre por qué lado del pasillo moverse, me superó, y no me invitaron a volver.

En la tercera escuela me plantearon un sencillo problema de probabilidad, que resolví correctamente. Mientras el director rellenaba varios formularios, lo interrumpí para pedirle que escribiera mi nombre con y al final. En las escuelas anteriores el personal prácticamente había disfrutado tachando mi manera de escribir mi nombre y obligándome a escribirlo «correctamente» como castigo por «mancillar» los libros de ejercicios. El director me miró un momento. «Escribe tu nombre como más te guste.» Me explicó que solo tenían dos normas: la primera, asistir a clase, y la segunda, presentar los trabajos. No se toleraba incumplir ninguna de ellas, cosa que de entrada nos preocupó a mi madre y a mí. Pero, por otro lado, programaban las clases para que

comenzaran pasadas las diez, se permitían descansos para fumar y se podía entrar café en las aulas. Profesores y alumnos se llamaban por el nombre de pila. Solo había seis estudiantes por clase. Y, algo crucial, no se imponían uniforme ni códigos de indumentaria. Se acabaron los cambios de disfraz en la taquilla.

Para mí fue un alivio, y para mi madre, ni te lo imaginas. Aun así, el cambio de escuela no fue coser y cantar. Los otros chicos eran todos ricos y por tanto otra vez me sentí pobre. Muchos de ellos eran ricos y abusones. La mayoría habían fracasado, como yo, en el sistema generalista. Una mañana un chico se me encaró en el pasillo y me mandó de vuelta a las cloacas. Unos años más tarde tal vez le hubiera replicado con la cita de Wilde sobre yacer en las cloacas pero contemplando las estrellas. En cambio, lo mandé a tomar por culo. Continué saliendo por la noche, bebiendo y drogándome, pero me las apañé para cumplir las normas; asistía a clase y presentaba los ejercicios. Seguí un curso de escritura creativa y me elogiaron por primera vez en mucho tiempo. Me presenté a la reválida. Me apunté a los exámenes finales. Alentada por mi profesor favorito, comencé a plantearme continuar los estudios. Resulta que la ambición de la empollona se resiste a morir. No fue una transformación de la noche a la mañana y no siempre fue una elección consciente, pero gradualmente comencé a prestarle atención a mi vida. Y, gracias a eso, lo conseguí. Lo sabes, por supuesto, porque estás leyendo esto.

Podría terminar la historia aquí. Podría decir que la educación me salvó, y en muchos sentidos sería cierto. Pero solo sería una verdad parcial. Porque he dejado fuera otras cosas. Y, si he de contarlas, aquí es cuando la historia da un giro y vuelvo a preguntarme por qué la cuento. Permíteme una pausa y mirar un momento por la ventana. Deja que me levante y me aleje de mi mesa. Dame un minuto.

A los quince años, me fugué de casa con dos amigas.

Dejamos notas asegurando que no volveríamos. Cogimos los sacos de dormir y todos nuestros ahorros, unas doce libras. Confiábamos en que, si rondábamos por el centro de la ciudad, conoceríamos a alguien que nos acogiera en su casa. E inevitablemente llamamos la atención de alguien: la de un skinhead que nos ofreció alojamiento si nos íbamos con él «inmediatamente». Pero por mucha bravuconería que aparentásemos, preferimos dormir a la entrada de una tienda que arriesgarnos a subirnos en la furgoneta de un tipo que a saber adónde nos llevaría.

Dormir en la calle asusta. Despertar avergüenza. La gente que trabajaba en los comercios y oficinas a cuya entrada dormíamos nos pasaban por encima por la mañana. Durante el día, mendigábamos. Al principio también nos daba vergüenza, pero te llevabas sorpresas con la generosidad de la gente. Un hombre risueño nos compró helados y nos los entregó con el siguiente comentario: «Para que no digáis que nunca os doy nada». Estábamos eufóricas. Pero ese tipo de

contacto humano escaseaba y cada vez estábamos más cansadas y nuestra voz sonaba más quejumbrosa, cada vez resultábamos más invisibles para los peatones.

Una noche nos cobijamos en un refugio para niños sin hogar. En el refugio recibimos una comida caliente y varios formularios para rellenar, además de una guía para entrar en las listas de espera de alojamientos. Durante las entrevistas, nos preguntaron con discreción si habíamos sufrido violencia doméstica o abusos en la familia, y si habíamos pertenecido a pandillas callejeras. Nos ofrecieron orientación psicológica. El personal se compadeció de nosotras, aunque los otros críos detectaron que mentíamos cuando dijimos que teníamos dieciséis años y me dio la impresión de que también adivinaron que las razones que dimos para estar en la calle eran falsas. Al planear la fuga, mis amigas y yo habíamos hablado de lo infelices que éramos en casa, de que en cualquier otro lugar disfrutaríamos de mayor libertad. Comentamos que escapar de casa era algo radical de lo que el resto de las chicas hablaban pero no tenían el valor de ponerlo en práctica. Habíamos pensado que nos otorgaría cierto poder. A los pocos días de dormir a la intemperie, mendigar e intentar entrar en calor en salas de espera de estaciones de tren, quedó claro lo terriblemente equivocadas que estábamos. Quería irme a mi casa. Me daba vergüenza porque mis dos amigas se negaban a volver. Pero fue una de esas ocasiones contadas en que actué pensando en lo mejor para mí y no en ganar un concurso de popularidad. Porque había sabido, incluso mientras preparaba la bolsa para irme de casa de mi madre, que no podía huir del problema. En mi casa no me pegaban. No me trataban con crueldad. No tenía ninguna razón de peso para fugarme. Simplemente me sentía sola. Era infeliz. Estaba perdida.

A mi hermana pequeña nuestra familia le afectaba igual que a mí, aunque ella lo sobrellevaba siendo la niña más dulce y más abierta con sus emociones que imaginarse pueda. Se diría que intentaba ser lo contrario a mí en temperamento, como tantos otros hermanos pequeños que buscan distanciarse de los mayores. Sin embargo, mi hermana no era distante conmigo, siempre me abrazaba y me consolaba. Cuando me fugué, de pronto se convirtió en la única niña de la casa. Un hecho en el que no me había parado a pensar al marcharme. Pero que comprendí con todas sus implicaciones cuando volví. Llamé al timbre y mi hermana salió corriendo y me dio el abrazo más fuerte que jamás me han dado. Lloraba. Me miró con ojos grandes y tristes y me preguntó: «¿Por qué nos has abandonado?». No supe qué responder. No me esperaba que me hubiera echado de menos ni que se alegraría de que regresara, tampoco que me necesitara a su lado, que necesitara que no me marchase. El egoísmo que yo suponía justificado por mi propio sufrimiento emocional no me había permitido considerar las necesidades ajenas.

Al recordar el dolor y la confusión en la voz de mi hermana en aquel momento, comprendo que las dos necesitábamos lo mismo: una promesa de amor incondicional, un poco de seguridad, algo inalcanzable para cualquiera de las dos. Y creo que quizá, al final, nos lo dimos la una a la otra. A los dos años, cuando volví a meterme en un lío y temí que mi madre me echara de casa, mi

hermana prometió guardar el secreto. Me dijo que seguiría queriéndome, hiciera lo que hiciese. Luego vino con la cartilla del banco y, con suma gravedad, me ofreció todos sus ahorros para ayudarme. No pude aceptarlos, así que la abracé, la tranquilicé, sonreí y bromeé hasta borrar la preocupación de su mirada.

Pero en el fondo yo no estaba bien. Y, por tanto, queda otra parte de la historia que debo contar, la de todas las noches que no volví a casa.

Dice así. Salía de discotecas, a veces con amigos, a veces sola porque mis amigos se hartaban de salir todo el tiempo en busca de un poco de atención. En las discotecas coqueteaba con el desconocido de la barra. Después de tantas copas que tenía que concentrarme muchísimo, aferrada al borde de la barra, para mantenerme en pie, el desconocido me preguntaba qué me apetecía hacer. Yo, arrastrando las palabras, le preguntaba si en casa tenía vodka. Me respondía con una sonrisa. Proponía tomar un taxi. No existían móviles para enviar mensajes, ni aplicaciones para pedir taxis, ni vacuna del papiloma, porque todo esto ocurrió hace un millón de años. De modo que terminaba en el piso de un desconocido con un tazón de vodka y ninguna escapatoria. El hombre, al verme desnuda en la habitación con la piel de gallina, tal vez creyera que me entregaba por completo. Y desde luego, mi cuerpo estaba presente. Pero yo me encontraba a kilómetros de allí. Tenía un único pensamiento, que reverberaba por todo mi ser, salvándome, pero también condenándome. Me distanciaba mediante el siguiente mantra: *No estoy aquí*.

Yo creía conocer el valor de lo que entregaba en la transacción –mi cuerpo adolescente– y pensaba que salía ganando con el trato. Pero en realidad no me daba ningún valor. Y, por tanto, la separación de cuerpo y ser que había pergeñado, y que había comenzado años antes, al dejar de comer con normalidad, se completó con esos encuentros. Y dolían. Físicamente. Mentalmente. Emocionalmente. Dolían. Cada vez. Todas las veces.

Mostraba una fachada despreocupada, pero por dentro me volví fría, insensible. Me distancié de todo lo que planteara problemas emocionales. Básicamente, me cerré. En lugar de hablar con la gente con la que estaba, continuaba el diálogo interior que había inaugurado cuando era una niña insomne, en el que presenciaba mis actos como desde una gran distancia, acompañados de un comentario que detectaba defectos sin tregua. Pese a que con los años he conseguido superar la mayoría de mis rasgos autodestructivos, ese particular diálogo sigue conmigo. Sigue siendo lo que me mantiene en vela por las noches.

En algún momento de esos años mi madre me llevó a terapia familiar. Las dos nos sentamos con la terapeuta en su consulta del sótano. La terapeuta me preguntó si quería decirle algo a mi madre y

yo negué con la cabeza. Mi respuesta a todas sus preguntas fue que me encontraba bien. Era mucho lo que necesitaba decir, por supuesto, y tal vez si hubiese estado sola en la consulta habría dicho algo. Pero, sobre todo, creo que me faltaba vocabulario. No podía decir «Me siento sola» o «Soy infeliz» o, el resumen de todo, «No valgo para nada». Expresar mis miedos con palabras me parecía no solo imposible emocionalmente, sino fuera del alcance de la manera en que sabía hablar de mí misma. Carecer de un lenguaje, de una voz, para articular lo que hacía que me sintiera tan sola fue catastrófico. Y como nadie más empleaba tampoco las palabras adecuadas ni intervino para ayudarme a pronunciarlas, el silencio era absoluto.

A los diecisiete años, empecé a tener ataques de pánico. Me faltaba aire en los pulmones. Boqueaba y salía corriendo buscando desesperadamente oxígeno y luego me desmayaba (siempre los desmayos). Durante un ataque, en un concierto, los de seguridad me rescataron del público y me llevaron entre bambalinas. Un médico me auscultó, detectó los latidos frenéticos y la respiración irregular, y me inyectó adrenalina. Dejé de hiperventilar y luego vomité. Le decía a la gente, a la gente que se preocupaba por mí, que esos episodios eran ataques de asma. Una persona me acusó de intentar llamar la atención, pero de verdad que no podía respirar.

Cumplí dieciocho años. Y dejé las drogas. El speed que consumía me volvía cada vez más del revés. No podía dormir ni sentarme tranquilamente por culpa de los calambres. Temblaba. Estaba destrozada. Una mañana al despertar, antes de levantarme de la cama, me metí un ácido. No está bien, pensé mientras lo hacía. Así que decidí: o todo o nada. Elegí nada. Al principio a mis amigos les pareció una idea brillante. Decían de mí, casi alardeando: «Emilie ha dejado las drogas». Pero sin las drogas –sorpresa, sorpresa– el resto no resultaba tan llevadero. Sin drogas las raves en almacenes a las que iba entonces y los squats donde me instalaba me parecían lugares desoladores. Y la novedad pasó para mis amigos, que no querían a nadie sobrio alrededor. Los ponía paranoicos.

Además, mi grupo más cercano de amigos se había dispersado. Algunos que adoraban los clubs indie y grunge no disfrutaban en las raves. Algunos habían comprendido que tenían que estudiar si querían disponer de las famosas «opciones» después de secundaria. Otros ya habían abandonado los estudios y, demasiado jóvenes para recibir ayudas sociales, vivían de lo que mendigaban y, al final, de trapichear. Algunos se habían mudado con familias de acogida más estrictas. Algunas se habían quedado preñadas. Empecé a quedarme en casa los sábados por la noche. Volví a no ser una chica popular. Pero a esas alturas sabía que la soledad no era lo peor.

Una amiga íntima intentó suicidarse por sobredosis, sin éxito, varias veces, aunque la bulimia casi acaba con ella. Una chica que conocí en un club me contó que cuando sus padres la pillaron cortándose las muñecas, su madre le echó sal en las heridas para que no se repitiera. Un amigo se había metido tanto ácido que ya no tenía memoria a corto plazo. Otro se marchó una noche de una

fiesta, estuvo varias semanas desaparecido y, aunque reapareció en un squat, nunca más volvió a ser el chico dulce de antes. Al menos, seguía vivo.

Porque muchos no sobrevivieron. Un hecho clamoroso, doloroso, un hecho de mierda.

No todos sobrevivimos.

Una chica que conocía del colegio, una chica brillante y amable y generosa, también era inestable e infeliz y sus padres la internaron en un psiquiátrico. Se ahorcó durante la reclusión. Un chico que conocía desde que me mudé a Londres acabó a cargo de los servicios sociales cuando su padre se marchó del país para no regresar. Cuando el chico cumplió dieciocho años y lo dejaron vivir en una casa de transición, se metió una sobredosis mortal. Entre mis amigos, se lloraron sus muertes, se comentaron entre susurros, se experimentaron como un shock físico. Decían que los padres de mi amiga del colegio no habían ido a visitarla ni una sola vez al psiquiátrico. Yo solo podía pensar en la última vez que la había visto, una noche que salimos, riendo y charlando sobre una banda que nos gustaba a las dos. Al chico en realidad hacía años que no lo veía, pero a veces hablábamos por teléfono. Me telefoneaba cuando se sentía solo, aunque los hogares de acogida limitaban las llamadas a cinco minutos. Sus muertes fueron las cosas más y menos reales que había experimentado. En el fondo nunca las he procesado. Sigo esperando verlos algún día, avistar sus coronillas entre la multitud.

Hay otras cosas que no he procesado.

La primera vez que me mudé a Londres todavía iba a clase como una chica normal de catorce años, volvía a casa en metro a diario, en hora punta. Una tarde, de pie en un vagón atestado, noté que un hombre se frotaba contra mí. Me sorprendió, pero conseguí decirle: «Deje de tocarme, por favor». Paró, un momento. Pero luego, en la siguiente estación, volvió a frotarse y me eché a llorar. No quedamente, sino sollozando. Era una niña con su uniforme escolar rodeada de adultos, pero nadie dijo una palabra ni hizo nada. Me bajé en la siguiente parada, apartando a los silenciosos viajeros. Me quedé en el andén de Gloucester Road un buen rato, tratando de reprimir el llanto convulso, de recuperar el aliento. Nadie me dijo nada.

Cuando cumplí los dieciocho, conocía la estadística según la cual una de cuatro mujeres es violada. Miraba a mi alrededor. ¿Esa cifra nos incluía a mis amigas y a mí, o quedábamos milagrosamente exentas? Recordaba el incidente del metro y otras ocasiones en que los hombres se habían propasado. Pensaba en las veces en que no me había apetecido el sexo pero había cedido. Pero nunca me habían violado. No fue hasta los treinta y nueve años, en una reunión feminista durante la que se alentaba a las mujeres a compartir sus historias personales, cuando reconsideré la veracidad de mi conclusión. *Nunca me habían violado*. Sentada en aquella sala

repleta, escuchando relatos de violencia sexual grave, de pronto recuperé dos recuerdos muy claros. Salí de allí sobrecogida y rompí a llorar en plena calle. Porque sí me habían violado.

Los ataques no se cometieron en una calle oscura, como me habían enseñado a pensar que ocurrían las violaciones. Conocía a los dos agresores. Hablé con ellos después de la violación. Me levanté y me marché. Aparte de unos cuantos moratones, me sentía físicamente ilesa. No acudí a la policía. Durante todos los años que siguieron había pensado en las dos agresiones como una de esas veces en que me veía obligada a mantener relaciones en contra de mi voluntad. En ambas ocasiones dije no, y no importó.

La primera, fue mi novio. Era dos años mayor que yo, tendría unos diecisiete años. Una noche, después de salir, me acompañó a casa de mi amiga. Entré con la llave que me habían prestado. Era invierno y hacía frío y me pidió que lo dejara entrar. Le dije que se fuera a su casa, que iba a acostarme, pero él empujó la puerta y entró en la casa. Luego le pedí que se marchara, pero simplemente sonrió. De modo que le di las buenas noches y subí confiando en que se marchara. Me siguió. Me metió en un dormitorio vacío. Y luego me echó sobre la cama, me bajó las medias y las bragas y me penetró. Dije no. De hecho, dije «No lo hagas», pero el significado es el mismo. Me agarró del cuello con la mano y me costaba respirar o hablar, pero de todos modos yo no quería levantar la voz por no despertar al resto de la casa. Pensé que se enfadarían conmigo por dejarlo entrar. Mientras empujaba cada vez más fuerte, yo ahogaba los gritos y lloraba y le pedía que parase. Y luego ya solo apreté los dientes, llorando en silencio, consciente de que terminaría enseguida. Cuando acabó, no perdió el tiempo, simplemente se subió la cremallera y salió de la habitación. Oí el portazo en la entrada principal. Me subí las bragas y las medias y me envolví en el edredón. Ya había mantenido relaciones con aquel chico, sexo consentido. Así que no podía tratarse de una violación. Continué viéndole unas cuantas semanas antes de que me dejara por otra.

La segunda vez ocurrió un par de años más tarde. Fui al piso de un amigo a cenar con él y su invitado, un hombre mayor que había venido de visita desde Irlanda. Congeniamos compartiendo una botella de vino tinto y nuestras experiencias de discriminación a los irlandeses en Londres. Cuando mi amigo se acostó, nos quedamos charlando. Pero luego se me echó encima con su más de metro ochenta de estatura, me inmovilizó apoyando el antebrazo en mi pecho y aplastándome la cara contra los cojines. Cuando por fin se durmió me zafé de su peso, entré a gatas en el dormitorio de mi amigo y me quedé tirada en el suelo hasta que amaneció y pude escapar.

En su momento, racionalicé ambas agresiones no como violaciones, sino como el resultado inevitable de mis acciones y mi estilo de vida. Aunque me habría horrorizado si alguien insinuara que una minifalda daba carta blanca a un hombre para violar a una mujer, en el fondo era lo que había interiorizado. Aceptaba el castigo porque tenía la convicción de que había hecho algo malo,

de que había transgredido a conciencia las normas de la buena chica. Negaba lo que me había ocurrido porque era la única forma que conocía de sobrevivir.

Todavía intento saber qué hacer con esta historia personal. Trato de categorizar las experiencias e incluso dudo en emplear el término «violación». Cuido de no minimizar la violencia ejercida sobre otras mujeres en las violaciones y sigo sin estar segura de poder afirmar que he padecido una experiencia igual, no estoy segura de si sufrí lo bastante para merecer la etiqueta. Además, me siento culpable por no haber denunciado a aquellos hombres, por si mi silencio les permitió hacer algo todavía peor con otras. Pero ¿ante quién iba a denunciarlos? No tenía la más mínima sensación, ni por asomo, de que alguien fuera a creerme ni a tomarme en serio. Sigo sin tenerla.

Después de la segunda violación le pregunté al agresor por qué lo había hecho. Giró la cabeza y, lo recuerdo como si fuera ayer, mientras sonaba The Prodigy, me dijo: «Es algo que tienes, irradias una vibración...». Me guardé esta hiriente explicación, la llevé dentro, durante décadas. Era algo que tenía yo. Un montón de años después, lloré en la reunión feminista cuando comprendí que esa «vibración» que irradiaba consistía simplemente en ser joven, vulnerable y mujer.

Estaba herida, pero sobreviví. Pasé los exámenes finales. Conseguí plaza en una universidad irlandesa, donde por fin me sentí en casa. Asistía a las clases y a los seminarios y conocía a gente que pensaba, como yo, que leer y hablar de libros era una buena manera de pasar el rato. Mantuve algunos hábitos, como beber un montón de cervezas cuando había barra libre, pero enseguida abandoné los otros. Y empecé un juego nuevo o, mejor dicho, una variación del viejo juego de encajar. Las reglas del juego estipulaban que debía fingir que no me había pasado años saliendo de noche, drogándome y acostándome con desconocidos. Mis nuevas amistades parecían mucho más inocentes y, por tanto, les seguí la corriente.

No obstante, lo que me aportó la universidad fue una forma de control sobre mi vida. Estaba donde quería estar, haciendo lo que quería hacer y, conforme fui cobrando conciencia de ello, la necesidad de controlar la comida remitió. Empecé a comer primero dos, luego tres veces al día. Me gustaría decir que nunca he recaído. Pero es más fácil escribir sobre un desorden alimentario en el pasado que convertirlo en agua pasada. Incluso ahora, después de años alimentándome con normalidad, vivo en una casa sin espejos de cuerpo entero ni báscula. Soy incapaz de enfrentarme a mi cuerpo. Algo que detesto, incluso en el momento en que lo admito. Detesto cómo socava la sensación de que me he recuperado. Detesto que me conecte, retrospectivamente, con mi yo más joven y atormentado. Detesto que exprese la persistencia de una relación negativa entre mi cuerpo y el deseo.

Deseo. Esa palabra ha cambiado de significado. Ser dueña de mi cuerpo, mi piel y mis terminaciones nerviosas, como sede del placer —el mío, no únicamente el ajeno—, y tener voluntad

ha supuesto una larga transformación, una transformación que todavía me parece radical. Una vez, a los veintitantos, acudí a una clínica de planificación familiar para que me recetaran la píldora. La enfermera me sonrió y se puso a hablar de estimulaciones previas y de lo que tardan las mujeres en llegar al clímax, y me contó que la mayoría no alcanzan el orgasmo solo con la penetración. Aguanté la consulta, ruborizándome cada vez que me hablaba del placer sexual, pero me proporcionó una información que me cambió la vida. Resulta que se supone que el sexo debe ser, es, divertido. No pone patas arriba el mundo ni revoluciona la política sexual de nadie, pero ese cambio de actitud hacia mi físico, que en realidad solo completé cumplidos los treinta años, ha transformado mi mundo y, a menudo, mi cuerpo. *Estoy aquí, y mucho.*

Si me costó dar con el comienzo de esta historia, también cuesta decidir el final y, aún más, decidir si esta experiencia esconde alguna lección útil para alguien. Una gran parte de mi ser actual desearía que mi yo joven hubiera comido tres veces al día, se hubiera quedado en casa resolviendo rompecabezas y hubiera asistido a clase puntualmente. Ojalá no hubiera fumado, no me hubiera drogado, no me hubiera emborrachado tantísimo ni me hubiera fugado de casa. Y ojalá no hubiera perdido la virginidad con trece años. Pero por debajo de estos ojalá me pregunto: si no hubiera hecho todo eso, ¿habría sido una persona más estable, más feliz, habría estado más a salvo? No sé si alguna vez podré responder a esa pregunta.

Y, en cualquier caso, quizá el tabaco, el alcohol y la autodestrucción no cuenten toda la historia. Quizá un periodo de años no pueda juzgarse destilando los momentos más extremos. Quizá debería haber escrito sobre ratos más anodinos, noches viendo la tele, vacaciones familiares, trabajos escolares sobre *Hamlet*. Y quizá también debería haber hablado más de mi vida presente para ponerlo todo en perspectiva, para mostrar que no me he limitado a sobrevivir, sino que he prosperado. Es un detalle importante. Mi vida ahora es diferente, y es una buena vida. Y, por tanto, cuando ayer me preguntaste cómo estaba y dije que bien, que estaba contenta, no mentía. Lo decía de verdad.

Pero no es esa la historia que he contado, o no he formulado la historia que he contado en un contexto alegre. Solo te he contado las partes malas. Y al escribir así, lo malo se convierte en el todo. De modo que vuelvo a hacer una pausa mientras escribo. Miro la página de la libreta, tan llena de palabras y tachones, y me planteo si podría escribirla de otro modo. Mi crítica interior responde: «Basta de negatividad, Emilie». Pero, por otro lado, tal y como había pensado, sé que esta es la forma que tiene que tomar mi historia.

Estas páginas abarcan un periodo de unos ocho años. Contienen muchos acontecimientos y sentimientos que nunca le había revelado a nadie, ni siquiera me los había admitido a mí misma. La experiencia de escribirlos ha resultado muy dolorosa. Que no haya querido o sabido evitar

dicho dolor optando por no escribir la presente historia responde a una razón muy sencilla: el impulso de escribirla me resulta no solo peligroso, temerario y vergonzante, sino necesario. Escribo esto ahora para reivindicar todas esas partes de mí que tan a conciencia he negado durante tantos años. Escribo para descifrar un código de silencio que he respetado durante demasiados años. Escribo para, por fin, poder sentirme presente en mi propia vida. Escribo porque es la cosa más poderosa que se me ocurre.

Por último, escribo esto porque no puedo viajar en el tiempo. Durante mucho tiempo he albergado el deseo recurrente y sentimental de regresar a los primeros años noventa y abrazar a mi yo más joven con fuerza, justo lo que necesitaba, y no hacerle caso cuando decía que estaba «bien». Porque sé lo que le diría. La abrazaría y le diría que sé que se siente sola, que sé que se siente perdida, que sé que siente que no vale nada. Y luego, porque ella no soy yo, y porque ella soy yo, le aseguraría que tiene algo, algo asombroso, adorable, especial, bello, frágil, fuerte, algo por lo que merece la pena luchar.

ESTO NO ENTRA EN EL EXAMEN

De niña no tenía bicicleta. Curiosamente, tampoco tenía amigos. Y, así como fingía que no me importaba entretenerme sola, fingía que no me importaba no montar en bici. Después me hice demasiado mayor para aprender, demasiado grande para las bicicletas infantiles, y ahí terminó todo, no aprendí a montar en bicicleta. Mientras los otros niños utilizaban las bicis para adentrarse en el mundo, yo me quedaba en casa leyendo. Si tenía que ir a algún sitio, caminaba. Le decía a todo el que quisiera escucharme que no me importaba porque me encantaba caminar. Me convencí incluso a mí misma.

Luego, a los treinta años, cuando me mudé sola a otro país, pensé en darle otra oportunidad a la bicicleta. Al fin y al cabo, si fracasaba no importaba porque nadie iba a enterarse. De modo que fui a la tienda local de bicis y, con un hilo de voz, pedí alquilar una bicicleta para adultos con ruedecitas extras. En cuanto lo dije, me pregunté si existiría semejante artilugio. Pero el barbudo del mostrador se limitó a asentir y preguntarme si quería apuntarme al curso para adultos para aprender a montar que comenzaba el mes siguiente. Parpadeé. Me costaba imaginar que hubiera otros adultos que no supieran montar en bicicleta, un número de gente suficiente para hacer un curso. De todas maneras, no quise esperar. Volví a pedir una bicicleta para aprender. Cuando pedí las rueditas, el tipo negó con la cabeza, pero me ofreció una bicicleta sin pedales. Le respondí que creía que las bicicletas no funcionaban sin pedales. «Primero se aprende a mantener el equilibrio –dijo–, y después a pedalear.»

De modo que acepté la bici sin pedales que me ofrecía, busqué un aparcamiento vacío –con pendiente– y empecé a empujar, primero levantando un pie del suelo, luego, asustada, los dos. Estuve haciendo lo mismo toda la mañana, dando vueltas por el aparcamiento. En cuanto dominé la maniobra, subí la bici un poco más arriba. Giré. Y me paré, con las manos en los frenos y los pies clavados al suelo. Ahora me parecía una colina en lugar de una pequeña pendiente. ¿Quizá ya hubiera hecho suficiente por un día? ¿Quizá en el fondo no necesitara aprender a montar en bici? Pero sabía que el fracaso de verdad habría sido no intentarlo. Así que me dejé ir. Y me deslicé, por primera vez en mi vida, me deslicé y noté el aire zumbando a mi alrededor y el suelo avanzando debajo de mí. A los pies de la pendiente, resbalé hasta frenar y el terror dejó paso al asombro, y el asombro al orgullo. Después volví a empujar la bici cuesta arriba y bajé otra vez. Durante los dos días siguientes lo único que hice fue empujar la bici hasta lo alto de la misma pendiente y soltarme cuesta abajo una y otra vez. Estaba contenta. Había aprendido yo sola a montar en bici. Prácticamente había aprendido a volar. Ahora recuerdo la sensación de

deslizarme, de volar y acelerar, y me pregunto de qué tenía miedo. Y por qué no puedo hacer lo mismo –dejarme ir– más a menudo.

Cuando comprendí que quería dar clases en la universidad, confié en que sería el tipo de profesora que cambia la vida de sus alumnos, que es profunda, que les enseña cosas que no entrarán en el examen. Había intentado hacer realidad algunas de esas ambiciones convirtiendo el aula en un espacio seguro e igualitario donde todos los estudiantes pudieran arriesgarse. En ocasiones parece que el mayor riesgo que imaginan es decir algo en voz alta. Sé que tienen miedo de equivocarse y que se rían de ellos. Pero quiero que hablen a pesar del miedo. Porque me preocupa que si mis alumnos se callan sus ideas en clase quizá también se callen otras cosas. Cosas que no deberían callarse. Si no pueden hablar en clase, ¿cómo van a denunciar si los acosan, los discriminan o les hacen daño?

Pensé en todo ello cuando una estudiante acudió al despacho a informarse sobre el trabajo de final de trimestre. Conversamos animadamente sobre el módulo y sobre sus ideas. Era una chica lista, perspicaz, que sabía expresarse. Sin embargo, en las ocho semanas de seminario no la había oído dar su opinión ni una sola vez. «¿Comentarás esto que estamos hablando en la próxima clase?», le pedí. Negó en silencio con la cabeza. «Eres muy buena», le dije. Pareció sorprenderse. Y me dio un vuelco el corazón. Sabía que aquella chica se callaba por una razón concreta: era una chica, y a las chicas nos enseñan a callar, nos enseñan que no somos lo bastante listas para ser dignas de atención. Las chicas excepcionales que se arriesgan a hablar –a decir lo que sea– también se arriesgan a parecer arrogantes y estridentes. No nacen con esos miedos. No nacen sintiéndose inferiores. Se lo enseñan. Lo sé porque es lo que me enseñaron a mí.

Cuando tenía doce años, me presenté a los exámenes de entrada de la escuela local y obtuve una beca. Pero cuando mi madre leyó el programa escolar al detalle, se dio cuenta de que las alumnas tenían clase obligatoria de economía doméstica mientras que los alumnos recibían refuerzos de matemáticas. La opción de matemáticas extra no estaba disponible para las niñas. A mi madre no le pareció bien, así que no fui a esa escuela. Pero el colegio en el que terminé también discriminaba a las alumnas. Al final del primer año, curiosamente, obtuve un 99 por ciento en dos exámenes. Niña precoz, le pregunté a ambos profesores cómo había perdido el otro 1 por ciento. En ambos casos, el profesor tardó un momento en contestar. Luego me dijeron, como si leyeran un guion, que otro alumno había hecho un examen igual de bueno pero que solo uno de los dos podía obtener el cien por cien. No especificaron por qué ese «uno» no era yo, pero en ambos casos el otro alumno era chico. Capté el mensaje.

Y ahora en mi trabajo veo el resultado de ese mensaje semana tras semana, clase tras clase. Las estudiantes son mucho más reticentes a participar que los estudiantes porque es mucho más

probable que se subestime la valía de su aportación. Al menos, normalmente. Aquella joven, la chica callada de las grandes ideas, volvió a mi clase la semana siguiente. Abrí el debate pidiendo al grupo su opinión sobre la obra: ¿les había gustado? Se hizo el silencio. Luego la chica respondió. Habló una vez en ese seminario y, a partir de ahí, dos o tres veces en cada clase. Y la admiré muchísimo. No porque hablar cueste. Sino porque le daba miedo y aun así habló.

Me dedico a una profesión en la que todavía dominan los hombres. A mí nunca se me ha negado un ascenso ni he sido acosada en el trabajo, o sea que en lo fundamental me va bien. Pero el hecho de que la ausencia de ambos problemas haga que me sienta afortunada habla por sí mismo. Y, por otro lado, me he topado a menudo con sexismos cotidianos que, pese a su superficialidad, también duelen. Me han mandado callar o me han interrumpido o a veces simplemente me han pasado por alto solo por ser mujer. Me han gritado en reuniones colegas hombres y superiores que saben que no replicaré porque soy mujer y con un cargo inferior. Me han llamado «feminazi». Frente a este tipo de situaciones, ¿qué hacen las otras mujeres? ¿Qué cálculos mentales realizan? ¿Se rebelan contra los hombres gritones? ¿Rien con ellos el chiste sexista? ¿O, como yo, se hacen a un lado?

Fue un fotógrafo quien me llamó «feminazi». Estaba sacando instantáneas de una conferencia y me pidió que me acercara a un par de colegas masculinos. Al verme titubear, me soltó el insulto. A mi lado, los hombres se rieron, nerviosos. Si cualquiera de ellos le hubiera replicado, habría quedado como un héroe feminista. Si yo hubiera dicho algo, habría quedado como una bruja. Aunque había sido un hombre el que había creado la hostilidad, la mujer era yo y por tanto se esperaba de mí que dulcificara la situación, que sonriera para la cámara y callara. Y, con el corazón encogido, fue justo lo que hice.

Por lo general, los comentarios sexistas en el trabajo no incluyen referencias a genocidios, por lo que resulta más fácil convivir con ellos, pero también más fácil pasarlos por alto. He perdido la cuenta del número de veces que hombres, tanto mayores como más jóvenes que yo, me han dicho que parezco joven. Se comportan como si fuera un cumplido, pero no lo es. Se supone que las mujeres debemos sentirnos halagadas cuando nos dicen que parecemos jóvenes, porque para una mujer la apariencia es lo más importante y la juventud la mejor apariencia posible. Pero al informarme de que parezco joven, o de que no entiendo algo porque soy demasiado inocente o al preguntarme si soy alumna cuando resulta evidente que doy clases, esos hombres me despojan de más de una década de experiencia y competencia profesional. El supuesto cumplido es, de hecho, una degradación instantánea.

Si eres mujer, si eres joven, si eres subordinada, no hace falta escucharte. Algo de lo que apenas cobré plena conciencia el año pasado, cuando viajé al extranjero como profesora invitada por otra universidad. No fue una experiencia particularmente alegre. Abordé diversas obras en las

que las mujeres dan testimonio de sus experiencias de violación. Hablé de las dificultades de las mujeres para hablar en público de la violación y de los tabúes de determinadas culturas en contra de que hablen públicamente de cualquier cosa. Dije que los teatros son espacios importantes donde las mujeres pueden encontrar su voz y compartir sus experiencias. Cuando terminé siguió un breve silencio. A veces, cuando me emociono con un tema, se me olvida que, incluso en el contexto académico, la palabra «violación» apenas se oye. Dije que estaría encantada de responder a sus preguntas.

El primer comentario llegó de un hombre al que me habían presentado como decano de la facultad. Despacio, sacudió la cabeza, y dijo que no estaba seguro de cómo reaccionar. Estoy acostumbrada: en lo tocante a este tema tan difícil muchas veces yo tampoco sé cómo responder. Sonreí para tranquilizarlo. Entonces dijo: «Me cuesta casar tu apariencia y modales con el tema que tratamos. Es decir, eres... no quisiera decir “mona”, pero...». No completó la frase. Agitó las manos en dirección a mí. Aunque terminó planteando una pregunta, que respondí debidamente, había marcado el tono del debate subsiguiente. No debían tomarme en serio. Esa noche le comenté la conferencia a un amigo. Y entonces me acordé del decano de la facultad. «Ah, sí –dije–, y el tipo ese que me dijo algo rarísimo, me llamó “mona”.» Mi amigo se estremeció. Y solo entonces admití cuánto me había enojado que me juzgaran por el físico y no por lo que digo. Pero, conforme la rabia remitió, vino a sustituirla una emoción nueva: la vergüenza. Yo ni siquiera había rechistado.

La lacerante ironía, por supuesto, era que toda mi charla giraba en torno a los modos en que se intimida a las mujeres para que callen. Y ahí estaba yo, con una plataforma para hablar, topándome con la misma dificultad. El comentario del decano de la facultad implicaba que yo no debería hablar de violaciones. Esta actitud de «a las mujeres se las mira, no se las escucha» es ya más que tediosa. Es una forma de mandar a las mujeres de vuelta a donde deben estar, de regreso al silencio. Me deja patidifusa encontrarme todavía con esta actitud en la universidad. Y sobre todo estoy harta de tener que pensar una réplica. Debería haberme reído del decano de la facultad. Debería haberle llamado misógino. Pero en el momento en que lo dijo ni siquiera me permití pensar en las implicaciones de su comentario. Quería parecer profesional. Quería parecer fuerte. Quería seguir adelante. Y, por tanto, me hice a un lado. Lo cual, por supuesto, constituye una forma de silencio.

Tiene gracia que me describa como callada, porque en realidad soy bastante vocinglera. Siempre me piden que anuncie las cosas porque se me oye por encima del barullo. Un amigo me dijo una vez que en el fondo no necesito teléfono móvil porque podría chillar y se me oiría a kilómetros de distancia. Y soy chillona de otras maneras. Hablo en las reuniones, participo en los debates y, no

te lo pierdas, mi trabajo en la universidad significa que me gano la vida hablando. Pero resulta que se puede hablar y callar al mismo tiempo.

Aunque no me da miedo hablar en público ni que me perciban como ambiciosa, dos piedras clásicas en las que acostumbran a tropezar las mujeres profesionales, caigo presa de un problema igual de traicionero: cedo el poder. Al hacerme a un lado, al no denunciar los comentarios sexistas, actúo como si estuvieran en su derecho de hacerlos, actúo como si las mujeres no debiéramos tener voz, actúo como si no fuera feminista. Y la verdad es que estoy cansada de ser feminista. Estoy cansada de que sea responsabilidad de las mujeres identificar, abordar y solucionar el sexismo. Estoy cansada de que sea tan necesario y tan difícil. Y estoy cansada de mis propias interiorizaciones, cansada de mi complicidad, cansada de seguirles el juego.

Permíteme que me haga de nuevo a un lado y te cuente algo de mí que he aprendido este último año. ¿Listo? ¿Lista? Me da igual lo que sientas. Ni siquiera te conozco, pero no me importan tus sentimientos, lo que estés sintiendo, ni siquiera si sientes algo. ¿Por qué? Pues porque, por lo visto, carezco de empatía.

Puede que a algunos no les pille por sorpresa, pero a mí me sorprendió. El asunto empezó cuando en el trabajo hice un test sobre atención empática, en el que obtuve resultados alarmantes. Hice un test distinto. Pero los resultados también fueron terribles. De modo que me apunté a un test de personalidad individual. Me senté en una salita con una especialista en recursos humanos y un montón de tarjetones. Me pidió que imaginara una serie de situaciones y cuál sería mi reacción. Si alguien, por ejemplo, me contase que le han entrado en casa, yo ¿me compadecería, le prepararía una taza de té, le preguntaría cómo fue o le recomendaría un cerrajero? Obviamente, dije, lo correcto es darle el número de un cerrajero. «Hum», respondió la especialista. Una y otra vez, elegí la respuesta no empática. Al final de la sesión, la especialista en recursos humanos me dijo que mi enfoque era admirable: trataba de solucionar los problemas, planteaba preguntas lógicas, confirmaba los hechos. Pero –me lo expuso con delicadeza– no tenía empatía. «Bueno, pues claro que no tengo –repuse, a la defensiva–, estoy en el trabajo. En el trabajo no se espera que empatices.»

La especialista sonrió de un modo ensayado, que no juzgaba, y me preguntó por qué creía que los sentimientos no tenían cabida en el trabajo. Me dijo que la vulnerabilidad podía ser un tipo de fortaleza. Un huracán me arrasó el cerebro. Estaba rememorando unos años atrás, cuando me moría de ganas de compartir mis sentimientos en el trabajo pero me había reprimido.

Me habían pedido que participara en el día de la investigación del departamento, que presentara el proyecto en el que estaba trabajando. A mí no me parecía que estuviera para presentaciones porque no había hecho nada espectacular, pero el organizador insistió en que a la

gente le interesaría y reiteró la petición. De modo que acepté. Me arrepentí de camino a la presentación. Me arrepentí durante la presentación y también después. Me arrepentí porque, a pesar de estar trabajando en un buen proyecto, estaba hecha un lío. La Navidad estaba al caer. Acababa de mudarme. Sufría un insomnio implacable. Y acababa de tener un aborto espontáneo. No le había contado a nadie del trabajo que estaba embarazada, solo a mi jefe. Estaba cansada y atontada. De modo que di una charla vaga y mediocre, ensalzando los beneficios de «mostrar al mundo nuestras investigaciones». Pero en realidad lo que quería decir era que estaba triste.

Ahora comprendo que admitir mi tristeza habría supuesto una aportación valiosa. No porque la tristeza me garantizara la atención, sino porque, aunque éramos todos colegas conocidos, ninguno hablaba de las emociones que llevábamos al trabajo ni de las que generábamos en él. En cambio, nos ocupábamos impresionándonos unos a otros con nuestra profesionalidad, nuestras ambiciones y nuestros logros. Y en retrospectiva creo que estuvo mal. Sí, quizá les hubiera extrañado que yo dijera que estaba triste –por eso no lo hice–, pero es posible que también nos hubiera permitido hablar de cómo enseñar e investigar puede aportarnos algo más, emociones diferentes, puede hacernos sentir capaces, valiosos e importantes. Merecía la pena reclamar ese abanico de sentimientos, merecía la pena hablar de ellos. Pero yo no lo reclamé, no hablé de ello, por una razón. Porque admitir que estaba triste habría quedado peligrosamente femenino.

Cuando examino mi antipatía hacia las emociones en el trabajo, comprendo que pienso que los sentimientos –tenerlos, mostrarlos, comentarlos– no solo son un signo de feminidad, sino un síntoma de debilidad. He interiorizado la idea de que para que me tomen en serio como intelectual tengo que negar todos esos sentimientos, toda esa feminidad, toda esa debilidad. Lo creo a mi pesar y a pesar de mi feminismo, y de todas las mujeres de mi lista de lecturas recomendadas y todos los eventos en favor de la mujer que organizo y todas mis críticas a los comités de expertos exclusivamente masculinos y todos los carteles en la puerta de mi despacho que anuncian manifestaciones por los derechos reproductivos. Porque resulta que yo también soy sexista.

Esa lección la aprendí durante un reciente cursillo de liderazgo dirigido a las mujeres que trabajan en las universidades irlandesas. Nos juntamos una mañana de febrero en una bochornosa sala de conferencias del sótano para aprender cómo «progresar». Uno de los primeros ejercicios consistía en que cada participante eligiera un modelo de comportamiento. Me pregunté a cuál escogería yo y qué significaba mi elección para el tipo de persona que quería ser. Elegí a una catedrática cuyo trabajo admiro enormemente y que es una gran intelectual y conferenciante. Pero en la siguiente parte del ejercicio, que consistía en debatir en grupos reducidos los modelos de conducta elegidos, me sorprendió, conforme toda la mesa fue aportando ideas al debate, que la mayoría de las mujeres de mi grupo hubieran elegido a su madre. Sus razones se centraban en la fortaleza, la entereza moral y la generosidad de esas mujeres: eran las cualidades heroicas que deseaban emular. Me enfadé con todas sus madres. Solo pensaba en que estaba en un cursillo

profesional enfocado a ayudar a las mujeres a romper las barreras que obstaculizan sus carreras y sin embargo aquellas mujeres lo único que querían era ser como sus mamás. «No me extraña que no te asciendan –pensé, mezquina–, si tu modelo de conducta no ha salido de casa.»

Esa es la cuestión: mi madre trabajaba a jornada completa fuera de casa. Me enseñó que lo más importante para una mujer es la independencia financiera. Me enseñó que las mujeres deben ser ambiciosas y enorgullecerse de su trabajo. Me enseñó que primero va el trabajo, y que lo doméstico, con todos sus sentimientos, va en segundo lugar. Todas esas lecciones me condicionaron para que pensara en el trabajo como el viaje necesario y valiente que deben emprender las mujeres. Por lo tanto, irónicamente, podría haber elegido a mi madre como modelo de conducta. Pero yo jamás habría respondido «mi mamá» cuando pidieron modelos de conducta porque no podría haber situado la maternidad coronando la jerarquía de logros. Porque las cualidades que por lo general asocio con la maternidad –amor y apoyo, empatía y crianza– no son las que asocio con el éxito laboral. De nuevo, sexismo interiorizado.

Siempre he querido gustar. En esto no me distingo del resto de las mujeres. Las mujeres queremos gustar. Se supone que las mujeres debemos agradar. Se nos juzga cuando no somos lo bastante agradables. Pero ser agradable, por muy deseable que sea socialmente, nos perjudicaba en el trabajo. Terminábamos tan ocupadas encargándonos de las tareas relacionadas con el bienestar de los alumnos y el tedioso papeleo y el sinfín de trabajos que nadie quería hacer que por lo visto no nos quedaba tiempo para exigir reconocimiento. Y, si lo pedíamos, tampoco lo conseguíamos. Nos decían que debíamos ser menos bondadosas, menos acomodaticias, menos *majas*. Al fin y al cabo, las buenas chicas no consiguen el despacho del rincón. Los hombres ascendían antes que las mujeres porque ellos, por supuesto, eran enérgicos, atrevidos, inflexibles; todas esas formas codificadas de decir que los hombres no necesitan preocuparse por gustar porque están demasiado ocupados siendo poderosos.

Aunque, tal y como van ahora las cosas, todo el mundo necesita agradar, porque hoy en día la escala profesional –tanto para hombres como para mujeres– no se distingue de la escala del aprecio, de la escala de cuánto le gustas a tu jefe. Es una escala difícil de subir porque lo que gusta cambia constantemente. En mi universidad, a veces quieren que publiques más. A veces quieren que enseñes más. A veces quieren que asumas más tareas administrativas. Si quieres agradar de verdad, tienes que hacer las tres cosas. Y, como el de antaño, este nuevo gustar también tiene truco. Cuanto más hacemos, más nos aprecian. Pero, por otro lado, cuanto más hacemos, más nos exigen. Y más quieren que «mejoremos el rendimiento y obtengamos éxitos». En última instancia, en una universidad que se ha apretado el cinturón e intenta hacer más con menos, el éxito significa conseguir dinero.

Recibo dos correos electrónicos a la semana para solicitar financiación. Dos correos, algo fácil de obviar, ¿verdad? Pero entonces llega el tercero. El boletín semanal del rector, que incluye una lista de todos los miembros de la universidad que han conseguido financiación externa. Y todos captamos el mensaje. ¡Bravo por los que trabajan extra! ¡Bravo por los pocos que triunfan financieramente! ¡Abajo con el resto! Podría intentar olvidarlo, podría buscar otros indicadores de aprecio. Pero quiero agradecer. De modo que cuando comprendí que únicamente el dinero te granjeaba el aprecio, comencé a leer los correos sobre financiación y a abrir links y a repensar el potencial de mi investigación para generar cheques. Y cuando me financiaron un proyecto lo celebré porque por fin tenía la prueba: me apreciaban.

Pero esto no es un ejemplo de falsa modestia, es una fábula instructiva. Cuando solicité financiación hace tres años, no comprendí que, de hecho, también estaba solicitando un empleo nuevo. Con el dinero llegó la responsabilidad de liderar un equipo, gestionar un presupuesto de cientos de miles de euros y generar «resultados de alto impacto». No estaba preparada para algo así, pero lo racionalicé: «Soy dura, sabré estar a la altura». Con todo, aunque el dinero me liberó de las clases, no renuncié al resto de las responsabilidades. De manera que ahora tenía dos trabajos. Y luego acepté todavía más. Asumí la dirección de una revista. Negocié el contrato para escribir dos libros, ajena al hecho de que las fechas de entrega de los dos coincidían en el mismo mes. Me apunté a congresos internacionales. Yo misma organicé tres. Viajaba tanto que hasta comencé a acumular puntos de vuelo. Y sonreía cuando amistades y colegas me preguntaban si dormía alguna vez, porque así, exactamente así, era el éxito. Pero en realidad era una adicta al trabajo.

¿Cuándo me había convertido en adicta al trabajo? Desde luego, las expectativas de asumir trabajo extra provenían de la dirección. Pero no pudo ser la única causa. Porque las expectativas de perfección eran solo mías. Cuando no pude volver a quedarme embarazada después del aborto espontáneo, me dije que había fracasado en mi intento de tener hijos. Me lo repetí una y otra vez, como si la concepción fuera un examen para el que podría haber estudiado más. Incapaz de ser madre, decidí que en su defecto me definiría mediante el trabajo. A posteriori me he dado cuenta de que cometí un error, de que en lugar de guardar luto me zambullí cada vez más en el trabajo. Pero incluso ahora no logro entender por qué salió tan mal, por qué intentar ser buena en el trabajo me condujo a maltratarme.

Desde fuera se me veía bien: representaba la imagen del triunfo. ¡Contrato editorial! ¡Proyecto financiado! ¡Revista! Pero en realidad estaba desmoronándome en silencio. Fue una crisis menor, pero crisis al fin y al cabo. Trabajaba todos los fines de semana y, consumida por el trabajo, dejé de contestar a los mensajes de los amigos. Cuando mi novio me proponía salir en bici, le espetaba que estaba demasiado ocupada. Y aunque mi trabajo consiste en actividades que adoro —enseñar, investigar, escribir—, la creciente presión de las fechas de entrega constantes estaba acabando con

mi amor por dichas actividades y por mí misma. Dejé de estar simplemente triste y comencé a deprimirme. No entendí la depresión como una señal de peligro, no me bajé del tren y no pedí ayuda.

Creía que la depresión era indicativa de una debilidad de carácter. Creía que solo con que dejara de perder el tiempo estando triste conseguiría ser más productiva. Trabajaba aún más horas para disimular la depresión. A veces estaba tan cansada y tan triste que cerraba con llave la puerta del despacho, apagaba la luz y me tumbaba en el suelo. Me sentía cubierta por un manto de ansiedad. Las tareas más insignificantes podían derrotarme y me fustigaba por el error más nimio. Miraba a los demás, que no parecían estar ahogándose como yo, y me preguntaba cómo se las apañaban. Cuando una colega me contó que comenzaba el trabajo de investigación a las nueve de la noche, después de acostar a los niños, no me apiadé de ella: la envidié por su disciplina.

Y entonces el verano pasado, a instancias de la oficina de investigación, y porque soy tan buena chica, presenté otra solicitud de financiación. Mientras aceptaba hacerlo me dije a mí misma que solo representaba un mes de trabajo, obviando el hecho de que tendría que trabajar todos los días del mes sin descanso. Cuando le conté a la familia que me había presentado a otra beca, todos y cada uno me dijeron: «No lo hagas». Y luego, cuando hice oídos sordos a su consejo, añadieron: «Bueno, pues espero que no te la den». Y casi en el instante mismo en que mandé la solicitud comprendí que tenían razón, que era un error. Me pregunté cómo me había metido en semejante lío, pero era demasiado tarde. Planteé estrategias y asesorías y escribí y reescribí hasta que se me secó el cerebro. Y, por supuesto, seguí con mi trabajo normal. Al aceptar todavía más trabajo me había convertido en la responsable de mi propio desmoronamiento. Pero no estaba sola: la universidad me coreó durante todo el camino hacia la locura. ¡Bravo por los que trabajan más!

Todo comenzó a venirse abajo al inicio de la temporada de conferencias. A finales de junio partí de viaje para un simposio, era un día caluroso y salí de casa distraída. Hasta que llegué al aeropuerto no me di cuenta de que me había olvidado la chaqueta. Normalmente no habría pasado nada, pero volaba a Noruega y el pronóstico meteorológico asustaba: frío y lluvias. Mientras esperaba de pie ante la puerta de embarque, sin ninguna prenda de abrigo, lo que debería haber sido un momento cómico se me antojó un error catastrófico. En pleno ataque de pánico, con el corazón acelerado, sudando a mares, sin aliento, telefoneé a mi novio. Me escuchó, me calmó y me tranquilizó. Me sugirió que comprara una chaqueta en el aeropuerto. Compré la más gruesa que encontré y me la puse, agradecida, todo el tiempo que duró la conferencia. Crisis sorteada.

A los dos días surgió otra complicación. Cancelaron el vuelo de regreso. Aunque era viernes por la tarde, la aerolínea aseguraba que no podía sacarme del país hasta el domingo. Pero eso no podía ser, porque yo tenía que dar una clase en Frankfurt el lunes. Volví a caer presa del pánico.

Al principio intenté camelarme al personal. Luego me puse a gritar. Exigí hablar con el supervisor. La supervisora acudió, pero solo para decirme, otra vez, que no había vuelos. Entonces me fijé en que llevaba alianza y supuse que tal vez fuera madre, así que intenté una táctica nueva: le enseñé la foto de mi sobrino en el salvapantallas del móvil. Le dije que era mi hijo y que tenía que volver a casa por él. *Con lágrimas en los ojos*. Miró la foto, me miró a mí, luego volvió al mostrador y descolgó un teléfono. Mientras la mujer ideaba una ruta para devolverme el sábado a mi casa intenté no poner cara de triunfo. Crisis sorteada. De nuevo. Esa noche apenas pegué ojo. Por la mañana tomé el primer vuelo, uno de los tres aviones que tomaría ese día. Dar vueltas por los aeropuertos de Europa agotaba. Pero, y esa era la cuestión, hacía siglos que no me sentía tan contenta. Iba puesta de hipomanía del trabajo, trabajo, trabajo. «Nada me detendrá», pensaba mientras tecleaba en el portátil, primero en Stavanger, luego en Aberdeen y después en Schiphol. Superwoman.

El lunes, todavía abrumada por el cansancio, volé a Frankfurt, di la clase y tomé un avión de vuelta a casa. Al día siguiente, aunque apenas sabía ni en que huso horario estaba, me arrastré al trabajo para terminar la solicitud de financiación. Apreté «enviar» con dedos temblorosos. Salí del despacho y me quedé, aturdida, mirando al fondo del silencioso y oscuro pasillo. Era la única persona en todo el edificio. Obsesionada con terminar la solicitud, había perdido la noción del tiempo, y aunque estábamos en pleno verano, fuera el cielo se había oscurecido. Me di cuenta de que tenía hambre. Hice memoria y no conseguí recordar la última comida de verdad que había ingerido. Al menos, me consolé, se acabó, puedo recuperar la normalidad. Crisis sorteada... y esta vez, definitivamente.

Pero ¿cuántas veces puedes sortear una crisis antes de admitir que todas constituyen la misma crisis prolongada? La noche siguiente estampé el coche contra un muro. Me dirigía a recoger a mi sobrino para echarle una mano a mi hermana y que pudiera descansar de ser madre soltera. Al llegar a su casa, giré, pero estaba tan ida que no vi el poste de la entrada. De repente oí una rascada y el crujir del metal al arrugarse. Lo primero que pensé fue en mi sobrino, pero, gracias a Dios, no estaba cerca del coche. Luego pensé en el muro, en el coche, pensando en los daños. Solo poco a poco empecé a preguntarme si me encontraba bien. Estaba abrazada al volante. Al borde del llanto. Y todo mi cuerpo temblaba por la inyección de adrenalina, temblaba porque había confirmado mis sospechas. Sabía que se avecinaba algo malo. Sabía que iba a romper algo. Y ahí estaba: había roto el coche. Y me sentí eufórica. Porque creía que sería yo la que se rompiera.

Tal vez no sienta mucha empatía por los demás, pero, para ser justos, tampoco la tengo por mí. Sabía que estaba asumiendo demasiadas responsabilidades y, a cierto nivel, sabía que era infeliz. Lo cual no significa que en los últimos dos años no haya disfrutado de momentos felices. Pero cuando estás agotada y deprimida se produce una extraña enajenación. Sabes que deberías sentirte

contenta, te dices «Ahora estoy contenta», pero la experiencia te parece artificial, irreal. Me mantenía al borde de las emociones. Y me mantenía al borde de mí misma. Y no podía contárselo a nadie. Porque habérselo dicho a alguien, haber pronunciado la palabra «deprimida» en voz alta, habría supuesto el fracaso definitivo. Sabía que iba a romperse algo. Y me daba igual.

Al principio de los años de bonanza estresante, hice un curso de un día de «Mindfulness para académicos». Seríamos una veintena de personas en la sala y cada una expuso el mismo problema: nuestros trabajos eran demasiado estresantes. Con la perspectiva del tiempo sé que necesitábamos trabajar menos, no meditar más. Pero dado que reducir la carga laboral no parecía viable, en su defecto intentábamos «arreglarnos» nosotros, ganar resiliencia frente a la avalancha. Estábamos devorándonos a nosotros mismos. O la universidad nos estaba devorando, no estoy segura.

No existe el mecanismo que me permita acudir a la gente que dirige la universidad y decir: «¿Sabéis qué, tíos? –porque en su mayoría son hombres–, ya sería hora de que les dijerais a vuestros empleados que se relajaran un poco». Ese memorándum no se enviaría nunca. De hecho, ni siquiera consigo imaginar que se enviara. Al decir esto, en realidad no culpo a una universidad golpeada por las políticas de austeridad por intentar convertir a sus empleados en cazadores de ingresos y, en consecuencia, chuparnos la sangre. Bueno, está bien, sí que la culpo. Pero resulta que mi salud mental es responsabilidad mía. Probablemente tú no necesitas que te lo recuerden, pero yo sí. Y cuando lo comprendí, me pregunté por qué iba a permitir que unos desconocidos decidieran mi valía.

Después del accidente de coche, no me transformé de la noche a la mañana. Y aunque estoy intentado ser diferente, muchos de los problemas que aquí describo siguen definiendo mi vida. «Entonces ¿qué ha cambiado?», me preguntó hace poco un amigo. He aquí la respuesta: ahora tengo una lista nueva de tareas. En realidad, no es una lista de tareas. Se parece más a una lista de notas personales o recordatorios.

Valoraré mis ideas y mis sentimientos. Escribiré todos los días porque escribir es una de las cosas que más viva me hacen sentir. Daré conferencias y clases sobre las cosas que me apasionan. No dudaré en pronunciar la palabra «violación» solo porque lleve una falda bonita. Denunciaré la misoginia. Lucharé contra el sexismo que he interiorizado. Seré amable con mis colegas precisamente porque no sé qué sienten ni cómo. Desayunaré. Almorzaré. Cenaré (y no lo haré en la mesa de trabajo). Prestaré atención a mi cuerpo de mediana edad. Dedicaré tiempo a mis seres queridos. Seré hija, hermana, tía, compañera y amiga. Y preguntaré a mis alumnos qué harían si no

tuvieran miedo. Y escucharé lo que me digan. Y les recordaré, con compasión, que el verdadero fracaso es no intentarlo.

Yo lo intento. Y tengo miedo. Tengo miedo de escribir sobre hacerme a un lado y sobre sentimientos y exceso de trabajo y depresión y crisis, porque todavía estoy convencida de que admitir la vulnerabilidad equivale a parecer débil, no fuerte. Tengo miedo de confirmar que soy joven y mona y que carezco de poder. Tengo miedo de admitir todas las cosas duras, malas, desagradables. Tengo miedo de ponerme en evidencia. Tengo miedo de despertar lástima. De molestar. De que me griten. Tengo miedo de perturbar. Y de no perturbar lo suficiente.

Tengo miedo. Pero lo hago de todos modos.

AGRADECIMIENTOS

Sin Lisa Coen y Sarah Davis-Goff, *Todo lo que no puedo decir* no existiría, y me gustaría agradecerles sus inspiradores puntos de vista. Mi agradecimiento también para Karolina Sutton, Claire Nozieres y Enrichetta Frezzato, de Curtis Brown, y a Literatura Random House y a Cruz Rodríguez Juiz por su cuidadosa traducción.

También estoy muy agradecida a los amigos y colegas que me han ayudado a creer que podía, que debía, escribir este libro.

En estos escritos he intentado no contar historias ajenas, sino limitarme a contar la mía lo más fidedignamente posible. Con todo –es inevitable–, me he adentrado en las historias y las experiencias de mi familia. Gracias de corazón a mi hermana y a mis padres por su generoso apoyo a pesar de estas intromisiones mías.

Y, por último, no habría ni una sola palabra sin R.

En *Todo lo que no puedo decir*, Emilie Pine nos trae seis relatos autobiográficos que quieren romper el más antiguo de los pactos de silencio: el cuerpo de las mujeres como fuente de placer y de dolor.

«No leas este libro en público: te hará llorar.» Anne Enright



Cuando Emilie Pine le dijo a su madre que quería escribir un libro de ensayos autobiográficos, ella le preguntó de qué tratarían. "Sobre alcoholismo, abortos, violaciones, depresión y silencio. Y también sobre encontrar fuerzas, trabajar duro y aprender a alzar la voz." Su madre entendió por qué su hija quería escribir ese libro, pero ¿publicarlo?

Sin duda. Publicarlo porque nunca antes ha sido tan necesaria esta exploración sobre todo aquello que las mujeres supuestamente deben esconder: la adicción, la ira, la violencia sexual, la euforia, la sensualidad y el amor. Pine escribe con una sinceridad radical sobre acontecimientos que durante cuarenta años no había admitido ni siquiera ante sí misma: el alcoholismo de su padre, su imposibilidad de quedarse embarazada, violaciones y adicciones. Esta es su historia, pero es también un golpe contra el más antiguo de los pactos de silencio: el cuerpo de las mujeres como fuente y recipiente de dolor y placer.

Si nuestro cuerpo pudiera contar su historia, ¿de qué hablaría? Hablaría de sangre, del dolor de la sangre sucia, de la sangre que no debe mostrarse jamás. Hablaría de la angustia de no dar la talla, de callar siempre creyendo que eso mejorará las cosas. Este es un libro devastador, sabio y alegre. Un tratado sobre lo que significa estar viva, un acto de rebelión contra una sociedad que se siente más cómoda silenciando a las mujeres.

La crítica ha dicho...

«Ágil y profunda: ahonda en la familia, en las cuestiones de clase y en los modos en los que las mujeres son relegadas al silencio.»

Deborah Levy

«Un tratado a gritos sobre lo que significa crear tus propias reglas [...]. Emilie Pine es como tu mejor amiga... si tu mejor amiga fuese tan afilada que te hiciese sangrar.»

Lena Dunham

«Pine es fascinante y cercana de principio a fin. En el momento en que crees que la conoces, se

revela otra cara.»

The Sunday Times

«La escritura de Pine es clara y urgente, del tipo que te hace sentarte y tomar nota. Léanla. No solo por su honestidad en temas con los que muchos todavía nos sentimos incómodos, sino también porque es muy consciente de cómo ha dado forma a la historia de su vida en estas páginas.»

Independent

«Leer estos textos es entender la condición humana con más claridad. Y reivindicar las experiencias propias como reales y válidas.»

The Guardian

«Nunca he leído nada similar a estos ensayos. La inteligencia de Pine fluye de una manera inimitable a través de cada pregunta, de cada dilema,. Es el tipo de libro que quieres dar a todo el mundo, especialmente a mujeres y hombres jóvenes, para que podamos aprender juntos a tomarnos más en serio a nosotros y a los demás.»

The Irish Times

Emilie Pine (Dublín, 1977) es profesora asociada de Teatro Moderno en la School of English, Drama and Film de la Universidad de Dublín. Ha publicado numerosos trabajos académicos y de crítica. *Todo lo que no puedo decir* es su primera colección de ensayos personales.

Título original: *Notes to Self*

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2018, Emilie Pine

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Literature Ireland



Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Borrell

Ilustración de portada: Ilbusca / iStockPhoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3704-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Todo lo que no puedo decir

Notas sobre la embriaguez

De los años del bebé

Hablar / callar

Notas sobre el sangrado y otros crímenes

Sobre mí

Esto no entra en el examen

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Emile Pine

Créditos